Mundo Argentino



"Raquel palpó otra vez el arma que llevaba en su bolsillo. Pero se dejaba arrastrar con sobresalto y con una vaga curiosidad aventurera."

De la novela

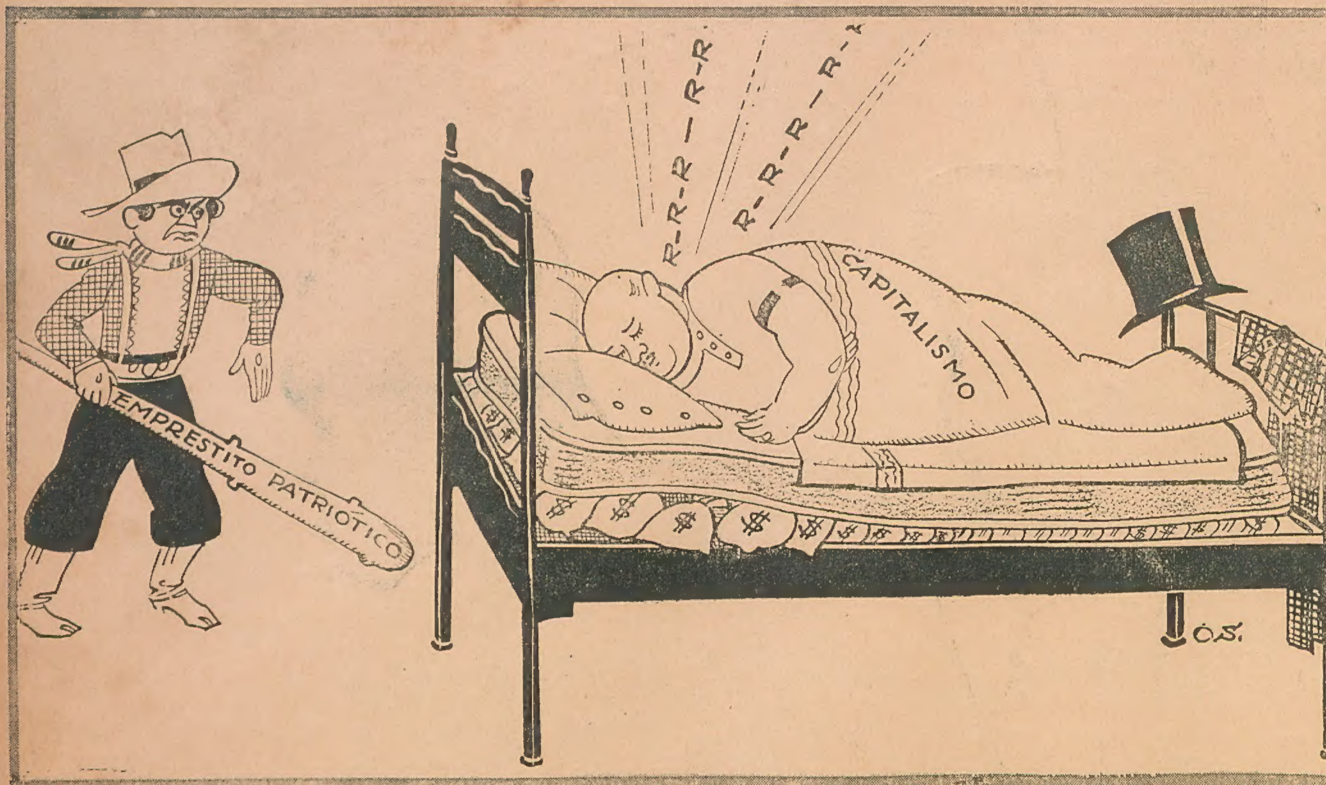
"Una FALLA en el MOTOR"

20 centavos en toda la República

EN ESTE NUMERO:

Muchos argentinos destacados, en la política y en el arte, formaron su cultura en la Biblioteca Rivadavia y en el café "Los Inmortales".

El espejo de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



1 REPUBLICA ARGENTINA

El Pueblo. — Este buen señor se hace el dormido. Voy a tener que despertarlo en forma enérgica.



2 LAS MANOS DE LA LIGA DE LAS NACIONES

Con la terminación del conflicto chinojaponés la Liga de las Naciones ha hecho sentir su eficacia. (De "Punch", Londres)

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

El empréstito patriótico (1) se viene desarrollando con éxito, aunque no con el empuje que la nación necesita en estos momentos de aguda crisis económica. **Urge que los grandes capitalistas que han amasado su fortuna en nuestro suelo,** despierten de la apatía con que contemplan este noble esfuerzo por equilibrar las finanzas del país, para que el empréstito patriótico sea rápida y totalmente cubierto.

La Liga de las Naciones, organismo considerado poco menos que inútil, **ha dado señales de vida y demostrado (2) su eficiencia al intervenir en el conflicto chinojaponés,** que tantas vidas venía costando, y evitar que una nueva guerra incendiara el mundo.

El mundo se halla al borde de un espantoso abismo (3), hacia el cual le lleva su propio miedo. **Esa sima que se abre a sus pies ha sido cavada por el militarismo, el ultranacionalismo y la bancarrota económica.** ¿Retrocederá ante el abismo o seguirá avanzando?

El contrabando de alcohol norteamericano y el canadiense continúan haciendo de las suyas (4). Por más que las autoridades de ambos países se esfuerzan en ponerle coto, los contrabandistas hacen su agosto. Lo mejor sería suprimir las barreras aduaneras que se alzan entre los Estados Unidos y el Canadá.

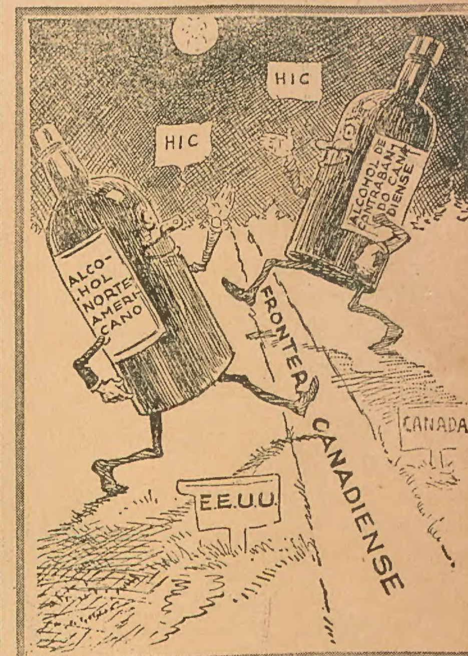
Los alarmistas y los charlatanes (5) creían que el león del comercio británico estaba muerto. **Así que al comprobar que tan sólo se hallaba dormido,** se han llevado un susto mayúsculo, y, sin duda, no les quedarán más ganas de sembrar alarmismos por todas partes.

Con el peso de las deudas de guerra (6), Europa se hunde. **Pero a pesar de la situación angustiosa, no abandona su vieja pasión de armarse hasta los dientes.** Así, en vez de salir a flote, cada vez se hunde más en el proceloso mar de la depresión económica.



3 LA SITUACION DEL MUNDO

El demonio del miedo lo azuza y lo lleva al borde del abismo. (De "Life", Nueva York)



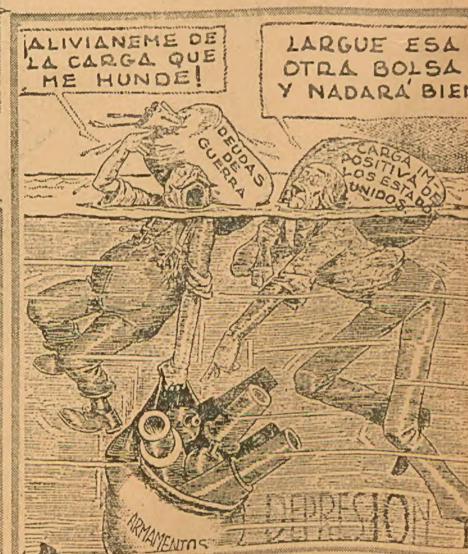
4 EN LA FRONTERA CANADIENSE

La danza de las botellas continúa cada vez con más entusiasmo.



5 EL SALTO DEL LEON

En realidad, el león nunca estuvo muerto, sino dormido. (De "The Western Mail", Cardiff)



6 POR QUE SE HUNDE EUROPA

No obstante sus deudas de guerra, Europa no suelta la carga de los armamentos. (De "Dispatch")



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES



AÑO XXII — BUENOS AIRES, JUNIO 22 DE 1932 — Nº 1118

Se necesita la COLABORACION patriótica de todo CIUDADANO para salvar las dificultades ARGENTINAS

En estos momentos difíciles e inquietantes, el más patriótico anhelo de todo ciudadano argentino, el único objetivo político debe ser el equilibrio del presupuesto de la nación; buscar alivio al problema de la desocupación, y reconstruir la administración y las finanzas del país sobre una base que resulte eficaz para el bienestar de todos los ciudadanos.

Al referirnos al patriotismo, no queremos significar la exteriorización bulliciosa de sentimientos oportunistas y circunstanciales que surgen preferentemente en los días de festividades patrias, sino al profundo sentimiento inspirado por el deseo altruísta y el afán de progreso en favor de los intereses del país, por encima de los mezquinos intereses políticos y partidarios.

El esfuerzo de todo gobierno debe tender preferentemente a conseguir que el comercio, la industria y los intereses agrícolas y ganaderos de la república se desarrollen sin entorpecimientos y cumplan sin impedimentos sus funciones beneficiosas para la sociedad. Ellos representan las principales arterias del organismo económico de la nación, y los obstáculos que se opongan a su libre y progresista funcionamiento redundarán en grave perjuicio del país.

Con su rigurosa disciplina militar, impuesta por las circunstancias, durante el gobierno provisional hubo de producirse una tregua que permitió confiar que al establecerse el gobierno constitucional el país entraría en una normalidad de perspectivas halagüeñas. Puede decirse, sin embargo, que no disfrutamos todavía de toda la tranquilidad ambicionada para el restablecimiento de la confianza que las actividades del país necesitan en toda su plenitud.

Algunos recientes sucesos explotados maliciosamente por quienes se gozan en fomentar, aunque sea con fines bastardos, la inquietud pública, hacen necesario este llamado a la necesidad de poner en ejercicio todos los resortes para el restablecimiento de la confianza mediante el concurso de todas las instituciones y de todos los ciudadanos.

Una de las cosas que más deben preocupar es la necesidad de cuidar la confianza y el respeto que la República Argentina ha sabido conquistar en el extranjero. Y esto ha de conseguirse en primer término con la eliminación de los factores perturbadores que puedan amenazar la paz de la nación, de igual modo que combatiendo con medios adecuados aquellos elementos interesados en crear alarmas injustificadas y propalarlas en perjuicio directo de los intereses nacionales.

No corresponde a esta revista extenderse en consideraciones sobre las cuestiones ideológicas que en estos tiempos se ventilan sobre la constitución de la sociedad; pero sí podemos sentar en principio que en cuanto a los problemas inmediatos de la Argentina, no son los medios violentos los más eficaces para resolverlos.

Las huelgas, por ejemplo, eran un recurso justificado como arma del obrerismo durante la última mitad del siglo pasado, cuando el desarrollo industrial estaba, puede decirse, en la infancia y las condiciones de trabajo eran pesadas e injustas; pero en estos tiempos de progreso institucional, la legislación social ha remediado muchos males, reparado muchas injusticias, y las condiciones de trabajo son muy distintas.

Las comisiones de trabajo llenan un rol de trascendencia, pues fueron creadas como el más eficaz y lógico medio de salvar las diferencias de opinión entre el empleador y el empleado, llevando a la solución de los conflictos del trabajo examen y juicio imparciales.



Las huelgas, justificadas cuando el desarrollo industrial se iniciaba, han llegado a convertirse en factores de perturbación de los que los mismos obreros resultan víctimas, pues llevan la miseria a sus propios hogares.

Apelar a la solución de tales conflictos por medios violentos resulta en estos tiempos un recurso anacrónico e inadmisible que repugna a los progresos de la legislación social.

Importa, en consecuencia, ya que los problemas sociales y económicos se complican, agravados por los problemas de orden internacional, la cooperación constructiva de todo ciudadano para ayudar a los poderes públicos a guiar con acierto y seguridad la nave del Estado a través de las recias tormentas de la depresión económica que amenaza a la civilización del mundo entero. Esto solamente se conseguirá defendiendo con mayor empeño cívico la ley y el orden social contra las convulsiones que puedan perturbarlos.

Los que así no lo entiendan y crean que sólo con la violencia podrán ver allanadas sus aspiraciones, deberán ser considerados como enemigos del bienestar del país y juzgados en tal sentido para evitar que la influencia de sus errores pueda seguir perjudicando los intereses públicos de la nación y obstaculizando su progreso normal.

Lo hemos dicho ya, pero fuerza es repetirlo: el afán demagógico, la preocupación proselitista de las agrupaciones políticas, de los gremios y de todas las entidades que concurren a nuestro desarrollo social, no pueden bajo ningún pretexto perturbar la calma indispensable para el restablecimiento del país, que, al fin y al cabo, es un enfermo convaleciente.

CANDIDUS.

Entre DOS Mujeres

UN CUENTO DE

JUANA ENGLAND



En este cuento se relatan las andanzas de un modesto redactor de avisos que, despedido por su patrón, acuerda, con una hija de éste, pasar una temporadita en el campo. No puede ella acompañarle y él se marcha solo. Su soledad le hace trabar conocimiento con otra mujer. En estas circunstancias llega la hija de su ex patrón y las dos mujeres se enfrentan. Pero, a pesar de cuanto podía ocurrir, el amor, maestro en salvar situaciones, cumple su precioso cometido.

CRISTOBAL Sobral vivía precaria, pero felizmente, gracias a su ingenio. Con esto quiero decir que vivía como la mayor parte de la gente. Ocupaba un pequeño departamento encima de un garage, y ganaba lo suficiente para comprarse ropa, comer y, de cuando en cuando, darse el lujo de un copetín y de bastante cerveza, redactando avisos. De él provenían muchos de esos incentivos para las jóvenes, que recomiendan el uso de tal o cual crema para atraerse un esposo.

Pero, a pesar de sus inspirados avisos, Cristóbal nunca había pensado que la mujer que él pretendiese tenía por fuerza que usar las cremas de cuya propaganda se ocupaba. Las vacaciones las pasaba en el interior, solo, bebiendo cerveza, dando opiniones y explorando los hoteles llamativos y esa gente que gusta leer los menús en francés.

El señor Carson, de la Compañía Carson y Wellbright, lo mandó llamar una mañana de invierno, y cuando él se presentó en la oficina vestido con un traje viejo de golf y sin sombrero, le dijo así, fría y secamente:

—¿Qué cree usted que son las mujeres? ¿Intelectuales?

—¡Qué esperanza! — contestó Cristóbal con indignación. — Pero creen que lo son. Es por eso que últimamente he empleado términos algo altisonantes en mis avisos.

—Bien; puede suspenderlos — le interrumpió el señor Carson descortésmente. — ¿Qué ventaja cree usted que puede proporcionarle el mezclar polvos de arroz con la filosofía?...

—Lo que yo pretendía — dijo Cristóbal con dignidad — era atraer a la mujer intelectual. Yo creí que a usted le agradaba aumentar las ventas. Hasta ahora hemos atraído únicamente a jovencitas frívolas que van a bailes...

—Y esa es la mayoría — gruñó el señor Carson; — no necesitamos preocuparnos por las raras.

Cristóbal sintió un sentimiento de antipatía hacia el señor Carson y por todo lo que él abogaba. ¿Quién era el señor Carson para despreciar su elevada filosofía? Un hombre que se pasaba la vida cultivando sus instintos más bajos, alentando a las jóvenes a creer que el único objeto de la vida era atraer a los hombres. Miróle fríamente, y le dijo:

—Veo que no está usted satisfecho con mi trabajo.

—Estoy hasta la coronilla.

—En ese caso — replicó Cristóbal con sequedad, — puede buscar otro hombre para escribir sus avisos.

—Lo buscaré — repuso el señor Carson, tocando el timbre para llamar a su secretaria e indicando que la entrevista había terminado.

—Antes que me retire — agregó Cristóbal con entereza, — deseo que me extienda un cheque por todo el trabajo que le he hecho.

—Perfectamente; pase por la caja al irse.

Afuera de la puerta se paró un momento, porque le había asaltado una pequeña duda. Sus principios eran una cosa, y el pan y la cerveza otra. El cheque que recibiría del cajero, le producía una agradable sensación; pero tenía sus límites. Justamente en ese momento una de las puertas de los escritorios se abrió y la señorita Carson apareció con un montón de papeles en la mano.

—¿Qué tal? — le dijo amablemente, y él la miró malhumorado.

—Señorita Carson — le interrogó con voz forzada, — ¿a qué atribuye su éxito en los círculos sociales y en los negocios? ¿Es acaso al shampoo Brillante, o a la crema Perlada, o al rouge Pétalos de Rosa?

—A los tres — le contestó ella con optimismo. — ¿Qué sucede?

—Nada; que me voy de la ciudad.

La señorita Carson lo contempló con interés. Cristóbal pensó para sus adentros que fuera lo que fuese lo que ella usara, su cabello era, sin duda, brilloso y su cutis raramente claro y transparente; y que aunque su boca, pese a que debía su color rosado a algún lápiz de rouge, era grande, era también graciosa y se plegaba en una sonrisa encantadora. Sus ojos eran de un gris obscuro y las pestañas muy largas y espesas.

—¿Adónde va? — continuó la señorita Carson. — ¿Ha tenido un disgusto con papá?

—Me voy al interior — dijo Cristóbal. — He tenido unas palabras con su papá, y en este momento iba a recoger un cheque y a retirarme.

La señorita Carson contempló por una ventana el cielo, en el cual brillaba un pálido sol de invierno.

—Yo estoy de vacaciones, y he pensado ir al interior. ¿Quiere esperar hasta esta noche? — dijo. — Podemos ir juntos.

Cristóbal se sintió bastante sorprendido, pero, ante todo, era cortés.

—Será muy divertido — comentó.

—¿Verdad que sí? Yo lo espero a usted a las seis en la estación.

—Como usted guste — repuso Cristóbal, sin mayor entusiasmo.

La señorita Carson lo miró irse por el corredor hasta el ascensor; luego, con una sonrisa extraña, se retiró apresuradamente. Cristóbal miró por encima de su hombro y vió la delgada figura de la señorita Carson desaparecer por una puerta. Permaneció ensimismado en sus meditaciones hasta que llegó el ascensor. Esta era, sin duda, la edad de la emancipación, y la emancipación era, por lo visto, una cosa excelente; pero, pese a ello, él no estaba conforme en que ella se le hubiera anticipado.

Recogió el cheque en la caja, y con una sensación de abatimiento salió a la calle.

Ciertamente, muchas veces había salido con Ana Carson; había pasado muchos momentos agradables discutiendo con ella sobre el universo. La encontraba muy encantadora, pero no tenía ningún deseo de vagabundear por el interior con ella. Se inspeccionaban mejor las iglesias estando solo; uno puede hundirse en una suave melancolía mientras contempla un caballero de piedra reclinado al lado de su dama, de piedra también. Además tenía la idea de alquilar un pequeño chalet y escribir un libro.

Caminó hasta el terraplén, donde el río fluía como una serpiente de acero entre las orillas de piedra y los tranvías ensordecían. Se sentía perdido. No estaba seguro de que podría escribir un libro, y, además, tampoco sentía la convicción que lo había exaltado en la oficina de Carson. Una reflexión intranquila de que había sido un imbécil lo asaltó. Redactaba bien los avisos; pero también lo hacían con igual éxito cientos de otras personas. No sería tan fácil encontrar otro empleo.

Se inclinó sobre el parapeto y contempló el agua. Verdaderamente, reflexionándolo bien, no podía concebir qué es lo que le había pasado esa mañana. Era una especie de locura. El agua parecía muy fría, tan fría y tan poco seductora como su futuro. Nunca se había imaginado que Carson lo dejaría ir.

—¡Lo que son las cosas! — se dijo en voz alta con tono profundo.

Aún ahora se sentía sorprendido de la actitud de Carson, porque después de todo era uno de los mejores redactores de avisos. Le asaltó la sospecha de que Carson debía tener otro en vista; otro que le resultase más barato.

Se encogió de hombros ante el río que le ofrecía tan poco consuelo, y se encaminó hacia el centro de la ciudad. Iría a depositar el cheque en el banco.

Así lo hizo. Luego almorzó costosamente, regresando más tarde a su departamento para arreglar sus cosas, mientras trataba de convencerse de que se sentía contento de no tener que pensar nuevas ideas, sino que era libre para desarrollar su personalidad. Se ponía de más mal humor con el correr de las horas. Luego sonó el teléfono y la señorita Carson le informó que sentía muchísimo no poder ir esa noche, pero que si le dejaba la dirección trataría de visitarlo dentro de dos o tres días. La voz de Ana sonaba tenuemente divertida, y Cristóbal le contestó con amargura que no tenía la menor idea de adónde se iría, y que sólo andaba en busca de soledad.

La señorita Carson se rió y colgó el tubo.

Le llevó algún tiempo encontrar un chalet, y aun así le resultó más caro de lo que había supuesto. Le fastidiaba leer los avisos de la compañía Carson. El chalet había sido amueblado por una mujer artista y estaba situado junto a una colina. Estaba lleno de caballetes y cuadros, y falto de otras cosas. No había una silla cómoda en toda la casa. Si deseaba repantigarse, tenía que echarse en la cama diván, lo que le desagradaba mucho. Además, la única mujer disponible para el trabajo de la casa, era, sin duda, descendiente de algún bandido o algo por el estilo, porque, dominándolo por completo, le exigía sumas exorbitantes por hacerle la vida soberanamente incómoda.

Todas las mañanas se sentaba frente a un cuaderno y trataba de llenar sus páginas con su prosa fecunda; y las únicas ideas que le venían a la mente eran propias para avisos sobre el cutis y los cabellos.

Se sentía completamente desgraciado. No le había escrito a Ana, y cada día que pasaba tenía que hacer un esfuerzo mayor para no escribirle. Pero pronto le llegó un solaz en la forma de una muchacha que tenía ojos azules y los cabellos cortos. Era delgada, flexible, y, sobre todo, sentía un gran desprecio por todo lo que fuera comercial. La encontró una tarde a la entrada del bosquecillo que había detrás de la colina, cargando leña en una carretilla improvisada. Con el viento frío sus mejillas estaban rojas y su nariz amoratada; pero tenía dientes muy blancos. Cristóbal se ofreció para ayudarla a cargar la leña, y ella le invitó a tomar el té en su chalet, que quedaba a media milla. El interior era más confortable que el del suyo y estaba severamente amueblado. Había en él un sillón viejo, pero muy cómodo.

La muchacha preparaba buenos tés, excelentes tortillas y escribía versos. A la semana Cristóbal pasaba la mayor parte de su tiempo en el chalet. Con las largas charlas a menudo se quedaba hasta más tarde de lo natural. Al volver a su casa, en las noches destempladas, sentíase satisfecho de haber dejado la firma Carson, y se proponía seguir adelante con su libro.

Le contó a Olivia (que ese era el nombre de la muchacha) su salida de lo de Carson, exagerándola un poco en cuanto a sus motivos, y ella aprobaba su actitud. Cristóbal nunca le mencionó a Ana, acaso porque estaba seguro que no era la clase de mujer que a Olivia le gustaba, y no quería oír menospreciarla. Y no es que Olivia fuese criticona, pero se complacía en condenar a ciertos "tipos", y él sabía que Ana caería bajo esa clasificación.

Una mañana, sin darse cuenta, se puso a escribir a Ana en vez de escribir en su cuaderno; y lo hacía alegremente. Advirtió que era una mañana espléndida, como para llegarse hasta el pueblo cercano y echar la carta al correo.

Una vez que se halló en el pueblo le pareció una lástima no tomar el ómnibus e irse hasta Worthing. ¡Cómo brillaba el sol! Se sentía indeciblemente entusiasmado por el espectáculo de las calles y de las tiendas, y el aire de cultura. Pensó en Olivia. Era una compañera excelente, pero no le proporcionaba ningún placer verdadero el contemplarla. Sintiendo que no era tan superior como podría serlo, se dirigió a una tienda y compró un frasco de perfume para ella.

Olivia estaba en su chalet cuando él regresó. Sentada en la orilla del diván, fumaba un cigarrillo. Juzgando por las colillas que había en el cenicero, debía hacer mucho que estaba allí. Tenía el rostro un poco arrebatado y los ojos brillantes.

—He tenido unas cuantas palabras con su cocinera—comentó.—¡Es una vergüenza como tiene la casa! No volverá a poner los pies aquí.

—¡Cómo! — exclamó Cristóbal acaloradamente. — ¿Y cómo me voy a arreglar sin ella?

—No se aflija. Yo lo cuidaré y arreglaré la casa — le contestó Olivia.

—¡Eso es absurdo!

—¿Por qué no puedo hacerlo — dijo Olivia desafiante, — si es que tengo el mejor deseo?

Cristóbal tenía el presentimiento de que Olivia estaba a punto de romper en llanto, y empezó a parecerle atrayente y femenina.

—No es esta clase de trabajo para usted — dijo con tono alegre y poco sincero.

—Soy yo quien debe juzgar eso — contestó ella con tono afectado. — Además — agregó, — economizará usted dinero...

Cristóbal comenzó a murmurar que eso no era correcto, pero ella le interrumpió alzando las cejas y diciéndole:

—Mi estimado Cristóbal, está usted volviéndose burgués.

Afuera el cielo aparecía cargado y gris, cortado por los reflejos rojos del sol que se hundía en el horizonte. Cristóbal se mesó los cabellos y no halló contestación posible. Se despreciaba a sí mismo por su cobardía. Se sentía burgués, en efecto.

—Y después de todo — continuó Olivia, — hay evidentemente alguna razón por la cual se encontraron nuestras vidas; probablemente una razón de reencarnación.

Cristóbal negó esta ridícula aseveración, cuando vió que los ojos de Olivia tenían una triste expresión. Recordó entonces las interminables veladas comiendo tortillas a sus expensas, y sintió que Olivia le desagradaba sobremanera. Parecía muy delgada, pequeña y fea sentada en el diván, y comprendió él, con terrible certidumbre, que sus ideas de emancipación eran como una coraza contra el reconocimiento de su propia falta de atracción.

—Le traje esta bagatela de Worthington — le dijo, ofreciéndole el frasco de esencia.

Los ojos de Olivia brillaron como estrellas y sus labios temblaron cuando extendió las manos.

—¡Qué amable es usted, Cristóbal! — exclamó; y probó un poco de la esencia en el pañuelo. — ¡Oh, es deliciosa!

Permaneció callada un rato. Para Cristóbal el tic-tac del reloj de la estufa tenía el mismo ritmo monótono que para un condenado. Jamás podría dejarla sin aparecer brutal, y prefería sufrir todos los días de su vida a aparecer así. Eso, lo sabía, era una de sus mayores debilidades.

Los últimos rayos del sol habían desaparecido. Era de noche y el silencio del campo pesaba sobre el chalet. La única luz venía del débil fuego de la estufa. Cristóbal buscó a tientas los fósforos y encendió la lámpara.

—¿Hago unas tortillas? ¿Qué le parece? — preguntó ella, y él le repuso resignadamente:

—Lo que usted quiera.

Se pasaron el resto de la velada discutiendo sobre la vulgaridad de la vida moderna.

Ana llegó dos días más tarde.

Era una mañana templada, casi primaveral. El auto de Ana se detuvo frente al chalet de Cristóbal, haciendo sonar dos veces la bocina. Cristóbal se hallaba sentado frente a la mesa con su cuaderno, y Olivia estaba en la cocina, lavando los platos. Saltó él como si lo hubiesen atacado y corrió hasta el auto. Olivia se asomó a la puerta del chalet y se quedó observándolos. El rostro le empalideció y sus ojos tomaron una expresión dura y colérica. Después de un minuto regresó a la cocina y continuó con sus quehaceres.

Pero Ana la había visto.

—¿Qué mujer es ésa? — le preguntó a Cristóbal. — ¿Acaso la heroína de un amor culpable?

—No — le respondió Cristóbal con firmeza. — Es una muchacha que vive ahí cerca..., una amiga mía..., y ella está de... Verá usted: mi cocinera me dejó plantado y ella vino a ayudarme.

Ana contempló pensativamente el paisaje, luego lo miró a él, y dijo:

—Esto es muy bonito, pero lo encuentro a usted un poco más delgado.

—Sin embargo, estoy bien — dijo Cristóbal intranquilo.

La contemplaba fijamente, diciéndose para sí mismo: "Es frívola, artificial... y nada tonta, por cierto. En el escritorio es una maravilla, pero no se la puede juz-

(Continúa en la pág. 48)



—Ana—le dijo con solemnidad, —¿quieres casarte conmigo?
—Con mil amores —le contestó ella.

Muchos argentinos destacados, cultura *en la* Biblioteca Riva

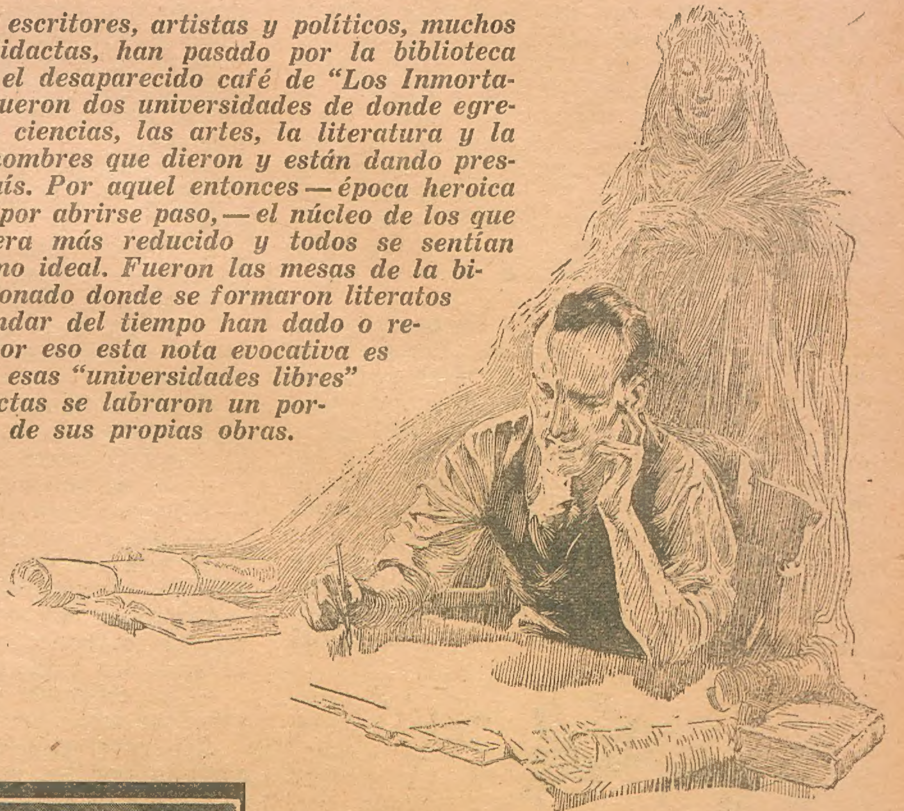


El ex vicepresidente de la república, señor Elpidio González, también era asiduo concurrente al café de "Los Inmortales". Entonces era periodista y hacía bohemia con otros comprovincianos.

Toda una generación de escritores, artistas y políticos, muchos de ellos genuinos autodidactas, han pasado por la biblioteca Bernardino Rivadavia y el desaparecido café de "Los Inmortales". Puede decirse que fueron dos universidades de donde egresaron doctorados en las ciencias, las artes, la literatura y la política, muchos de los hombres que dieron y están dando prestigio a la cultura del país. Por aquel entonces — época heroica de la bohemia que lucha por abrirse paso, — el núcleo de los que aspiraban a la gloria era más reducido y todos se sentían hermanados por un mismo ideal. Fueron las mesas de la biblioteca y del café mencionado donde se formaron literatos y políticos que con el andar del tiempo han dado o realizado valiosas obras. Por eso esta nota evocativa es como un homenaje hacia esas "universidades libres" donde nuestros autodidactas se labraron un porvenir y fueron los hijos de sus propias obras.



Aunque universitario, el doctor Vicente Martínez Cuitiño también puede decirse que formó su cultura literaria en el famoso café y la no menos famosa biblioteca por donde desfilaron todos los ingenios de la época.



El autodidacta es el hombre que toda su cultura se la debe a sí mismo y ha luchado contra su ignorancia sin tener un maestro que lo guiara. Por eso sus triunfos siempre son más meritorios.

LA BIBLIOTECA RIVADAVIA Y SU ACTUAL PRESIDENTE

Don Alberto D. Justo es desde hace once años presidente de la Asociación Bernardino Rivadavia, que tiene a su cargo la "Biblioteca Popular del Municipio", de tan gloriosa tradición cultural. Es también presidente de la Comisión de Bibliotecas Municipales Públicas, desde su creación por el Concejo Deliberante, bajo cuya dirección están las bibliotecas "Miguel Cané", "José Mármol" y "Ricardo Güiraldes", además de todas las bibliotecas abiertas al público, subvencionadas por la Municipalidad. En su carácter de dirigente destacado de la cultura popular y espontánea, el señor Justo nos dijo:

— Algunos ciudadanos eminentes en las letras y en las ciencias me han otorgado el alto honor de elegirme para dirigir una de las instituciones culturales que más enaltecen al país: la Biblioteca Popular del Municipio "Bernardino Rivadavia". No es falsa modestia manifestar que no me juzgo con méritos intelectuales suficientes para ocupar un cargo en el que me han precedido hombres insignes en la ciencia y en la literatura argentinas, algunos de los cuales tienen ya un puesto en historia. Pero sí puedo decir que, modestamente, he puesto al servicio de la Biblioteca Rivadavia y las municipales cuanto yo podía dar: mi temperamento dinámico y mis dotes de organizador al servicio de la cultura popular. He procurado difundir por todos los medios — bibliotecas en barrios, en hospitales y parques, ciclos de conferencias públicas, etc. — la cultura que otros han creado, en forma tan amplia y democrática que todos — aun los más humildes — puedan gozar de sus incalculables beneficios. Porque la cultura no es un lujo de ciudades ricas — como Buenos Aires, — sino una necesidad nacional. Muchos saben en qué circunstancias difíciles me hice cargo de la Biblioteca Rivadavia. Pues bien: en la actualidad esta institución ocupa una magnífico local, que puede decirse propio, pues ha sido donado por la Municipalidad; posee algunos fondos en el banco y ha aumentado considerablemente su ya grande caudal de libros con nuevas adquisiciones y donaciones. La Biblioteca Rivadavia cuenta con más de 50.000 volúmenes y un promedio de 150 lectores diarios.



Don Alberto D. Justo es el actual presidente de la Asociación Bernardino Rivadavia, a la cual pertenece la biblioteca del mismo nombre, y es a la vez presidente de la Comisión de Bibliotecas Municipales Públicas desde su creación por el Concejo Deliberante.



Un lector apasionado de la Biblioteca Bernardino Rivadavia era el doctor Juan B. Justo. Allí iba a consultar tratados de política y estadísticas con que nutrir el acervo de su cultura y prepararse para las futuras interpelaciones parlamentarias.

LA BIBLIOTECA RIVADAVIA Y EL CAFE "LOS INMORTALES"

La Biblioteca Popular del Municipio "Bernardino Rivadavia" fué el refugio de la más brillante e ilusionada bohemia literaria que tuvo Buenos Aires. Fué el laboratorio intelectual, el lugar de trabajo para aquella juventud toda ensueño y sed de saber y de crear; el histórico café "Los Inmortales" era, en cambio, la academia bulliciosa y pintoresca donde se discutían los valores literarios, artísticos, científicos; donde los maestros, ante un pocillo de café, exponían en enjundiosas síntesis las más recientes adquisiciones de la cultura universal; donde los jóvenes desconocidos escuchábamos en silencio y soñábamos...



Charles de Soussens, el poeta suizo que vivió muchos años en nuestro país y murió en él, escribió algunos de sus admirables sonetos en las mesas de la celebrada biblioteca y del café que prometía nada menos que la inmortalidad.



Los nuevos lectores, los jóvenes de la nueva generación, hojean los mismos libros que tuvieron en sus manos José Ingenieros, Evaristo Carriego y Florencio Sánchez. Son los nuevos autodidactas que comienzan sus estudios en la biblioteca pública.

en la política y en el arte, formaron su davia y en el café "Los Inmortales"

Una nota de JOAQUIN LINARES

Melenas, chalinas, humo de pipas, rostros pálidos y ojos ardientes... ¡Juventud! A nuestro lado, algunas románticas Mimís y Mussettes — casi todas se malograron — soñaban también con la gloria de Sara Bernhardt y María Guerrero, con los laureles de Safo o los triunfos de Ana Pavlova.

Tras los cristales ahumados, nuestros corazones juveniles se entretenían en cazar las sonrisas nocturnas de Corrientes, y bajo la luz lunar de las más bellas miradas, rimaban su canción de amor.



El vigoroso autor de "Barranca abajo" y "Los derechos de la salud", Florencio Sánchez, halló un refugio en la biblioteca y el café para planear sus dramas, en medio de la azarosa vida que llevó siempre. Fué también un autodidacta genial.

LOS MAS BELLOS VERSOS Y LAS MAS PURAS PROSAS DE LA BOHEMIA

Sobre las mesas de la Biblioteca Bernardino Rivadavia se escribieron los más bellos versos y las prosas más puras de la bohemia argentina. Allí tronaron las rimas rebeldes de Alberto Ghiraldo; allí pulió sus más dulces sonetos Charles de Soussens; allí compuso Maturana sus primorosos poemas; allí hubo forma inmortal "La costurerita que dió aquel mal paso", después de verla Carriego pasar, triste y sollozante, frente a su mesa de "Los Inmortales".

José Ingenieros, insigne autodidacta, era también figura destacada de la Biblioteca Rivadavia y de "Los Inmortales". Allí iba a revolver libros de psicopatología, de historia y de arte. En las mesas de la Biblioteca Rivadavia escribió Ingenieros sus más famosos ensayos de psicología y crítica literaria, y, acaso, las mejores páginas de "El hombre mediocre" y "La simulación en la lucha por la vida".



Allá en su levantisca juventud fué el doctor Alfredo L. Palacios asiduo lector de la Biblioteca Bernardino Rivadavia.



Parte del personal de la Biblioteca Bernardino Rivadavia: el bibliotecario señor Casio A. Rodríguez, los ayudantes señor Eugenio Chiappe y señoras de Puccio y de Helbluy, y el ordenanza Román, que se halla subido en la escalera de cañas de la India que el gran Sarmiento regaló a la biblioteca.



Carlos M. Pacheco, el más grande de nuestros saineteros, escribió muchas escenas pintorescas en las mesas del café de "Los Inmortales", como asimismo sus primeras crónicas periodísticas.

LOS QUE DESPUES FUERON EMINENTES POLITICOS

El actual bibliotecario, señor Cacio Rodríguez, nos recuerda algunas grandes figuras de la política argentina que el cronista no alcanzó a ver en la Biblioteca Rivadavia.

Era un lector asiduo el leader socialista don Juan B. Justo. Iba a consultar tratados de política, economía y estadísticas. ¡Aquellas famosas estadísticas de Justo que proporcionaban tantos disgustos a los ministros del Poder Ejecutivo!

Otro de los lectores más característicos era el doctor Alfredo L. Palacios, cuya galana oratoria y figura romántica conquistaron pronto una inmensa popularidad.

Y ahora que está de moda Giacobini... El actual concejal, el más laborioso de todos los concejales, se formó también en la Biblioteca Rivadavia. Allí lo recuerdan con singular cariño. Era un estudiante muy

(Continúa en la pág. 17)

Francisco Defilippis Novoa, autor que ha dado al teatro nacional piezas de mérito, y que la muerte malogró, también conoció la atracción del café y de la biblioteca pública.



José Ingenieros, ilustre autodidacta, escribió muchos de sus magníficos ensayos en la biblioteca de nombre prócer y consultaba los libros que necesitaba para sus estudios de psicopatología.

¿EN QUE SENTIDO CONVIENE ORIENTAR LA EDUCACION DEL LECTOR AUTODIDACTA?

Don JUAN PABLO ECHAGÜE, presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, nos ha manifestado lo siguiente:

—A medida que la cultura va dejando de ser un privilegio de pocos, para transformarse en un medio de elevación de las masas, es mayor el número de individuos que se procuran educación por propia iniciativa, sin el auxilio de institutos y universidades, y aun escapando de intento a la enseñanza oficial.

"La autoeducación no es ya un fenómeno, sino un suceso normal notado, efectivamente, por los bibliotecarios de los centros populares de cultura. A ellos corresponde, sin duda, la delicada misión de orientar la lectura del autodidacta, sin menoscabo de la independencia que éste pueda pretender para moverse en el mundo de las ideas, o, más humildemente, para optar por ciertos conocimientos prácticos.

"En términos generales, y ciñéndose estrictamente a las necesidades argentinas, me parece indispensable recomendar en estos momentos todas aquellas lecturas que tiendan a formar en cada ciudadano una noción clara del período histórico en que le toca vivir y la responsabilidad que tiene en la suerte del país, a cuya conservación se debe. Es imprescindible que los sentimientos nacionalistas, que sólo son una emoción en la escuela primaria, se arraiguen como una convicción sólidamente fundada en razones doctrinarias.

"Es la lectura primordial, lectura de urgencia y, si se quiere, lectura que debe forzosamente seducir en esta hora a quienes buscan ansiosamente una explicación de los hechos económicos, políticos y sociales que conmueven el universo.

"Toda otra lectura no tiene ni tanto interés ni carácter tan apremiante."



Don Juan Pablo Echagüe, distinguido escritor y actual presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, opina que la autoeducación no es ya un fenómeno entre nosotros, sino un suceso normal.

Una FALLA en el MOTOR

NOVELA CORTA DE

JESUS GARCIA DE DIEGO



RAQUEL Vaz Stein se detuvo en Chivilcoy los minutos necesarios para reponer nafta y aceite.

Mientras contemplaba en la acera de la avenida asfaltada la espléndida perspectiva de la ciudad provinciana, con sus líneas de arboledas ornamentales tornasoladas por el sol poniente, el macizo y sonriente Irazusta, técnico del garage, le observó cortés:

— ¿No le falla ese motor, señorita?

Raquel echó una ojeada a la magnífica "voiturette", escuchó, al parecer, el sordo rumor de la máquina en marcha, sofocado por el zumbido de los centenares de coches en circulación, encogió levemente los hombros ceñidos por la chaqueta de cuero flexible como un guante, y contestó:

— No ha de ser gran cosa.

En el asiento del acompañante estaba encajado, como en un estuche, un chicuelo negro, a menos que no fuera un muñeco de ojos movibles. La popa sostenía un gran cofre de cuero y algunas valijas. Aquella muchacha deliciosa y frágil, porcelana viviente un poco patinada por el sol, con aquel aparato de excursión a larga distancia, movía la curiosidad de los transeúntes.

Chapa de la capital, a 156 kilómetros y en tránsito para más afuera, a la puesta del sol...

Por aquel punto de la ciudad del Oeste cruzaban todos los días coches de todas las matrículas, como, frente a los puertos de mar, barcos de todas las banderas. El pormenor extraño era la mujer y su "groom".

Raquel Vaz Stein hizo arrancar la "voiturette", enfiló por la izquierda de la avenida, bordeó el gran parque central y fué a detenerse frente a la casa de correos. Penetró allí para extender un telegrama, y escribió pausada:

"Toñita Ruiz Vera.

"Azcuénaga... Buenos Aires.

"Cuatro horas vuelo. Dos paradas. Ninguna avería. Prosigo aventura de noche. Caminos fáciles. Confío sorprender Cata y Margot en pleno sueño antes del alba. Saboreo magnífico susto. Insisto respuesta consabida posibles preguntas señores Vaz Stein Córdoba. Cariños.

Raquel."

Al salir del despacho la viajera, caía el crepúsculo. Rutilaba la red de focos eléctricos en el vasto tablero de la ciudad. Detrás del sol hundido se agolpaban nubes rojizas prolongadas en gris como penachos de humo.

La "voiturette" rodó entre la fila de coches en torno del parque. Luego viró en la primera avenida transversal, rumbo al Sur; dejó atrás la ciudad, las quintas y las últimas arboledas del compacto ejido suburbano. Volvía a volar por el camino polvoriento, rompiendo la penumbra con el doble pantallazo de luz.

Minutos y leguas. Era algo más que conocer el camino a ojos cerrados aquella carrera entre zanjones y alambrados, a través de lomas, puentes y terraplenes.

Raquel Vaz Stein no vacilaba en una curva ni una encrucijada. Volante, acelerador, pedales, formaban con ella el concierto de piezas de una máquina en perfecta función. La tierra negra y el cielo estrellado parecían obedecerle. Solamente el motor...

A intervalos, el zumbido de abeja se alteraba marcando soplos espasmódicos que concluían en un retemblor decreciente, para volver a la marcha normal.

El técnico del garage había oído bien. Raquel se acordó del aviso circunspecto, frunciendo su ceño de muñeca atrevida a la soledad hostil.

Cruzaba por campos de 25 de Mayo, dibujados en el horizonte con las jorobas de sus médanos. Bruscas patinadas del coche denunciaban las capas de arena escurridizas y traidoras.

De pronto, el resoplido se hizo violento. Hubo una trepidación nueva, sostenida y creciente. Luego

Un súbito idilio que tiene por origen la aventura de una de esas damitas modernas a quienes agrada el vértigo del turismo, concentra el cautivador asunto de esta novela de ambiente. En su magnífica "voiturette" cruza la protagonista la pampa desolada, donde un percance imprevisto la pone al azar de lo desconocido en una noche tormentosa. Surge el salvador en la figura de un mecánico providencial; se suceden situaciones arriesgadas y extrañas; la falla del motor, finalmente, parece tener compostura, no así la de los corazones cruzados en la aventura.

nada. El motor, como estrangulado, se detuvo. La "voiturette" quedó inmóvil, como sujeta por una masa elástica invisible en la sombra.

Raquel intentó hacer recobrar la vida a la máquina inerte desde su asiento. La máquina no respondió a la maniobra. Entonces descolgó el faro de auxilio y enfocó la luz a la cara de su acompañante.

—¿Te has dormido, Tintín? — preguntó.

Tenía necesidad de oír una voz humana en aquel trance, bajo el enorme silencio.

El negrito acababa de despertarse y dió un respingo, azotado por la luz.

—¿Qué pasa, niña?

—Que estamos clavados y nos faltan algunas leguas. Vamos a ver ese motor.

Echaron pie a tierra. La figura del negrito, tambaleante por el aturdimiento, se recortó como un monigote en el haz de luz, sobre la arena blanquecina.

Raquel hizo alumbrar la máquina por su ayudante. Tanteó y exploró en toda la estructura, buscando el punto de falla. Desarticuló algunas piezas. Sus manecitas enguantadas se movían en aquel laberinto con veloz precisión. Pasó casi una hora en el sondeo inútil.

Miró su reloj pulsera. Faltaban minutos para las 21.

—¡Lindo percance! — exclamó con un leve trémolo de voz.

En el mismo instante sintió en la mejilla la punzada fría de una gota de agua. No había percibido, inclinada bajo el capot, la nube que iba apagando, una por una, las estrellas.

Tomó el faro de manos del negrito y le indicó la portezuela.

—No te mojes, Tintín.

Ella se quedó en la sombra, mirando, huraña, lo invisible hostil que la cercaba.

Un zumbido destacado en el rumor blando de la llovizna empezó a resonar a su espalda.

Al volverse, distinguió un vivo haz luminoso que segaba la noche, proyectado en dirección opuesta. Eran los faros de un coche fuera del camino, en el fondo de un campo tal vez. Raquel apagó sus luces, las encendió y las apagó de nuevo.

No era una señal. Era la incertidumbre.

Su audacia vacilaba en aquel trance insólito y explicable. La aventura tenía uno de sus giros temerosos, tan naturales como el éxito.

El haz de luz cambió de dirección. Se hizo transversal al camino y avanzó velozmente. En un minuto, los proyectores tocaron el cerco, a cien pasos atrás de la "voiturette". Raquel empuñó la culata de la pequeña pistola en el fondo del bolsillo de su chaqueta.

El coche que llegaba franqueó una tranquera y se aproximó hasta detenerse a la par.

Saltó del asiento un hombre, al parecer un mocetón, ceñido en un "ower-hall". Dió luz a una linterna y la enfocó de lleno sobre Raquel.

Los movimientos de aquel hombre eran bruscos y elásticos, como su palabra.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Vi su coche detenido y he visto después las señales. ¿Hay avería?

—Hay avería, pero no hubo tales señales.

—Estoy a sus órdenes, de todos modos.

—¿Es usted mecánico?

—Justamente. Ese es mi oficio.

—Agradezco, y vea lo que se puede hacer.

Raquel encendió su faro. Su auxiliador imprevisto era, efectivamente, un mozo de fuerte contextura y rasgos faciales enérgicos, como tallados a escoplo y tostados a fragua.

Se cambiaron preguntas y respuestas, mientras las manos del hombre operaban sobre la máquina rebelde. Ambos la entendían por igual y se interpretaban de inmediato.

La fámula entró en el aposento con un servicio de desayuno. En la bandeja había, además, un sobre cerrado.

—Esto es largo—dijo él, por fin, soltando las llaves que empuñaba. —Aquí no hacemos nada. Hay que remolcar este coche.

—¿Hasta dónde?

—Hasta ahí, no más; hasta la estancia.

—Prefiero ir al pueblo inmediato o continuar hasta mi destino en otro coche.

El hombre vaciló en contestar. Raquel creyó oir una risa sorda, entre el rumor creciente de la lluvia. Empezaban a soplar ráfagas locas, venidas de todas partes. Todo el horizonte era negro.

—Dentro de diez minutos —dijo por fin el hombre— estamos envueltos en agua y sacudidos por el huracán.

Sin esperar una réplica, agregó:

—Voy a enganchar una cadena. Póngase al volante.

—Prefiero... —tartamudeó Raquel.

El hombre maniobró resuelto, como si nadie estuviera allí a no ser él, dueño de la escena.

—¿Quién vive en esa estancia?—acertó a preguntar ella, ya desde su asiento.

—Los Suárez Manrique—gritó él desde el suyo.

Si añadió algo, lo ensordeció el estrépito del arranque mezclado a la furia del aguacero y del vendaval.

Raquel palpó otra vez el arma en su bolsillo. Se dejaba arrastrar, con sobresalto y con una vaga curiosidad aventurera.

Los Suárez Manrique... Un as de la banca; una señora de San Vicente de Paul; dos o tres chicas; un hijo médico de los tribunales, otro estudiando en el extranjero...

Raquel concertaba los datos de su catálogo de sociedad. Por otra parte, la estancia, una de las estancias de la familia, tenía que estar por allí. Y, en último término, aquel sirviente comedido no hacía más que lo justo.

Un pórtico tipo italiano, con escalinata, una galería, un vestíbulo, un gran corredor, todo iluminado a electricidad. Decorado sobrio, mueblaje rico, de tono obscuro. Una mucamita criolla, airosa y regordeta.

Raquel tuvo la impresión de haber penetrado allí alguna vez y de haber oído el timbre de voz de aquella china graciosa y zalamera. Se dejó conducir a un coqueto dormitorio de mujer y ayudar a cambiarse algunas de sus prendas.

—Los señores ¿han cenado ya?—preguntó por preguntar.

—Ninguno de los señores está ahora.—Raquel dominó una mueca. Luego insinuó:

—Habrá alguien de la familia...

—Nadie, señorita. La casa está a nuestro cargo; mi padre, el capataz; mi madre, la cocinera...

—Y ese mozo del automóvil.

—¡Ah, sí! El señor Antuco, el mecánico.

—¿También está ausente el administrador o mayordomo?

—El señor Antuco hace de eso. Es aquí el jefe de todo. Ahora va a invitarla a la mesa.

—¿A su mesa?

—Estaba a punto de cenar cuando salió a recibirla a usted.

—¡A recibirme!

—Debía suponer que usted, por la hora... ¡En fin! Voy a avisarle que está lista.

Raquel no lograba coordinar sus pensamientos. Dejó salir a la mucama sin intentar una nueva pregunta.

Un minuto después, estaba la fámula de regreso.

—Sígame, señorita.

La siguió. Allí había, por lo menos, una mujer visible. En aquel minuto había cavilado sobre la dificultad de acondicionar en su "sweater" de punto de seda la pistolita de bolsillo.

El señor Antuco, el mecánico, esperaba en el comedor. Estaba vestido de claro, con la elegancia a que puede aspirar el chófer de buena casa cuando se desprende de la librea. Su cutis, asoleado, era más de bronce con la blancura de la camisa. La mirada en que envolvió a su huéspeda al verla entrar a plena luz, tenía algo de hostil, mezclado de irónico. El tono de voz correspondía a la mirada.

—Estoy en el deber de reemplazar a los dueños de casa. Va usted a cenar conmigo.

Raquel sonrió. Encontraba gracioso aquel tipo de servidor que disponía sin consulta.

—El percance—dijo—me ha dejado con el menor apetito posible.

—Comprendo—repuso él, señalando el asiento, a la cabecera.—Sin embargo, esas contrariedades forman parte de todo programa de viaje. Si el viaje es aventurero, debieran computarse a razón de nueve veces en diez.

Volvió a sonreír ella, ya por las palabras, ya por el desenfadado aplomo con que él, sentado a breve distancia, apartaba el búcaro de flores y franqueaba la comunicatividad ordenando los utensilios de la cena común.

La mucamita puso junto al plato de Raquel la fuente de los fiambres.

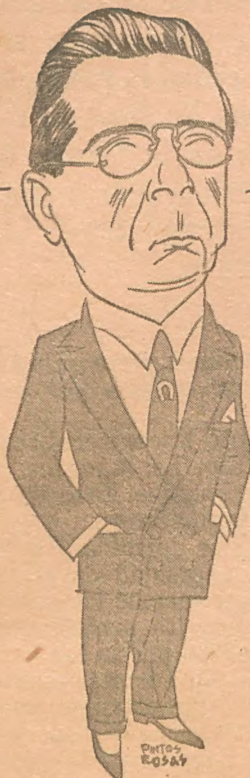
—¿Me encomienda usted este servicio?—interrogó ella.—Es chistoso, porque no hay torpeza como la mía.

—Por ser la única mujer en la mesa—respondió él.—Además, eso, como todo, se aprende alguna vez.

Se acompañaron la risa a la risa. La situación entraba en un tono bizarro. Afuera, golpeteaba el agua en los vitrales.

—Espero—dijo ella—que, al pasarse el aguacero, me conducirá adonde pueda reparar la avería.

—Por lo menos, la conduciré a usted a su destino. Del



Jesús García de Diego

Autor de la novela corta

Una FALLA *en el* MOTOR

que se publica en este número, hace para los lectores de

Mundo Argentino

Su AUTOBIOGRAFIA

El cronista del rey persa, al resumir los copiosos pormenores de un reinado en las palabras: "nació, sufrió y murió", hizo la historia del género humano.

Si algún día un crítico amable dijera de mí: "nació, escribió y fué leído", ese resumen comprensivo de una especie, alcanzaría a satisfacer mi total aspiración de amigo de las letras.

El maestro Pitágoras enmendó la entonada "sofía" por la modesta filosofía. Fué una bella lección cuyos efectos se han desvanecido en los siglos. Entre el hombre de letras y el hombre amigo de las letras, hay una distancia que suele borrar la soberbia propia y la extraña ligereza. Yo la percibo y la acepto.

En nombre de esa simple y buena amistad, renuncio a esbozar una autobiografía. Por si responde en algo al objeto, expongo, en cambio, una ficha:

Español, o lo que es lo mismo, argentino. Lugar del nacimiento, Madrid. Primera etapa de educación, en Soria; otras, hasta el bachillerato y complementos de varias técnicas, en las ciudades cabezas de Castilla y Aragón. Luego, la vida entera, en la urbe porteña y la tierra llana de Buenos Aires.

Maestro de infantes desde 1902. Profesor en la segunda enseñanza desde 1910. Editorialista en la prensa de la provincia; colaborador intermitente luego. Algunos libros; uno de impresiones de viaje y de polémica: "¿Adónde va España?", edición de 1909; una novela psicológica, "La traba", edición de 1913, y segunda, de 1918; colección de relatos campestres, "Tierra Llana", edición de 1926; monografías: "Función pragmática del lenguaje", "Relatividad del juicio lógico", "Castilla de Carlos V", "Teatro argentino" (apuntes de cátedra); algunos dramas y comedias de cuyo nombre no quiero acordarme, ediciones y registro de 1913, 1920 y 1925. Lo demás está en "La Nación", "El Hogar", "Mundo Argentino", "La Voz" de Madrid y otras publicaciones del mundo castellano.

Total, y aunque el crítico no lo repita, nació, escribió, etcétera. De añadidura, plantó más de un árbol, dió el nombre a más de un hijo... Es bastante, y aun demasiado.

coche hay que ocuparse más despacio. En cuanto al aguacero, promete seguir hasta el amanecer.

—¿De modo que debo pernoctar aquí?

—No veo remedio a esta consecuencia de su percance. Otras malas pasadas, de cariz más grave, nos suelen jugar los motores.

—¡Sí, sí! El oficio se las habrá revelado todas.

—El oficio, claro está. La mejor máquina nos hace pasar por apuros dramáticos, según donde sufran el colapso. Yo he padecido hambre y sed y me he visto a merced de bandoleros.

—Pudo ocurrirme esto a mí, hace un instante.

—¿Por qué no?

Raquel percibió algo incisivo en aquel "¿por qué no?" dicho entre dos sorbos de vino.

—¿Hace mucho que está usted al servicio de los señores Suárez Manrique?

—Puede decirse que toda la vida lo he estado. Les debo a ellos la escasa educación que tengo, amén del oficio. Me enviaron a estudiarlo donde se aprende a la perfección.

—Y usted no quiere separarse ahora de ellos...

—No puedo. Les profeso un cariño superior a todas las ambiciones.

Raquel observó esta vez, con minuciosa detención, las facciones de aquel servidor extraño que hablaba como un chófer o como un señor, alternativamente.

De pronto, habló el chófer:

—Cuando era niño, hice el papel de ese negrito que le acompaña. Recorrí con la señora no pocos caminos de Europa. Entonces usaban las damas elegantes los primeros faetones o voiturettes; aunque nunca de noche, por cierto. De noche sólo se viajaba con hombres.

Raquel se llevó la copa a los labios. Luego, replicó:

—Hoy se vive más confiado. Figúrese que ni por un momento se me ha ocurrido pensar en la posibilidad de que, en una casa desconocida, nos proporcionen un narcótico.

—¡Oh! —exclamó el chófer riéndose a lo señor. —Y se dan casos. Aunque aquí, como lo está viendo, nos narcotizaríamos juntos.

Rieron al mismo tono. La mucama salió con los platos, también sordamente risueña.

Al final de la cena, Raquel estaba indignada, más que con su comensal, consigo misma.

El señor Antuco era un gracioso algo impertinente. Había hablado de sí mismo, de sus habilidades mecánicas y de ciertas excursiones por las zonas del turismo en que se juega a todos los juegos caros y escabrosos en compañías muy selectas y liberales. Más de una vez se había sentido ella alarmada, obligándose a ponerse en guardia; pero el pícaro era de la más fina ley; tenía evasivas por la tangente que desarmaban su temor.

Era indudable que aquel hombre discernía sobre la especie de mujer a quien ofrecía en suplencia los honores de la casa. Pero también era indudable que la estudiaba a través de los giros de un diálogo bruscamente vivaz, como azuzado por el apremio del tiempo.

Insensiblemente, la deliciosa muchacha tan dueña de sí misma había sido envuelta en la red de un absurdo coloquio. Pensaba, para tranquilizarse, que debía ser aquella la última consecuencia de la falla del motor.

Persistía el rumor de la lluvia en los vitrales, tupida y monótoma.

—No hay remedio; hasta el amanecer —apuntó él con maligna flema.

Fué a sacar del armario una botella de licor y llenó las dos copas.

—Pensé en hacer preparar el champaña —dijo, —pero di por seguro que lo iba a rehusar. Sé por experiencia a quién se le hace beber sólo champaña, sin consultarle.

Insinuó ella un mahín de divina ignorancia.

Sorbió y paladeó él lentamente un trago de licor, y prosiguió como si hablara para sí mismo:

—La mujer, sin embargo, no es más que el lugar en que se encuentra en cada momento. Y lo es, exactamente, si ella se ha situado a designio en ese lugar. Sólo la absuelve o la excusa, en todo caso...

Se interrumpió, para agregar luego de una ligera pausa:

—Nada le excusa, en realidad, ante el hombre que no ha jurado ninguna restricción por ley divina ni humana.

Raquel se echó atrás en el asiento, como si una mano se extendiera hacia su garganta.

El chófer se había puesto en pie. Con una sonrisa y un ademán humilde, señaló un mueble en el ángulo de la sala.

—Hay música de todos los géneros —dijo, —y algunos libros interesantes.

Era un modo delicado, o irónico, de restablecer la distancia. Raquel no aceptó. ¿Prefería el diálogo?

El señor Antuco, según le pareció a ella, quedó un poco desconcertado. Pero lo vió reponerse instantáneamente.

—Señorita —dijo echando una ojeada a la esfera del gran reloj de caja, —es usted aquí la dueña, hasta las cinco. A esa hora nos ponemos en marcha.

La mucama apareció, como traída por un resorte, en el umbral de la puerta.

Raquel, a punto de salir, cruzó una última miraba con aquel hombre extraño que alarmaba y atraía a la vez, humilde y déspota, pícaro acabado y perfecto "gentleman".

(Continúa en la pág. 39)

Las peripecias de PANCHO y PANCHITO



La contraseña en la puerta de la lógia. -- 3 x 7 - 21 te espero en la palmera.



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

LA QUEJA ES UNA DESCONSIDERACION

Si a un norteamericano se le detiene en su camino, se le invita o se va a su casa a quejarse de las angustias propias de la vida, a lamentarse de las desavenencias de la familia o a llevar males materiales, el norteamericano le dirá, con todo derecho: "Señor, no sea usted mal educado. No tiene usted el derecho de amargarme con su amargura."

En verdad, no hay el derecho de quitar alegrías a nadie, siempre se entiende que el prójimo nos respete y guarde para sí su propia desventura. Pero entre nosotros y en el momento actual, las mujeres se han puesto intolerables. Si hacen visitas es para tener auditorio que recoja las quejas, se habla por teléfono para lo mismo. Si recibimos una carta, temblamos ante el sobre cerrado, ya en su peso adivinamos el montón de angustias que nos trae.

Hay que convencerse que no hay derecho a molestar al prójimo, que no se le puede buscar para descargar en él las quejas. Hay que convencerse que la queja trae mala suerte. Que el que sonríe, aunque sea con estudio y fingimiento, realiza un acto de consideración y de buena cultura.

El alma se debe mostrar de fiesta aunque esté de duelo; es un deber ineludible que asegura nuestra propia salud. Es en los malos y angustiosos momentos que las mujeres deben tener el heroísmo de seguir siendo en la vida lo más grato, reflejo de alegrías para los hijos, muestra de optimismo para el marido.

Envidias causa el contento, y no se olvide cada uno que si se muestra feliz, alegra a los amigos y entristece y defrauda a los enemigos; quien se muestra triste, apena a los amigos y más que placer inmenso proporciona a los enemigos, en quienes sus ansias de venganza estarán colmadas y llenas de goces perversos sus almas.

LAS MANOS

Cuidar las manos propias y observar las ajenas... Las manos definen el carácter, la personalidad, la clase social, la inteligencia y el espíritu... Hay manos aristocráticas y manos plebeyas, hay manos aburridas y bobas, cual su dueño, manos crueles cual cruel es el carácter de quien las posee, manos generosas y mansas, que expresan bondad, manos inquietas, tal como inquieta es la inteligencia que les anima.

Corre el espíritu a las manos, como corre las sangre por las venas. Difícilmente puede equivocarse quien observe las manos. Manos vulgares son gustos vulgares.

Las mujeres deben cuidar empeñosamente este detalle, dedicando a él, casi más tiempo que al cuidado del rostro. Más dicen las manos que los ojos, más dicen las manos que los labios.

Imprimir movimientos elegantes, he aquí la inteligencia de la mujer; mas guárdese de no mover sus manos en posturas rebuscadas, porque una mano cursi es lo peor que puede poseer una linda mujer.

Los más rudos, como los más finos trabajos, pueden, si se tiene cuidado, ser realizados con movimientos finos.

Para que una mujer pueda definir la inteligencia del hombre, observe el dedo pulgar; la proporción y armonía de los dedos con la palma de la mano indican la personalidad.

Más el pulgar se separa de los otros dedos, más las facultades mentales y de comprensión son grandes.

Ni vivacidad, ni espíritu, ni generosidad, se encontrarán en quien tenga el pulgar aproximado, en línea recta a los otros dedos.

Será siempre una persona normal y de naturaleza equilibrada quien posea un pulgar medianamente distanciado de los otros dedos.

La importancia de las manos en la mujer es grande. Yo recuerdo con emoción que durante la gran guerra mundial tuve en París, en el hospital Dieu, ocho heridos a mi cargo. Les llevaba cuanto me era permitido: cigarrillos, sopa, golosinas. Un día uno de ellos me dijo: "Solamente sus manos sin guantes, quiero yo." Me avergoncé. Me subió la sangre hasta la frente. Yo supe siempre que es desconsiderado e irrespetuoso dar la mano con guante, que ello revela falta de delicadeza, de afecto; pero yo soy tan aprensiva tratándose de enfermos..., ¡tengo tanto horror a los microbios! Los guantes eran sólo una protección para mí. ¡Desde ese día, di a mis heridos mi mano valiente y desnuda!

¿POR QUÉ NO SER MODESTO?

¿Por qué no ser modesto, si el modesto está más cómodo en la vida que el envalentonado, el fatuo y el orgulloso? Ocupa también el sitio mejor; el sitio que se gana y no el que se usurpa.

Una persona de valer que revele modestia será infinitamente más estimade que aquella que se imponga con autoridad.

Una mujer vanidosa de su belleza o de su riqueza estará siempre un poco en ridículo y valdrá menos que aquella que se rodee de una elocuente modestia; de esas que, por muy sencillas, realzan mejor las virtudes y elevan la belleza. Es el andar, el hablar el vestir y hasta el amar sencillo y modesto lo que vence al envalentonamiento y la impertinencia.

"Hasta el pecado ha de ser modesto y no insolente", dice Benavente. "Más cerca está de Dios el pecado humilde que la virtud orgullosa."

FEMINIDAD

Un tiempo estuvieron de moda en las mujeres la ternura, el cariño, la palabra amable; hoy están de moda la expresión áspera, dura y varonil; la despreocupación, la descortesía. Hoy está de moda ser adusta y torpe.

Lo que siempre logró una mujer afable y culta, lo pierde la mujer autoritaria, descortés y hombruna.

La fuerza que fué la modestia, la pierde el orgullo injustificado, inspirado tan sólo en la capacidad física del músculo desarrollado, de la fuerza adquirida.

Yo prefiero una mujer tímida y miedosa a una mujer temeraria. Prefiero que se ampare en la protección que el hombre le debe, a oírle decír: "Yo me valgo sola".

Prefiero la feminidad, que por muy femenina que una mujer sea, nunca lo será lo suficiente. De la mujer en estas condiciones salen las buenas madres y las inseparables esposas, y no son, por serlo, mujeres incapaces, porque yo las veo realizar labores arduas, y resolver problemas valientes dentro del hogar, ganando a la vida las mejores batallas.

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

CORRECCION de las CONDICIONES ANORMALES del CUERO CABELLUDO

Habiendo elegido el aceite que conviene para corregir cualquier condición prevaleciente del cuero cabelludo, se aplica un poco caliente con un pedazo de algodón como se indica en el grabado.

Después que se haya cepillado, masajado y puesto bajo la acción del vapor, se aplica el aceite que conviene a cada cuero cabelludo en particular.

Por último, se masajan nuevamente el cuero cabelludo y el cabello, dejando a este último suave y limpio, y al cuero cabelludo en condiciones normales.

Primeramente se cepilla bien la cabellera para estimular la circulación, y al mismo tiempo para librarla de polvo, partículas de tierra y caspa.

El vapor del aparato debe acompañarse con un masaje del cuero cabelludo que producirá un aumento de la circulación y de las actividades de las glándulas oleíferas.

HASTA hace relativamente pocos años los tratamientos recomendados para corregir condiciones de cabello opaco o enfermo eran los masajes con la mano y las cepilladas diarias. Hoy en día, sin embargo, sobre todo aquellos que viven en ciudades grandes, donde el hollín, los gases monóxidos y otras impurezas llenan la atmósfera, encuentran que el tratamiento, en un tiempo satisfactorio, es completamente inadecuado para contrarrestar los efectos perjudiciales de los elementos.

Otros factores que contribuyen a afear y hacer opaco el cabello son los sombreros apretados que se usan durante el invierno. Esos sombreros aminoran la circulación en el cuero cabelludo y estorban el funcionamiento de las glándulas oleíferas, lo que da por resultado una condición general enferma del cuero cabelludo.

En realidad, muy pocos de nosotros poseemos condiciones normales de cabello o del cuero cabelludo. Muy poco aceite que exude de los poros o glándulas oleíferas hace que el cabello parezca seco y que las puntas sean dobles, mientras que una cantidad excesiva de aceite le confiere al cabello una fea apariencia aceitosa.

En algunos casos, donde únicamente se observa una leve condición, ya sea aceitosa o seca, el masaje del cuero cabelludo y una cepillada diaria conseguirán mucho por embellecer el cabello. Sin embargo, esta rutina debe repetirse todos los días y por mucho tiempo si se desea obtener resultados permanentes. El empleo de toallas mojadas en agua caliente, escurridas y luego envueltas alrededor de la cabeza ayudará para mejorar la circulación, pero siendo necesario un calor de 60 a 90 grados para abrir realmente los poros, es fácil comprender que el uso de toallas calientes, aunque ayudan en la estimulación de la circulación, es de poca utilidad para abrir los poros del cuero cabelludo.

Muchas casas de belleza emplean un aparato especial que se parece al que usan como secador. Tienen, además, varios aceites para corregir los distintos defectos del cuero cabelludo. Estos tratamientos son de gran beneficio en cualquier condición enferma del cuero cabelludo, o para contrarrestar los efectos de cabello seco por las tinturas o por las repetidas permanentes.

Los siguientes consejos serán de gran utilidad para aquellas que no deseen o no pueden concurrir a una casa de belleza para ese tratamiento.

Primeramente cepille bien el cabello, comenzando en la nuca y manejando el cepillo hacia arriba. Luego comience en la línea, justo al lado de la oreja, y cepille hacia arriba, hasta la coronilla de la cabeza, recordando siempre que el movimiento debe terminar en la parte superior de la misma. Si el cabello es seco, apriete firmemente el cepillo contra la cabeza antes de comenzar el movimiento hacia arriba. Sin embargo, si existe una condición aceitosa, pase el cepillo por el cuero cabelludo lo más livianamente posible. Para normalizar una condición de cuero cabelludo demasiado seca se deben emplear partes iguales de aceite castor y aceite de oliva. Para corregir una condición demasiado aceitosa se debe emplear aceite no refinado. Estos aceites deben calentarse un poco antes de su aplicación.

Ponga a hervir una pava o palangana de agua; coloque la cabeza sobre el vapor, cubriéndola con una toalla turca grande y al mismo tiempo haciendo masajes al cuero cabelludo. Permanezca unos cinco minutos más o menos bajo el vapor, luego, con un pedazo de algodón y partiendo el cabello en un intervalo de dos centímetros, palmee el aceite o los aceites en el cuero cabelludo, siguiendo la línea de cada raya.

Terminada la aplicación de aceite, se pone la cabeza nuevamente bajo el vapor, esta vez por diez o quince minutos. El masaje debiera continuar durante todo el proceso de vaporación. Estos tratamientos de aceites y vapor dados en la casa debieran repetirse una vez por semana durante cinco o seis, si se desea obtener resultados satisfactorios.

LAS LLAVES DEL EXITO

La BONDAD y la COMPRENSION humana son FACTORES de EXITO en los NEGOCIOS y en la VIDA

CONVERSABA en su despacho oficial con aquel gran industrial, fundador y jefe de una de las más joderosas organizaciones fabriles del país.

Golpearon discretamente a la puerta y mi interlocutor me dijo:

—Usted perdonará que lo descuide un momento. Debe ser mi secretario que me trae las "novedades del día". En aquella mesita tiene usted revistas y libros. Estreténgase con ellos... ¡Adelante! — exclamó.

Era, efectivamente, el secretario, joven agraciado y de aspecto atrayente. Su jefe lo saludó, y me lo presentó. En seguida le preguntó:

—¿Qué novedades tenemos hoy?

El empleado le enteró de una serie de asuntos de trámite común, relacionados y referentes con el establecimiento industrial, y al final agregó:

—Hay una mala noticia, señor... Aquel cobrador que usted tomó hace quince días, ha desaparecido llevándose parte del producto de la cobranza.

—¿Mucho?

—Mil doscientos veintidós pesos, señor.

—¿Cuándo se descubrió la falla?

—Ayer, señor. Se le había dado por último plazo hasta antes de ayer para presentar la liquidación y entregar el producido, y como no se presentó, un empleado de la contaduría visitó ayer a los clientes a quienes se le encargara a cobrar. Luego se le buscó en su domicilio. Se ha mudado. Lo defraudado asciente a eso: pesos 1.222. ¿Usted ordenará lo que se ha de hacer?... Tal vez convendría dar aviso a la policía.

—Ni pensarlo, mi amigo; ni pensarlo. Eso significaría ruindad y pequeñez. Haga usted un cheque para mi cuenta particular por ese importe e intégrelo a los fondos de la casa. Luego se pasará una comunicación a cada uno de los clientes, previniéndoles que no deben ser pagadas las facturas entregadas al cobrador ése.

—Ya se hizo eso, señor. El gerente opina que debiera darse aviso a la policía, porque...

—Basta. Dígale usted al gerente que bien sabe que yo no acepto eso. Que se cumplan mis órdenes.

Se retiró el secretario y el gran industrial volvió a dirigirme la palabra:

—¿Usted se habrá admirado, mi amigo — me preguntó, — de que yo no haya permitido que se adopten medidas contra ese cobrador infiel? Yo sé que mi secretario se ha retirado indignado, que él y los demás altos empleados de mi casa juzgan que yo no aplico los verdaderos métodos comerciales, que soy demasiado tolerante. Ellos quisieran verme más fuerte, más duro, y se equivocan, se equivocan siempre. Yo sabía, por ejemplo, que ese hombre era deshonesto, pero quise proporcionarle pan — tiene seis hijitos — y la oportunidad de vindicarse. Me equivoqué. Paciencia. Otra vez acertaré...

Posteriormente me di cuenta de que este gran industrial era tenido por hombre casi débil. Desdeñaba los métodos implacables y duros que constituyen las normas casi invariables del alto comercio. No intentaba entrar en competencia ruinosa con nadie, y era tolerante al exceso con sus empleados. Sin embargo, sus negocios prosperaban en forma inusitada, y él seguía viviendo en la misma forma, al parecer alegre y despreocupada. Cierto día él me reveló el misterio de su actitud y su orientación en la vida.

—Lo esencial en la vida es poseer comprensión, pensar y sentir sin verse obstaculizado por las limitaciones que nuestra propia posición nos impone. Casi invariablemente es la mente calentada por la simpatía la que atrae. El temperamento frío aislado resulta siempre prohibitivo y repulsivo. Obra sobre la mente como una corriente de aire helado sobre la planta sensitiva. Es un gran arte el de saber manejar a las gentes, y consiste principalmente en cierto toque hábil y firme en nuestro trato cotidiano con ellas. Yo creo poseerlo. Trato de que se hagan las cosas a mi gusto sin necesidad de hacer pesar mi autoridad sobre nadie; procuro granjearme la obediencia de los demás, sin forzar a ella, señalar los defectos sin aparecer superior... Y así trato de mandar, moldear, dirigir y controlar hombres y cosas a mi gusto y modo, sin convertirme en un tirano. Y creo que a la larga lo consigo y salgo ganando.

Aquel fino sentimiento, aquel "delicado toque" a que aludía el industrial, no es incompatible con la fuerza o una virilidad robusta. En verdad, es una de las virtudes que la realza. Instintivamente nos atrae un hombre que es, al propio tiempo, fuerte y sensitivo, que une en su persona la fuerza a la delicadeza, y cuyas acciones se hallan restringidas por una dosis de sentimiento o simpatía. Esto, naturalmente, no puede existir cuando se presenta el cinismo o un temperamento duro. Suponer que todos los hombres son embusteros o tontos, o que el móvil de todas las acciones es el interés, indica una falta de simpatía que involucra la existencia de cinismo. Etimológicamente, la palabra cínico significa un perro. Era el término que aplicaban los griegos al can que recorría las calles hurgando la basura por las noches. Eran animales gruñones, traicioneros y cobardes. El cínico les gruñe a sus propios semejantes. Se alimenta de desperdicios. Se envanece de los defectos humanos y generalmente atribuye móviles tenebrosos y aviesos a todas las acciones humanas. En suma, es hombre de escasa simpatía personal y como tal, tampoco es agradable. Si, empero, un hombre es amplio de corazón y tolerante con las debilidades de los demás hombres, infaliblemente tendrá éxito y prosperará.

Desgraciadamente, no todos comprenden estas verdades en el mundo de los negocios. De ahí que haya en él tantos individuos agriados, perversos y egoístas. Yo siempre traté de no ser así. He ahí todo.

FIN

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

1º **NO DEBE SEGUIR ATENDIENDO** a ese joven que se avergüenza de presentarse en público con usted.

2º Obedezca a sus padres; es demasiado joven para obrar por su cuenta; además espere a que esos temores se cumplan, pues hasta ahora todas son suposiciones.

Cdo. a "Dos morochas, Nita y Dita", de Sampacho.

● ●

LA TIMIDEZ puede ser la causa por la cual su compañero de trabajo no se decide a hablarla; pues su actitud hace pensar que usted le es simpática.

Siga en la misma actitud de ahora, trate de provocar sus celos, y si él realmente tiene interés, por temor de perderla apresurará la declaración que usted tanto anhela.

Cdo. a "Ameluz", de capital.

● ●

LA MADRE DEL NOVIO hará la primera visita a la novia; usted tiene razón.

Cdo. a "Enamorada de A. M.", de Santa Fe.

● ●

CONOCIENDO LOS ANTECEDENTES de ese hombre no debió jamás dar crédito a su palabra ni acceder a su pedido. Ahora debe tratar de reconquistar al amigo traidor, pues será la única manera de borrar su falta y evitar disgustos a su familia, inocente de su conducta.

Cdo. a "Linda desesperada", de Tucumán.

> **Cuando huyen los ideales y falta la fe, sólo el amor puede remediar el desastre.**
>
> **LUISA COLET.**

PUEDE SER PASAJERO ese estado enfermizo que nota que se va acentuando cada día en su novia; aconséjele mucho cuidado; bien atendida mejorará y desaparecerá ese obstáculo que hoy le hace temer por su felicidad futura.

Cdo. a "Romeo", de Rosario.

● ●

SI SU NOVIA LO DEJO sin tener motivo alguno y atendiendo solamente a los consejos de una vecina, no se preocupe ahora por lo que esa señorita haga. Ya que ella lo reemplazó tan pronto, siga usted su ejemplo.

Cdo. a "Corazón afligido", de Santa Fe.

● ●

No se publicarán las siguientes colaboraciones:
"Semblanza", de R. L.
"Inconsecuencia", de V. F.
"Adiós del poeta", de J. L. P.
"Yo no sé por qué", de J. L. P.
"Tristezas", de E. R.
"Amor que llega", de J. S.
"Me hiciste poeta", de A. P. V.
"El último amor", de M. A. C.
"Camino del olvido" y "Tus labios y los míos", de E. R. A.
"Momentos", "Tu nombre" y "Tu cofre", de W. E. A.
"Sueño con la novia", de R. D. G.
"Contraste" y "Quiera Dios", de S. G.

Cédulas de San Juan

Veo que no fueron vanos tus ruegos a San Antonio,
muchacha linda,
porque San Juan te trajo en cédulas un novio
que causa envidia.
No creo, no, que lo que han hecho tus amiguitas
es simple broma,
pues sé que con él cambias ciertas miraditas,
¡gran picarona!
Ama, muchacha, ama sin miedo y no hagas caso
de lo que dicen.
Ricos o pobres, si se comprenden, tú y el que amas
serán felices.
Y cuida tu amor como se cuida un gran tesoro,
celosamente,
porque la dicha es algo tan frágil que, como un vaso,
puede romperse...
... ...
San Juan es bueno: en cédulas regala novios
a las que quieran...
Pero no olviden, muchachas, que San Antonio
los da de veras...

FELIX A. MOLINA.

ENLACE DE LA SEMANA



Señorita Elida Capdehourat y doctor Carlos Roust, cuyo enlace, bendecido hace poco, constituyó una nota social de destacadas proporciones.

Fotografía de Arón Mazer.

ES PREFERIBLE que le regale el aderezo que describe, ya que su novia, por lo que deja entrever, está en condiciones de adquirir el tapado de piel.

Cdo. a "F. B.", de Alta Gracia.

● ●

NO SE FORJE ILUSIONES VANAS. Si ese joven ha ido a esa ciudad a estudiar, no turbe su tranquilidad, ni le haga esas insinuaciones, sabiendo por él mismo que no quiere pensar por ahora más que en sus estudios.

Cdo. a "Ojos azules de la china india", de Santa Fe.

● ●

RECIBI SUS DOS CARTAS, y lamento tener que decirle que su poesía no se publicará; si no ha salido aún la contestación, ha sido porque éstas van apareciendo por riguroso turno y la correspondencia que recibo es mucha.

Cdo. a "Morena triste", de Chilecito.

● ●

1º **EL NOVIO LLEVARA** corbata negra u obscura.

2º Puede llevar el calzado que indica.

3º Guantes de cabritilla.

Cdo. a "Chica", de Dolores.

> **Tratándose de amor, mujer, "ama" y "besa", en silencio, que en amor todas las palabras son viejas.**
>
> **Apacigua con la sangre de tu corazón y con las lágrimas de tus ojos, las iras de tu amado, mas no hables, no riñas, porque el amor, el GRANDIOSO amor, sólo y mejor se interpreta en los largos y elocuentes silencios.**

EL EMPRESTITO PATRIOTICO se ha decretado en estos momentos difíciles por que pasa nuestra patria, a fin de poder equilibrar las finanzas; por ello todo debemos contribuir a él en la medida de lo posible; por lo tanto no pienso como usted y creo que no debió enojarse con su novio porque invirtiera algunos pesos de los que tenía ahorrados para los gastos de su próxima boda, en la compra de unos bonos de dicho empréstito. El tuvo razón al sentirse ofendido por sus recriminaciones; así que ahora busque la manera de reconciliarse, y en lugar de disgustarse esté satisfecha de tener un novio que mira por el bien de su patria; piense que mañana se preocupará también del bienestar de su hogar.

Cdo. a "Criollita", de capital.

● ●

DIGALE CLARA Y LLANAMENTE que la ama y que cree no equivocarse al esperar que ella corresponderá en la misma forma a su afecto.

Cdo. a P. H.", de Resistencia (Chaco).

● ●

NO SE DEJE LLEVAR POR SUS IMPULSOS, arrebatos de juventud; piense que puede ser amado por otra chica que sabrá hacerlo feliz y le hará amable la vida. Empéñese en encontrarla y desaparecerá su tormento.

Cdo. a "A. C. G.", de Rosario

AMA, no IMPORTA QUE, pero AMA SIEMPRE!

Muchos Argentinos...

(Continuación de la pág. 7)

pobre. Pasaba las tardes sobre los textos de medicina, tratados de anatomía, patología, higiene.

LA BARRA DE LOS CORDOBESES

El cronista no recuerda con exactitud la fecha. ¿Fué en 1915? Era apenas un adolescente. Charlábamos de literatura, como todas las tardes, en torno a una mesa de "Los Inmortales". En otra mesa cercana se reunían también todas las tardes una barra de cordobeses. Lo denunciaba su inconfundible tonada. Uno solo tomaba café... y los demás miraban. Los trajes muy raídos. Hablaban del radicalismo, de Irigoyen, de Crotto, de Becú.

Ante nuestra curiosidad, Félix Alberto de Zavalía — que estrenó este año un hermoso drama histórico sobre Rosas, en la Opera — nos informó quién era el jefe de la barra y nos presentó:

—El señor Elpidio González, de la docta...

¿Era un novelista sin editor? ¿Era un comediógrafo ignorado? ¿Era un poeta desconocido? Creemos que don Elpidio González iba a "Los Inmortales" como bohemio y periodista. Luego recordamos haberlo visto también en la Biblioteca Rivadavia.

MONTEAVARO UTILIZABA LOS LIBROS... Y LOS ORDENANZAS

El inolvidable Monteavaro fué uno de los escritores jóvenes de más positivo talento. Lo malogró el periodismo y la azarosa vida que éste acarrea. Cuando Monteavaro se hallaba en estado normal, como Darío, esto es, en poder del dios coronado de pámpanos que cantó Anacreonte, se refugiaba en la Biblioteca Rivadavia para trabajar. Escribía febrilmente. De su ágil pluma salían aquellos formidables artículos sobre política, arte, literatura, que devoraba el público de los diarios; aquellos alucinadores cuentos que tanto buscaban los lectores de revistas. De pronto Monteavaro llamaba.

—Rodríguez, présteme al ordenanza... Tengo que mandarlo a "La Nación"...

Y el ordenanza iba a "La Nación" con las cuartillas de Monteavaro y un vale por cincuenta pesos para el administrador...

OTROS RECUERDOS

Muchos libros y objetos de la Biblioteca Rivadavia no sólo tienen valor por sí mismos. Hay también en ellos cierto contenido histórico que los transforma en documentos preciosos, en objetos de museo. No es raro al hojear un viejo volumen encontrarnos con una dedicatoria de Rivadavia, con una firma de Moreno, con una anotación de Sarmiento o de Vélez Sársfield, o de Saldías, o de Andés Lamas, o Mitre.

La escalera que se utiliza en la Biblioteca Rivadavia para alcanzar los libros de los estantes, es precisamente un regalo de Sarmiento. Se trata de una escalera muy original y valiosa, hecha con cañas de la India, que el autor de "Facundo" trajo al regreso de su viaje por Europa y Africa.

CORRIENTES, LA GRAN VIA DE LA LITERATURA Y EL ARTE

El ciclo bohemio de la Biblioteca Bernardino Rivadavia transcurrió en su húmedo y lóbrego local de la calle Corrientes.

Corrientes sigue siendo la gran vía de la literatura y del arte nacional. Los que sólo eran soñadores adolescentes en "Los Inmortales", luego fueron, o ahora son, famosos saineteros, comediógrafos, poetas, novelistas, críticos, músicos, actores, actrices. En los cafés llenos de espejos y bronces, con orquesta típica y jazz, de la calle Corrientes, vemos ahora a Blanca Podesta, a Lea Conti, a Pepe Ratti, a Muiño, a Alippi: revolviendo las pirámides de libros a 30 centavos de las librerías nocturnas de la calle Corrientes, hallamos a los celebrados escritores González Castillo, Martínez Cuitiño, Pico, Martínez Paiva, José Antonio Saldías. Muchos se fueron ya para siempre: Trejo, Pardo, Pacheco, Iglesias Paz, Defilippis Novoa, Francisco Payá, Diógenes Taborda. ¡Todos ellos soñaron en "Los Inmortales" y trabajaron y estudiaron en la Biblioteca Rivadavia!

FIN

Por ARTURO F. NEIL

cuarenta años cazando hombres

UNA tarde de principios de 1915, me hallaba sentado en mi despacho de Kentish Town, cabecera de la división "Y", que comandaba por aquel entonces. Recorría la correspondencia que acababa de recibir de Scotland Yard, y que se refería, casi toda, a cuestiones de la guerra, tales como la internación de enemigos, investigación de espionaje, etc. Pero también había un pequeño paquete de correspondencia de las fuerzas policiales de Aylesbury y Blackpool a Scotland Yard que se me pasaba para que me enterara, procediera e informara.

Se refería a un deceso que había ocurrido en mi división, en Highgate. Una joven esposa, la señora de Lloyd había sido encontrada ahogada en su bañadera en una casa de Bismarck Road. Por las noticias de la prensa se había enterado del asunto un señor, Charles Burnham, cuya hija se había ahogado en el baño en una casa de Blackpool, en 1913, tres semanas después de su enlace con un individuo llamado George Smith. La semejanza de ambos casos le pareció sospechosa y había enviado los recortes de los diarios con una carta en que suministraba todos los detalles de la muerte de su hija a la policía de Aylesbury.

Una persona residente en Blackpool, que también recordaba la tragedia anterior, se había puesto en comunicación con la policía de aquel punto.

No sabría explicar por qué razón, recargado de trabajo como me encontraba por aquel entonces, resolví investigar personalmente aquel asunto. Lo hice, sin embargo, aunque estaba tan lejos de comprender que iba a ser mi "caso" más importante, que puse a un lado todos los papeles que tenían atingencia con él hasta la tarde siguiente, mientras atendía otros asuntos aparentemente más importantes.

Cuando hablé con el agente que había acudido al descubrirse el cuerpo, escuché un cuento extraordinario.

— Subí al baño — me dijo — y me encontré con el cuerpo, completamente desnudo y tendido en el suelo.

— Busque algo con que cubrir a la pobrecita — le dije al marido. — ¿Cómo la deja así? . . . Intenté realizar la respiración artificial, pero . . . ya era tarde.

Los testigos que entrevisté me dijeron que la tragedia debió haber ocurrido hacia las 20 horas. Habían oído chapotear y chapalear. Una especie de suspiro y . . . nada más. Un par de minutos después un organillo empezó a tocar, cosa que hizo durante unos 10 minutos. Después se detuvo y una puerta se cerró con estrépito. Cinco minutos después el esposo golpeó a la puerta. Le abrieron y preguntó si su esposa había terminado. Entonces subió y la encontró muerta en el baño.

Me pareció mejor hablar con la dueña de la pensión. Confirmó lo que ya me había dicho el agente, pero agregó uno o dos puntos, pequeños en sí, pero que me impresionaron considerablemente. Al parecer la conducta del marido afectado le había llamado la atención; se había mostrado demasiado tranquilo y su conducta había sido casi indiferente y hasta inhumana.

— Le pregunté — terminó la mujer — si no podría ayudar en algo. — No, me contestó, el médico ya ha hecho todo lo que había que hacer por ella.

La impresión de crueldad fué confirmada por el empresario de pompas fúnebres, a quien también entrevisté. Me refirió que el marido había insistido en adquirir el féretro más barato posible, y aun, asimismo, había discutido el precio, encontrándolo demasiado elevado y observando:

— Cuando están muertas las personas, ya no necesitan nada. No creo en conceder importancia a estas cosas.

Cuanto más lo profundizaba, tanto menos me satisfacía. Toda la actitud del marido parecía estar en pugna con el verdadero dolor. Había visto el baño, y, francamente, no podía comprender cómo podía haberse ahogado en él. Hubiera deseado hablar unas palabras con este señor Lloyd, pero se había marchado sin dejar domicilio.

Esto, coronando todo lo anterior, me decidió: había que investigar plenamente el caso. Hice circular un parte sobre el asunto a todos mis pesquisas, y obtuve de inmediato informaciones sumamente interesantes. Al parecer los Lloyd se habían casado en Bath y se habían mudado a Londres el día mismo de su enlace. Lloyd se había trasladado a una casa en Orchard Road, Highgate, en la cual había tomado un dormitorio. Había solicitado ver el baño y había dicho que era pequeño, pero que suponía que estaba bien.

Después de su partida, la dueña de la pensión, a quien no le agradaba el aspecto del tipo, decidió no alquilarle la habitación. Se sentía algo nerviosa, y rogó a un sargento de policía, a quien ella conocía, que atendiera al hombre por ella cuando regresara, a las 18 horas.



"Por lo que hace a los años de servicio, soy el detective británico más antiguo existente."

Así dice el ex jefe de investigaciones Neil, y agrega:

"En Scotland Yard no computamos por años de servicio, sino por casos en que se haya intervenido. Desde este punto de vista, no conozco a ningún detective que se aproxime directa o indirectamente a mi "récord" En el transcurso de los últimos cuarenta años he intervenido directa o indirectamente en todos los casos de homicidio que se han producido y he estado en contacto con todos los criminales de mayor nota de la Gran Bretaña. Conozco mejor los bajofondos que la calle en que vivo; la manera de proceder de los reyes del hampa me es más familiar que la vida de mi vecino."

El ex jefe Neil, durante su larga actuación condujo al cadalso a quince criminales. Es el único detective viviente que haya capturado a dos asesinos múltiples. Ha sido citado más de cuatrocientas cincuenta veces en la orden del día de Scotland Yard.

ESTOY SEGURO DE QUE ES UN ASESINO

En cuanto el sargento me hubo referido ese incidente, me puse otra vez en comunicación con la dueña de la casa de Bismarck Road. Lloyd había llegado a su casa después de las seis, y su primera pregunta, aun antes de ver la habitación, fué sobre el baño.

Una hora o dos después recibí otras informaciones igualmente interesantes. En el día de la muerte de la señora Lloyd había ido con su esposo a una firma de notarios de Islington, y había extendido un testamento dejándole sus bienes a él. El mismo día ella había retirado todos sus ahorros, unas 20 libras esterlinas, de la Caja de Ahorro Postal de Muswell Hill.

Estaba convencido de que tenía que habérmelas con un asesino, tal vez el autor de dos asesinatos, pues recordaba el caso de Blackpool, y me parecía que Smith y Lloyd pudieran ser la misma persona. Lo primero que hice a continuación fué informar a sir Charles Mathews.

— Pero, Neil — me dijo el acusador público, cuando le hube referido el caso, exponiéndole mis sospechas, — la idea es ridícula.

— Sin embargo, señor, siento que se trata de un asesino. Si puedo identificar a Lloyd con Smith, lo detendré por falso testimonio. Se casó con el nombre de Lloyd, y eso basta por el momento.

A pesar de las dudas de sir Charles, determiné encontrar al marido perdido. Recordé que el empresario de pompas fúnebres me había dicho que había rechazado un cheque que Lloyd le había ofrecido en pago de su cuenta.

— ¡Oh, pronto arreglo eso yo! — habría dicho Lloyd. — El banco está aquí a la vuelta.

Fuí a aquel banco y descubrí que Lloyd había transferido su cuenta a una sucursal del distrito de Shepherd's Bush. Me entrevisté con el gerente de aquella sucursal.

— Sí — me informó. — Efectivamente Lloyd tenía su cuenta allí,

Neil ha escrito para MUNDO ARGENTINO una serie de artículos en los cuales referirá a los lectores sus principales actuaciones. El próximo capítulo se titulará:

La PANTERA, el FAMOSO LADRON SOLITARIO que BURLO a la POLICIA

Las mujeres que se ahogaban en la bañadera

pero el único domicilio que conocían en el banco era el de su notario.

Indudablemente aquel notario podía haberme proporcionado el domicilio de Lloyd, no debía yo pedírselo porque importaba invitarlo a cometer una grave infidencia profesional. Resolví que el camino más sencillo sería hacer vigilar su oficina. Era seguro que Lloyd había de llegar hasta allí en cualquier momento, siempre que no se diera cuenta de que yo le buscaba. Era difícil que así ocurriera, porque todo se había hecho con el mayor silencio hasta ese momento.

LOS RESULTADOS DE LA ESPERA

De las descripciones que había recibido, estaba seguro que no tendría dificultad en reconocerlo, pero para estar seguro de que no habría error, hice que el agente que había sido llamado desde la casa de Bismarck Road fuera destacado como uno de los observadores, pero vestido de particular.

Nos facilitó considerablemente las cosas el hecho de que las oficinas del notario se hallaban cerca de una taberna, cuyo propietario me había conocido mientras estuve en el Borough. Me reconoció, y comprendiendo que andábamos en algo, me ofreció una de sus habitaciones, desde la cual se dominaba toda la calle.

Después de diez días de espera, vi un hombre que se acercaba a la oficina de los notarios. Su andar particular me había sido descrito por un testigo de Highgate, y al acercarse pude ver que la descripción conincidía en otros detalles.

Sí; aquel era nuestro hombre. El agente lo confirmó. Entró en la oficina y nosotros bajamos a la calle. Sabíamos que no había ninguna otra salida; de modo que al salir podríamos detenerlo.

— Manténgase a mi lado, Page — le dije al sargento, — y los demás estén listos para proceder. El hombre puede tener un revólver.

Transcurrió una media hora, al cabo de la cual nuestro hombre salió a la calle. Se detuvo a abotonarse el sobretodo y encender un cigarrillo. Page y yo nos acercamos a él.

— Soy el inspector de investigaciones Neil de la Policía Metropolitana londinense — le dije. ¿Es usted John Lloyd?

— El mismo — respondió con bastante tranquilidad.

—¿El mismo John Lloyd cuya esposa se ahogó en una bañadera en la noche del 18 de diciembre pasado, en Bismarck Road, Highgate?

— El mismo.

— De acuerdo con mis investigaciones tengo motivos para creer que usted es, también, George Smith, cuya esposa fué encontrada ahogada en Blackpool, el año 1913. Usted se casó con la señorita Lofty en Bath, Somerset, y con el nombre de Lloyd.

— Sí; eso es cierto, pero no prueba que mi nombre sea Smith. No conozco el nombre de Smith. Mi nombre no es Smith.

Lo estudié por un momento. ¿Qué podía haber visto en él ninguna mujer? Todo su aspecto predisponía. Sus facciones eran feas su cutis amarillento y tenía una boca grande y sensual.

Volví a hablar otra vez.

— Muy bien — le dije; — pero lo voy a detener bajo la acusación de haber hecho una declaración falsa, bajo juramento a un notario público.

CONFESION DEL REO

Esperaba, indudablemente, otra acusación y por eso, según yo lo preveía, la forma de hacerla lo tomó de sorpresa, y lo hizo descubrirse.

— Bueno; si eso es lo que lo hace hacer tanto bochinche, voy a decirle la verdad: yo soy Smith.

—¿Lo confiesa, entonces?

— Seguramente. Mi esposa murió en Blackpool el año que usted dice, es decir, en 1913, pero eso es sólo una coincidencia: la mala suerte de un hombre. Es lo único que usted podrá probar en contra mía, señor Neil, por muy vivo que se juzgue.

La confesión de que él era Smith simplificaba las cosas, aunque yo comprendí que era mejor que lo hiciera identificar por otras personas que lo hubieran conocido bajo ese nombre. Y, naturalmente, me hallaba aún muy distante de poder probar que él era un asesino. Su sorpresa, empero, cuando lo detuve me probaba que no me había equivocado. Mientras reunía las pruebas legales en su contra, lo encerré en un calabozo.

Al ser revisado en la comisaría, se le encontraron unas 150 libras esterlinas en billetes de banco, pero no tenía nada más de importancia.

Esa tarde volví a ver a sir Charles. Al enterarse de que Lloyd y Smith eran la misma persona, cambió de opinión sobre el asunto.

— Haremos exhumar los cuerpos de ambas mujeres — dijo. Podría haber empleado veneno. En seguida me pongo en campaña.

Inmediatamente procedí a invitar al señor Burnham a venir a Londres para identificar a mi prisionero como el George Smith que se había casado con su hija. Llegó con la señora Pinchin, hermana de la fallecida Alicia Burnham, y en seguida dispuse todo lo necesario para el reconocimiento en rueda de presos.

El preso apareció formado con varios hombres más de análoga contextura física. Charles Burnham recorrió la línea, y con gran desesperación mía, pasó frente a Smith (alias Lloyd), sin reconocerlo. Pero el criminal mismo salvó la situación. Ignoro si lo hizo por espíritu de desafío o porque creyó que después de su confesión, poco importaba el reconocimiento, pero el hecho es que, golpeándose el pecho, exclamó:

— ¡Aquí estoy, señor Burnham! ¡Usted debe conocerme!

(Continúa en la pág. 61)



Pasé varios días investigando el paradero de Lloyd o Smith por todos los barrios que había frecuentado.

MARIE DRESSLER, la GRAN CARACTERISTICA, RELATA su VIDA

Sin sentir la menor rivalidad profesional, Marie Dressler y Polly Moran ríen satisfechas en uno de los descansos de la filmación de "El arte de ser bonita".

En el presente número continuamos la publicación de las memorias de la gran característica de la pantalla, Marie Dressler. Como en los capítulos ya publicados, en éste hace la renombrada actriz derroche de su fino humorismo. Es francamente sugestivo su constante buen humor, ya que, según confiesa, nunca se sintió dominada por el pesimismo, ni siquiera en esos angustiosos momentos en que se desvanecía su última esperanza y tenía que hacer frente a la vida en un ambiente desconocido y hasta hostil. Pero estaba Marie predestinada a vencer. En poco tiempo, gracias a su entereza, llegó a figurar entre las más destacadas figuras de la pantalla y conquistó el preciado título de "reina de la cinematografía universal".

CAPITULO VI

EN la película "Castillos en el aire", tenía que cantar "Me yuelvo española ahora". Cuando pude al fin cantarla delante del micrófono, podía ser de cualquier nacionalidad; había tenido que repetirla tantas veces y combinar tantas cosas, que en el momento oportuno ya no recordaba más que aquello de "buscó un torero". Cuando estaba lista yo, el cameraman no lo estaba; y así pasamos bastante tiempo. Al final, no pudiendo más, salí con lágrimas de rabia y humillación en los ojos. Para calmarme, yo misma me llamaba por todos los nombres que se pueden encontrar en el vocabulario de los piratas.

Yo me decía a mí misma: "¿Quién te ha hecho creer que tienes capacidad para trabajar en las películas?", y mil cosas más. De pronto, las palabras me volvieron a la mente, y eché a correr hacia el estudio, para anunciar que ya estaba lista.

Empezamos la filmación. Me divertí tanto como pudieron divertirse ustedes, si han visto "Castillos en el aire". Nos llevamos muy bien esos días el micrófono y yo. Nadie sabe lo difícil que es tratar de parecer y de actuar naturalmente, cuando hay poco espacio para moverse, a causa de que el micrófono se encuentra a un lado y una tiene que estar atenta para que el sonido no salga desigual.

No se Puede Ser Feliz sin Trabajar

Al filmar "Anna Christie" le dije al director que el micrófono tenía que seguirme a mí y no yo a él. Un hombre me siguió con el micrófono durante toda la filmación, el cual hizo conocer al mundo entero las palabras de "Marthie".

El resultado fué muy halagüeño, porque como ya no me preocupaban las condiciones mecánicas, me dediqué solamente a mi trabajo.

Después de un gran día de trabajo en el estudio, no me pongo mis mejores trajes para pasearme por las avenidas de Hollywood, como todos creen, ni paso toda la noche en una fiesta. Muy al contrario. Me acuesto a las nueve, y dejo mis ventanas abiertas, para que el aire fresco, los perfumes del jardín y el batir del mar me arrullen el sueño. Este es, francamente, el mayor de mis placeres.

He aprendido en mis días difíciles que lo mejor es tratar de olvidar y no preocuparse, porque, después de todo, lo que uno resuelve con la almohada raramente se cumple.

Jamás mezclo el trabajo con las diversiones. Cuando se debe trabajar, soy la primera en hacerlo, y cuando llega la hora de divertirse, soy también la primera.



Con su colega Bessie Love, para quien siempre fué una eficaz consejera y una excelente amiga.



Cuando Marie actuaba en las tablas, como primera actriz cómica.

Para filmar la película "Tillie's Punctured Romance" nos trasladamos al lugar donde debía realizarse, y tardamos nada menos que catorce semanas. Pueden imaginarse cuánto nos divertimos durante este tiempo.

Hoy en día nuestras películas, las más grandes y las más caras, se hacen en menos de cuatro semanas.

Mientras dura el trabajo me entrego de lleno a él. Y si es necesario trabajar de noche, jamás me quejo. Llego con puntualidad a la mañana siguiente, ya que la puntualidad es mi mayor virtud o defecto, como lo quieran llamar. No he llegado a comprender ni a perdonar a las personas que son tan poco consideradas cuando hacen perder el tiempo o el dinero de los demás, llegando a la cita tarde y poniendo excusas de todo punto increíbles.

Estoy segura de que me ha sucedido tanto o tal vez más que a las demás personas a este respecto. Si uno recibe de improviso una visita y tiene la obligación de salir a los diez minutos, pues se le dice así al visitante, que no tiene por qué ofenderse. Y si yo procedo así, tan llana y tan sinceramente, no sé por qué no pueden hacer lo mismo los demás.

Algunas veces dejo algo que me interesa, y, sobre todo, de importancia, para acudir a una cita que he dado, y me encuentro con que la otra persona me hace esperar media hora o no acude. En los tiempos de Jorge Wáshington el tiempo valía muy poca cosa; hoy en día media hora es parte muy grande en nuestra vida.

Durante la mañana trabajo en los estudios con ahinco, pero al aproximarse las doce, como mi desayuno es liviano, siento un apetito terrible. Con sólo mirarme, la gente se da cuenta de la hora que es, y el director ya sabe que a esa hora es imposible emprender ningún trabajo conmigo.

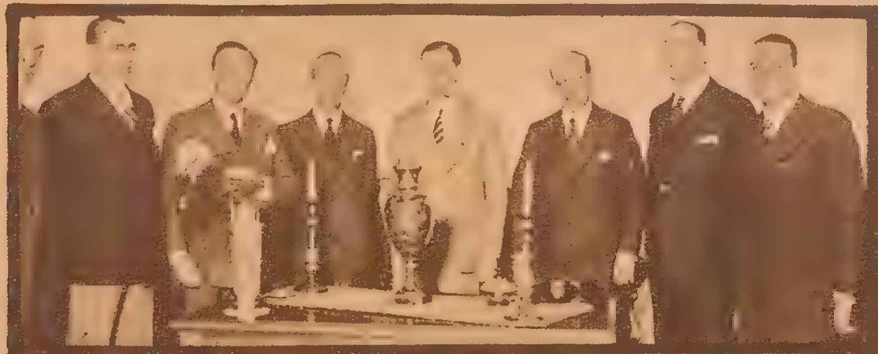
(En el próximo número se publicará el séptimo capítulo de estas memorias.)

EN EL PROXIMO NUMERO: Los que HACEN MAS y BRILLAN MENOS

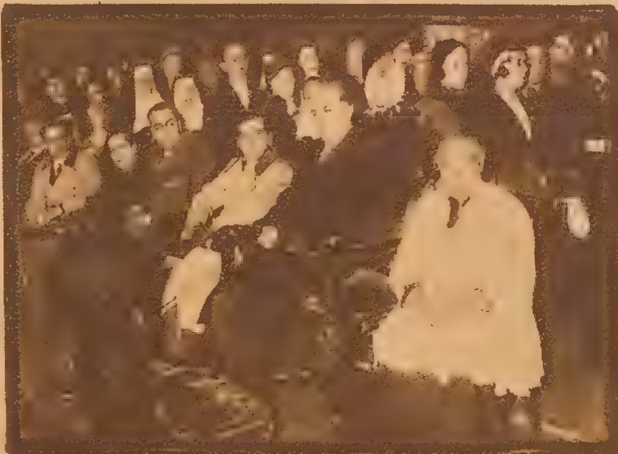
Mundo Argentino
EN CORDOBA



A la memoria del ex gobernador de Córdoba, ingeniero Emilio F. Olmos, se realizó un acto cívico en el teatro Rivera Indarte, al que asistieron delegados de la Capital Federal y amigos y correligionarios del extinto. En círculo: el diputado nacional, doctor Augusto Bunge, hablando como delegado de la capital.



El gobernador de la provincia de Córdoba, doctor Frías, ofreció un almuerzo a los legisladores nacionales, a sus ministros y al intendente municipal, doctor Caro. Momentos antes de sentarse a la mesa.



Durante la misa que se ofició en la catedral, en la ceremonia en honor del nuevo monseñor, Buteler. Se ve al gobernador Frías, al general Pertiné y otras personalidades.



También se ofició un funeral en memoria del ex gobernador de Córdoba, ingeniero Olmos. El actual gobernador, sus ministros y monseñor Laffite durante el oficio religioso.



Con motivo de su próximo enlace, un núcleo de amigas de la señorita Inés Masjoan pasó a saludarla, efectuándose una amena reunión social.

Fotos Ternengo

EL FILM DE LA SEMANA





EL FANTASMA DE LAS ALARMAS EN EL CONGRESO. — La interpelación formulada al ministro del Interior, doctor Melo, sobre los rumores alarmistas que se difundieron por el país, provocó una extraordinaria expectativa, al punto tal, que ellas promovieron un movimiento poco frecuente en el parlamento y sus inmediaciones. El doctor Melo aportó a la Cámara de Diputados la palabra serena y equilibrada del P. E., disipando el fantasma. ¿No sería factible, para ciertos casos y a fin de que el pueblo supiera de lo que trata y lo supiera inmediatamente, colocar sobre la mesa ministerial un micrófono?



LA SUPREMA CORTE ESTA INTEGRADA Y TIENE SU PRESIDENTE.—El más alto cuerpo colegiado de la Nación ha sido integrado recientemente en la vacante que determinó el fallecimiento del doctor José Figueroa Alcorta, por el doctor Luis Linares, figura consular en el país. En una de las primeras reuniones, la Corte eligió el miembro de la misma que habrá de presidirla, y la designación recayó en el doctor Roberto Repetto, que desempeñaba el cargo de vicepresidente.



ROBERTO ARLT ESTRENO EN EL TEATRO DEL PUEBLO. — Roberto Arlt es un escritor de verdad, porque escribe más que habla. Lo dice su labor en el libro y en el periodismo. Ahora se asoma al teatro, y lo hace por el camino que le corresponde. Ha elegido la escena enaltecida del Teatro del Pueblo, donde un grupo animoso de hombres de letras, busca su verdadero camino. La obra de Roberto Arlt se titula "300 millones" y ha constituido un éxito reconfortante.



Doctor ALBERTO HUEYO
Ministro de Hacienda



Gral. AGUSTIN P. JUSTO
Presidente de la Nación.



Doctor ALFREDO L. PALACIOS
Senador Nacional.

UNA ENTREVISTA COMENTADA

No se habló de otra cosa durante la semana anterior: la visita del senador nacional Alfredo L. Palacios al presidente de la República, general Agustín P. Justo, en su residencia oficial de Olivos, dió margen a mil y un comentarios. Esta entrevista provocó, asimismo, aclaraciones y rectificaciones para establecer de dónde había partido la iniciativa de la misma. Por fortuna, el episodio se aclaró bien pronto, y pudo decirse como en la estrofa clásica: "Caló el chapeo, requirió la espada, miró al soslayo, fuése y no hubo nada..."



PAAVO NURMI SERA UN TEMIBLE RIVAL PARA NUESTRO ZABALA. — Se había asegurado que el célebre "avestruz" Paavo Nurmi no participaría en las Olimpíadas de Los Angeles, por haber incurrido en penalidades que lo colocaban fuera del cuadro de los aficionados. Pero, aclaradas las cosas, el finlandés podrá participar de las pruebas atléticas de su especialidad, con lo cual la chance de nuestro Zabalita queda un tanto en situación difícil.

Gran EXITO alcanzó con sus REFORMAS nuestro colega "El Hogar"



El director de "El Hogar", don León Bouché, durante las palabras que pronunció en la L. R. 4, Radio Splendid, anunciando la nueva orientación de la revista. Dijo, entre otras cosas: "No creemos que una publicación, por muy grande que sea el favor que le dispensa el público, haya de cristalizarse en viejos moldes para ofrecer así, cada semana, ejemplares que se asemejan en su estructura, en su amenidad y en su espíritu. La vida es múltiple y cambiante y es al ritmo de ella que nosotros los periodistas debemos asimilar nuestra labor.



Un momento de la venta de "El Hogar", cuya edición de cerca de doscientos mil ejemplares se agotó la misma noche del jueves.



El doctor Angel J. B. Rivera, secretario general de redacción de "El Hogar", que también pronunció breves palabras, de las que damos el siguiente párrafo: "Hemos trabajado con amor, porque hemos trabajado para vosotras, mujeres argentinas."



Los canillitas, esos esforzados colaboradores del periodismo, haciendo los pedidos de la revista, apenas llegados los camiones al lugar de la venta.



— ¡"El Hogar" a 30! — dice el muchacho. — Y el ciudadano porteño lo adquiere convencido de que las mejoras anunciadas colmarán su curiosidad de lector.

COMO SE ENCONTRARON *LOS* RESTOS *DEL* "BABY" LINDBERGH

N. H. Moran, jefe de policía de los Estados Unidos, que dirige las pesquisas.

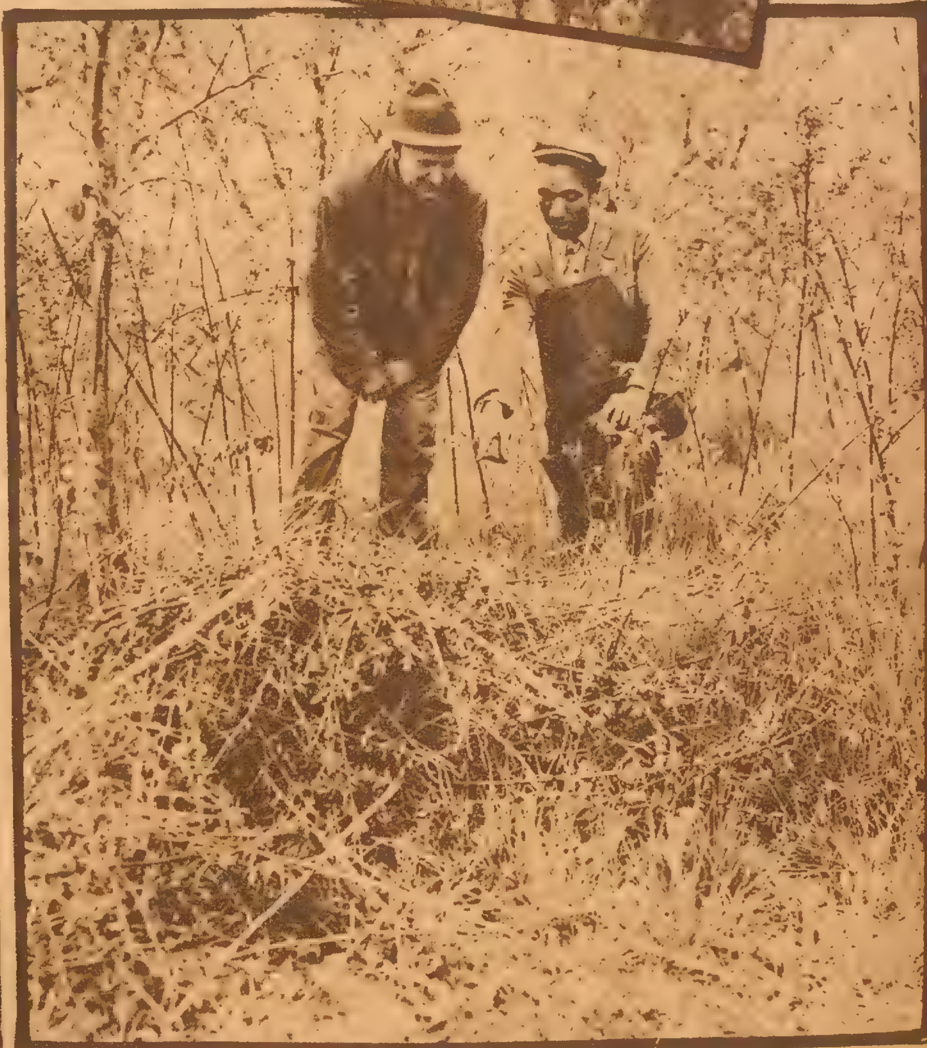
J. Edgar Hoover, jefe de investigaciones judiciales, que persigue a los criminales.

IRONIAS DEL DESTINO

¡Ironías del destino! Lindbergh, el Aguila Solitaria, gloria de su patria, fué a esconder en los tupidos bosques del estado de Nueva Jersey un nido de amor en que había de crecer, sano y robusto, el tierno retoño, el "Baby" rubio de sus padres y de América. Hopewell, que traducido significa "Buena Esperanza", es el sitio en que enclavó su casa Lindbergh. De allí una noche aciaga fué raptado el bebé inocente y lindo, y después de casi tres meses de angustia, su cuerpecito atrozmente mutilado fué encontrado oculto entre la maleza de los bosques de la Sierra Sourland (la Tierra Agria). Esta vista fué tomada desde un aeroplano y revela con nitidez el paisaje; la flecha del frente señala la ubicación de la casa del coronel Lindbergh y la del fondo, el lugar en que fué hallado el cadáver del "Baby".



En este coche fueron conducidos los restos del "Baby" desde la morgue de Trenton hasta el crematorio de Linden.



W. Allen y Orville Wilson indican el sitio en los bosques en que hallaron el cuerpecito, a cuatro millas y media de la casa paterna.



Don Fermín por DANTE QUINTERNO

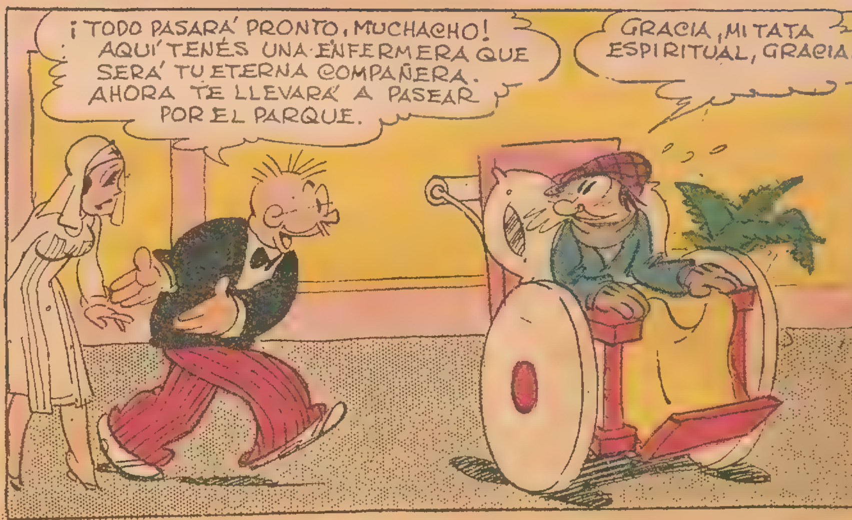




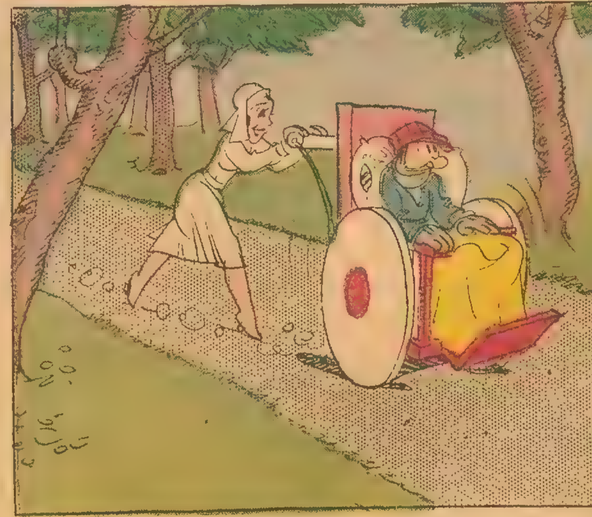






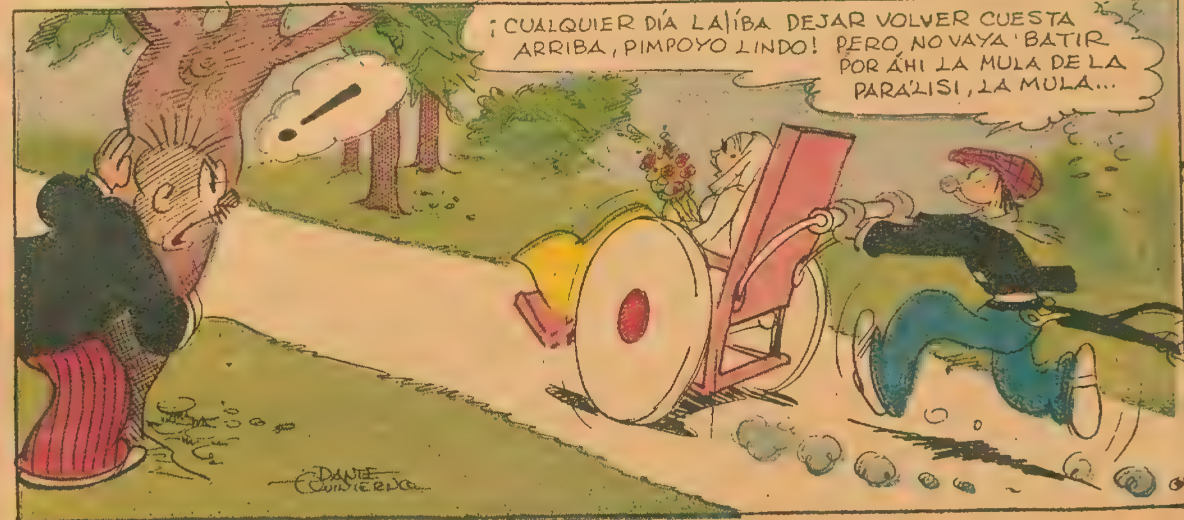












El CHINO MISTERIOSO

Novela policial de J. S. FLETCHER



RESUMEN DE LOS CAPITULOS ANTERIORES

Jaime Granage, un joven indigente, es comisionado en el puerto de Portsmouth por un desconocido para llevar un mensaje a un comerciante llamado Holliment, quien le propone lo substituya en el negocio durante su ausencia. Mientras ésta dura, al joven le es dado observar una escalera sospechosa y, poco después, la presencia de un chino, en la calle, pegado a una de las vidrieras del local. Es tan imponente este personaje, que Jaime siente miedo y cierra el negocio. A punto de marcharse, huyendo de un posible peligro, aparece inesperadamente el comerciante. Sabedor del peligro que entraña la presencia del chino, le propone al joven la fuga, valiéndose de la escalera sospechosa. Sube primero el dueño, y cuando Jaime va a seguirle, oye en la puerta del negocio unos golpes que le paralizan de pavor.

CAPITULO III

UNA MUJER HERMOSA

CIERTA peculiaridad había en aquel sonido. No era el tic-tac provocado por un puño insistente sino el resonar sostenido provocado por varios nudillos golpeando a un tiempo Holliment debió oirlo tan bien como yo, pues escuché que una voz, hasta entonces débil y apagada, resonaba como un grito sostenido.

—¡Ven, muchacho! ¡Pronto! ¡Y arrímate a la pared cuanto puedas!

Era esa la tercera vez que me hacía esa advertencia, y por cierto que en tan crítico momento traté de seguirla al pie de la letra. Pero la pared aquella era algo repugnante, algo cuyo solo contacto producía asco. Parecía que el polvo y el barro de un siglo se hubieran acumulado en ella. A medida que mi cuerpo se deslizaba por allí mis manos se empapaban en su grasitud y las telarañas se enredaban como débiles tentáculos en mis brazos, mi cuello y mi rostro. Parecían seres vivientes que me aguardaban para pegarse a mí con brazos gelatinosos. Y eso sin contar con los amenazadores crujidos de la bamboleante escalerilla, cada vez que ponía el pie en los peldaños. Al avanzar seguía oyendo el incesante repiqueteo en la puerta del negocio, que me producía la sensación de algo siniestro.

Y así fuí subiendo poco a poco, con los nervios en fuerte tensión, hasta que me uní a Holliment en el último escalón. Y fué en aquel preciso instante en que cesó el repiqueteo para para dar lugar a un ruido mucho más fuerte, producido por la puerta de la calle al abrirse violentamente.

He dicho ya que en el negocio habíamos dejado una lámpara apenas encendida, y que de uno de los faroles de la calle se colaba un rayo de luz por una parte descubierta de la ventana que caía sobre uno de los peldaños de la escalera. Gracias a esto Holliment y yo pudimos ver a varios hombres corriendo por el negocio de un lado a otro como perros de caza tratando de descubrir su presa. Por el aspecto parecían ladrones de esos que ocultan su rostro bajo una grasienta gorra y que siempre están dispuestos a participar en cualquier asalto. En una ocasión pude ver, al atravesar ellos por aquel rayo de luz, el brillo de la hoja de un cuchillo. Sin duda alguna Holliment los veía también, de la misma manera que vió algo que me hizo abrir bien los ojos.

Era el rostro de un chino: un rostro cuya visión duró apenas una fracción de segundo, pero que fué suficiente para que Holliment,



Por el aspecto parecían ladrones de esos que ocultan su rostro bajo una grasienta gorra.

antes que yo pudiera mover un brazo, sacara un revólver y disparaba hasta tres veces sobre el grupo de facinerosos. Se oyeron dos gritos, uno de los cuales fué de dolor, como si quien lo lanzara se hubiera sentido de pronto mordido por una avispa; el otro fué más fuerte y más sostenido. Sin embargo, estoy seguro de que ninguno cayó, y tal cual yo lo esperaba, aquella descarga, en lugar de hacer cesar la búsqueda, la aceleró más. Durante un segundo tuvimos la visión de los rostros que se vuelven y de una avalancha de cuerpos que se precipitan en la escalera. Escuché el atropellado correr de todos ellos y me atemoricé; pero algo que realmente me llenó de frío y terror fué la risa de Holliment, que resonó a mis espaldas. Duró poco, pues me apresó fuertemente por un brazo. En aquel instante la vieja escalera se desplomó, arrastrando consigo a los que, lanzando gritos de furor, se habían animado a trepar por ella. Oí quejidos confundidos con el crujir de las maderas y las blasfemias de los que estaban abajo. Sin pérdida de tiempo Holliment me arrastró, y, atravesando una obscura puerta, me encontré pisando tierra firme.

Tan obscuro estaba aquello, que no era posible ver ni a diez centímetros de donde me hallaba. En medio de la Babel de gritos que resonaban en aquella negrura, Holliment puso su boca junto a mi oído.

—¡No tengas miedo! — susurró. — Esos ya no pueden hacernos daño. Ven conmigo, escalera abajo. Luego beberemos. ¡Ya estamos a salvo! ¡Ojalá se hayan roto todos el pescuezo! ¡Vamos!

Dejé que me condujera a su antojo, calculando que, fuera adonde fuera, en ninguna parte me iba a encontrar peor que allí. Bajamos por otra escalera más segura, me soltó el brazo, me hizo pasar por una puerta que abrió y encendió después una linterna, que supongo debía llevar en el bolsillo. Vi entonces que estábamos parados en el rellano de una escalera común, como las que se pueden encontrar en cualquier casa. Lo primero que Holliment hizo fué colocar dos tirantes de hierro cerrando y asegurando la puerta por donde habíamos pasado. Luego se pasó la mano por la frente, haciéndolo en tal forma que me obligó a hacer lo mismo. Tenía la lengua hinchada y seca. Ambos nos miramos significativamente y fuí yo el primero en hablar:

—¡Quiero beber! ¿No dijo usted que íbamos a beber?

—Bien, bien. Beberás abajo.

—¡Quiero beber! ¿No dijo usted que íbamos a beber?

Me señaló hacia abajo y comenzó a descender, haciéndome señas para que lo siguiera.

—¡Bien, bien! Beberás abajo. Allí estaremos seguros... Todo está vacío. No hay nadie. La casa es de mi propiedad. Si aquellos se nos hubieran echado encima antes de que subiéramos... Pero ya pasó el peligro..., por lo menos momentáneamente.

Recuerdo que bajamos muchos escalones; atravesamos algunas habitaciones vacías, puertas cerradas, otras abiertas... Trataba, aunque con un poco de dificultad, de prestar atención a todo lo que veía. ¡Magnífica casa aquella! Balaustradas talladas: cielorrasos con relieves; buen gusto arquitectónico. Sin duda debía ser propiedad de algún comerciante antiguo. Y era indudable, también, que debía hacer mucho que estaba deshabitada. Al menos así lo demostraban el polvo y la suciedad que en algunos muebles se advertía. Y todo esto rodeado de un gran silencio. Llegamos al fin a lo que me pareció un vestíbulo, aunque no puedo asegurar que lo fuera, ya que me pareció que Holliment esquivaba a mis ojos la luz de su linterna y las visiones que obtuve fueron por cierto muy fugaces.



Estaba a mi lado, sosteniendo un pequeño latiguillo de amazona.

Una vez más se detuvo ante una puerta. La abrió y avanzamos. Más escaleras aparecieron ante mis ojos, al fondo de una de las cuales vi abierta la puerta de una habitación en la que había luz. Pude distinguir el fleco de una carpeta de muy buena apariencia, cosa que me atrajo la atención. Pocos momentos después entrábamos en ella. Luego de asegurar nuevamente con hierros la puerta vi que había allí todo lo necesario para estar cómodos. Una espléndida salita era aquella, con sus buenos sofaes, su estufa encendida. No fué sino después de ver aquel fuego que sentí frío...,

un frío enorme. Holliment debió también experimentar frío, pues tras de dejar la linterna sobre una silla y de encender una lámpara que había sobre la mesa, se dirigió a una alacena y sacó una botella, una jarra con agua y un par de vasos y los colocó sobre la mesa. Dejé que preparara la bebida, que luego resultó ser bastante fuerte. Luego de beber su vaso lleno lanzó un gran suspiro, y, mirando la botella, exclamó:

—¡Coñac! Apenas lo pruebo. Pero cuando se viven momentos como estos..., nada mejor que el coñac. Siempre tomo whisky. ¿Te sientes mejor, muchacho?

—Por supuesto—le respondí después de haber bebido una buena dosis de aquel líquido,—¡mucho mejor! Tan bien estoy que no podría precisar si "aquello" sucedió hace diez minutos o diez años. Pero, ¿por qué no me dice qué significa todo esto?

—¿Para qué?—replicó sonriendo.—No lo comprenderías, y, además, ahora estás a salvo. Lamento de veras hacerte pasar por tales peligros, pero ya pasó todo. Y lo esencial es que tenemos el pellejo entero.

Bebí el resto del coñac, y deposité el vaso sobre la mesa.

—Entonces, ¿me dejará usted marchar?—pregunté.—Supongo que conocerá alguna salida segura.

Me miró con tal gesto de asombro, que de inmediato comprendí que me hallaba sujeto a una detención indefinida.

—¡Una salida segura!—repitió.—¡Nada de eso, muchacho! Tendrás que permanecer aquí varias horas...; acaso el resto de la noche. ¡No seas tonto! Aquí no corres peligro. Afuera..., ¡quién sabe!

Hizo un movimiento con un brazo como si clavara a alguien un cuchillo. Volvió a beber, y esta vez me pareció que el vaso repiqueteaba entre sus dientes. Lo miré estupefacto.

—¿Quiere usted decir que esos individuos...?

—¡Nos matarían! Algunos habrán quedado inútiles, pero los otros nos espían..., y no tengo interés alguno en correr riesgo en lo que queda de la noche. Aquí no podrán entrar.

—Pero, ¿y la policía, señor Holliment?—le dije.—Me imagino que habrá llegado hasta su negocio, atraída por el ruido y los gritos. Y eso es una garantía.

—No podemos confiar en eso, muchacho—me replicó.—Este es un barrio casi desierto. Durante la noche son escasísimas las personas que transitan, y el policía más cercano tardaría por lo menos quince minutos en llegar. Y, además, ¿por qué te apuras? Aquí no corres riesgo alguno. Toma más coñac, tonto..., y sírvete un buen cigarro de los que hay en esa caja. Luego cenaremos, y ya veremos lo que podemos hacer. Sírvete.

Tomé un cigarro de la caja y me senté en un sofá, cerca de la estufa. Holliment hizo lo mismo, y así permanecimos por espacio de una hora, hasta que él arrojó su colilla en el fuego y se levantó.

—¡Ya estoy bien!—exclamó.—Siempre me sucede lo mismo después de beber coñac. ¿Y tú?

—Perfectamente. Y no sé cómo no estoy borracho con todo lo que he bebido. Debe ser la nerviosidad.

—Eso debe ser. A mí me hubiera acontecido lo mismo a no ser por el incidente. Es el sistema nervioso, sin duda. Pero el caso es que ahora siento apetito. Cenaremos algo. Tengo carne de cerdo fría y un queso magnífico. ¿Qué te parece? Con cerveza, por supuesto.

—Me parece delicioso, señor Holliment—contesté.

—¡Magnífico! Prepararé todo lo necesario.

Se puso a buscar, y yo permanecí en el sofá, perezosamente. Observé que era un hombre muy metódico, especialmente en sus comidas. De un cajón de la mesa sacó un mantel, servilletas y hasta cubiertos. Trajo varios platos de una alacena, y vasos, que brillaban por su limpieza, y preparó la mesa con la prolijidad de una sirvienta. Sirvió la carne de cerdo fría, un poco de queso, que me resultó riquísimo, nueces y dos botellas de cerveza.

—Presiento que tú también estás hambriento, muchacho—exclamó.

—Es cierto, señor—repliqué.—Y la vista de semejante comida me hace aún tener más hambre.

—Siempre tengo algo de repuesto—comentó él, cortando finas rebanadas de queso.—Y me felicito de ser precavido.

—Ya lo he podido apreciar cuando hoy me hice cargo de su almuerzo y de su té—le repuse.—Muy buenos y abundantes. El mozo del "Almirante Hawke" me los trajo tal cual usted me dijo.

—Jim. Ese es su nombre. Es un buen tipo, y hace muchos años que está ahí. Tú no conoces esta parte de la ciudad, ¿verdad?

—Así es—repliqué.—Pero no me costó gran trabajo encontrar su dirección, gracias a las indicaciones de su amigo Quartervayne.

Al oír este nombre cesó de comer.

—¡Ah, por supuesto!—murmuró.—Sí; fué Quartervayne quien te envió. ¡Qué raro! He olvidado las circunstancias en que nos encontramos. Tú disculparás, pero, ¿qué hacías cuando encontraste a Quartervayne?

—No tengo interés en ocultárselo—contesté.—Estaba en el puerto aguardando la oportunidad de ganarme algunos centavos..., ¡y como cuando vi a Quartervayne aún no lo había logrado!...

—¡Ya recuerdo! ¡Sí!... Me dijiste que te dió diez pesos. ¿No es eso? ¿Y para qué querías dinero?

—Para poder marcharme a Londres—contesté.—Y con ellos lo hubiera hecho si no fuera que usted me pidió que le cuidara el negocio.

—¿Londres? ¿A Londres, ahora?—murmuró de pronto.—No es mala la idea. Si existe en el mundo un sitio donde un hombre pueda estar seguro...—Cesó de hablar y me señaló.—¿Todavía estás dispuesto a marcharte a Londres?

—En el primer tren que salga, en cuanto pueda abandonar esta casa—contesté.

Dudó algunos instantes, y de pronto exclamó:

—Mira. Yo te llevaré a Londres e iré contigo. Allí se está seguro. Y mientras este maldito chino viva..., si es que aún vive... Pero no importa. ¡Londres es el sitio! Oye bien. Tengo un automóvil, es de segunda mano; pero es muy bueno; hay bastante nafta en el tanque..., todo está listo. Cuando terminemos de cenar me cercioraré de que todo está en calma; saldremos ocultos, tomaremos el coche y nos iremos. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico!—contesté de buena gana.—Estoy pronto.

—¡Ni una palabra más!—me contestó.—Trata de comer bien, pues el viaje será largo y frío. ¿Quieres más carne?

Comimos hasta hartarnos. Nos levantamos, lavamos los platos, limpiamos el mantel y dejamos todo brillante tal como lo habíamos encontrado. Después, recomendándome que no tuviera miedo durante su ausencia, subió la escalera y desapareció. Diez minutos más tarde regresó cargado con dos gruesos sobretodos, uno de los cuales me ofreció a tiempo que me hacía una seña que me indicaba que no había novedad. Luego apagó la luz, me condujo, y silenciosamente llegamos al rellano de la

(Continúa en la pág. 35)

EL FOLLETIN

El HOMBRE de los

CAPITULO TERCERO, ***escrito por*** **LAURA HOLMBERG DE BRACHT**

RESUMEN DE LO PUBLICADO

A bordo del "Argus" regresan a la patria varios argentinos: Florencia Bulmer de Salazar, viuda del coronel Salazar, y su hija Alicia, el doctor Fournier y su señora, Lucio Araujo, Julito Yáñez Palma, los Funes, el matrimonio Almanza, el general Gutiérrez Pinto y un enigmático inglés, Mr. Silverton. Viaja también un camarero singular, Paul, que es poeta, y cuya vida encierra un misterio para todos. Alicia y Lucio parece que se atraen mutuamente. Una noche, al entrar éste en su camarote, encuentra a la viuda de Salazar, pálida, pero muy serena, con el índice en los labios implorando silencio. Julián Almanza le contó a Lucio Araujo la historia de las Salazar. Florencia Bulmer de Salazar había sufrido mucho por el carácter violento de su finado esposo, el coronel Salazar. Así fué que la muerte de éste resultó un verdadero alivio para toda la familia. Lucio Araujo no se había repuesto aún de la sorpresa que le causó la presencia en su camarote de la hermosa viuda, quien le entregó una cartera guardapapeles y le rogó que se la conservara discretamente. M. Silverton, que sorprendió a la viuda de Salazar cuando entró en el camarote de Araujo, se presenta a éste y quiere sobornarlo para que le entregue los papeles que le confiara aquélla.

III

UN GRITO EN LA NOCHE

EL estrépito de una ola haciendo irrupción en el bar por un ojo de buey, apagó la grave y ya velada voz del inglés. Lucio Araujo no oyó, pero adivinó el final de la frase que lo dejó perplejo. Con la rapidez inverosímil del pensamiento el suyo voló entonces, y en menos de un segundo hizo giros ascendentes y descendentes, retrocedió y fué a ubicar a Mr. Silverton sobre la cubierta del "Argus" el día en que se embarcaron en el Havre, rumbo a Buenos Aires. Allí volvió a ver a Mr. Silverton solo, enigmático, envuelta la garganta en una bufanda de seda blanca y levantado el cuello del sobretodo hasta las orejas, parecía, más bien que del frío, resguardarse de las curiosas miradas de los que serían durante quince o veinte días sus compañeros de viaje.

Un valet se le acercaba de tiempo en tiempo como si pidiese órdenes, las cuales parecía dárselas el misterioso personaje, pero en voz tan baja, que aun muy próximo a él hubiera sido imposible oírlas. Sólo un oído experto y habituado como el del valet a las modalidades de su amo era capaz de percibirlas. Luego volvía a quedar solo, y acodándose en la borda, hundía la mirada allá en el horizonte. El mar y el cielo, en su conjunción, parecían atraerlo. De aquel inglés emanaba un flúido magnético, no cabía duda. Lucio Araujo volvió a sentir la extraña sensación que experimentara entonces a la vista de aquel hombre de las brumas, sensación que hasta ese momento no se había preocupado en definir. ¿Antipatía o simpatía? ¿Atracción o repulsión? No lo sabía, porque su creciente entusiasmo por las Salazar no le dejaba tiempo para otra cosa. Digo las Salazar porque Lucio Araujo, malgrado ser un hombre de experiencia en cuanto a las mujeres, un descreído, un ateo del amor, por haber amado mucho, un psicólogo por haber observado detenidamente las diversas características de toda clase de razas en el ambiente cosmopolita en que se movía hacía ya años, no había llegado aún a penetrar en el secreto de aquellas dos mujeres. Madre e hija permanecían siendo un misterio para él. Cuando creía que se hacía la luz, cuando algún pequeño indicio le permitía asomarse al borde de aquellas dos almas y se imaginaba poder llegar hasta su fondo, una palabra o una actitud insólita de las damas desbarataba, en un segundo, su paciente labor de tantos días. Desconcertado, el elegante diplomático mandaba al diablo todos sus tratados de psicología.



La señora LAURA HOLMBERG DE BRACHT, que a su prestigio social une también el literario, es la autora del tercer capítulo de EL HOMBRE DE LOS OJOS DE ACERO, que tanto interés ha despertado entre nuestros lectores. Poetisa de fina sensibilidad y escritora penetrante, su colaboración en EL FOLLETIN DE LOS DIEZ ha de ser gratamente recibida por cuantos gustan del vigor y la sobriedad de su estilo.

—¿Cuánto quiere usted por los papeles que anoche le confió la señora de Salazar en su propio camarote? — repitió Mr. Silverton.

Esta vez la frase llegó nítida e imperiosa a los oídos de Lucio Araujo, que despertó como de un sueño, y recobrando por entero su sangre fría, replicó serenamente:

— No sé lo que usted quiere decirme con eso, Mr. Silverton; pero de todas maneras, sea lo que fuere, este sitio, donde pasa tanta gente, no me parece el más indicado para tratar ningún asunto. Si usted piensa como yo, en su camarote o en el mío estaremos mejor. Elija usted, Mr. Silverton.

— Muy bien — balbuceó el inglés; — lo sigo a su camarote.

Silenciosos recorrieron los estrechos pasillos. Al pasar frente a un camarote, Araujo tuvo un leve sobresalto. Como el día anterior, le pareció que se escapaba de allí dentro un sollozo ahogado. El inglés no se inmutó. Continuaron andando. En la cabina 24 se detuvieron. Araujo vaciló delante de la puerta; pero reaccionando al instante, introdujo la llave en la cerradura. El pestillo cedió, e invitando a Mr. Silverton, penetraron en ella. La puerta se cerró sin ruido.



En el salón se bailaba, se conversaba y se jugaba aún a las cartas, a pesar de lo avanzado de la hora. Julio Yáñez Palma escuchaba a Totona Funes. La inquieta solterona lanzaba esas frases propias de las mujeres que han llegado a los cuarenta años sin casarse. Física, moral y espiritualmente, por lo general, quedan inconclusas. Les falta sazón, como a esas frutas que maduran artificialmente en los frigoríficos, sobre el hielo, cuando debieran madurar, como la naturaleza lo manda, sencillamente al calor natural. Sin embargo, hay algo que no escapa a su observación, y son los conflictos ajenos. Donde haya una complicación, saben, con olfato de perro perdiguero, descubrirla, o, por lo menos, sentir en el ambiente la proximidad de la tormenta que está por estallar. Por eso lanzó esta frase:

—¿No le parece a usted, Julito, que a la señora de Salazar le sucede algo extraño? ¿No ha notado su zozobra bajo esa apariencia de frialdad en que se ha envuelto? Alicia baila demasiado. Su alegría es como un antifaz que

DE LOS DIEZ

OJOS de ACERO

e ilustrado por **MARIO LOPEZ OSORNO**

Un portazo siguió a aquel grito y un hombre despavorido apareció sobre la cubierta. La bruma de la noche no les dejó ver su rostro.

ocultara una grave preocupación. Está abusando de sus nervios.

La justa observación de la inquieta y jovial solterona sorprendió sobremanera a Julito Yáñez, que replicó, sin embargo:

— No me parece; hace un momento estuve con las dos cuando se retiraban a sus habitaciones y no noté nada anormal en la actitud de ninguna de ellas. Todo lo contrario, para mañana hemos arreglado una partida de bridge con Alicia, y mantener a esa niña quieta, sin bailar unas cuantas horas, es un triunfo que muy pocos hasta ahora pueden jactarse de haber obtenido.

En el gran reloj del salón dieron las dos de la mañana. Los pasajeros comenzaban a dar evidentes muestras de fatiga. Julito ofreció a Totona acompañarla hasta su camarote. Al atravesar por uno de los puentes, vieron que una densa niebla se levantaba del mar. La sirena comenzó a dar sus angustiosas pitadas y la monótona campana de alarma agitaba su badajo sin cesar. Dos sombras silenciosas, envueltas en obscuros chales, se cruzaron con ellos. El deck estaba casi sumido en la obscuridad.

— ¿Ha visto usted, Julito — preguntó Totona Funes, — esos dos fantasmas?

— Sí — contestó el joven.

— Buenas noches, Totona; buenas noches, Julito. ¿Qué hacen ustedes aquí, con esta humedad? — inquirió la voz ronca del general Gutiérrez Pinto, que en compañía del matrimonio Almanza se retiraban a sus respectivos camarotes.

— ¡Uf, qué niebla! Podríamos creernos en la estancia, ¿no le parece, general? — decía Almanza. — Con un poco de buena voluntad, esta sirena podría muy bien ser el relincho histérico de una tropilla asustada; la campana, la de la yegua madrina, y esta fantasmagórica niebla, el lomo de finísimo vellón de alguna majada de corderillos que avanzara lentamente hacia el aprisco.

— Está usted romántico esta noche, señor Almanza; pero en cuanto a lo de avanzar lentamente, está usted en un grave error — replicó Totona. — Hace un momento, cuando vinimos aquí, la niebla empezaba apenas a levantarse del mar, y ya lo va cubriendo todo. ¿Alcanza usted a ver a un marinero que se pasea en la popa bajo la luz mortecina del farolillo? Pues bien: hace un instante se destacaba nítido, y ya está casi completamente velado por la bruma.

— Malo, malo — dijo el general. — En esta latitud y a esta altura, es fácil encontrarse con otras embarcaciones, y me parece que vamos navegando muy cerca de la costa. Música para toda la noche. Esto me recuerda una incursión que con mi amigo el coronel Salazar hicimos allá por el año 43, en la frontera de San Martín de los Andes. Estábamos acampados con la tropa, y al caer la tarde nos envolvió una niebla tan apretada, que no nos veíamos la cara a una cuarta. Encendimos fogatas y el tambor redobló toda la noche. El indomable coronel que, derecho como una espada, como digo yo, y duro como un sable, como sostiene Almanza, no se dejaba vencer por nadie ni por nada, montó su alazán, al cual le había atado una campanilla al cogote, y galopó toda la noche para que el campanilleo anunciara nuestra presencia en esos parajes. Al amanecer, la neblina se había disipado y el coronel no aparecía ni vivo ni muerto. Se había ido alejando insensiblemente, rumbeando para el otro costado. Apareció a las cansadas, pidió un mate y nos contó lo sucedido.

Julio y Totona no escuchaban la anécdota. Desde hacía un rato, una voz alterada, mejor dicho, el eco de una voz, llegaba hasta sus oídos, trayendo palabras entrecortadas, jirones de frases a las que no podían darles sentido.

— Hasta mañana — lanzó la señora de Almanza. — Es muy tarde y esta neblina me da mucho miedo.

Se apoyó lánguidamente en el brazo de su marido y desaparecieron por la cubierta.

— Yo también me retiro — dijo Gutiérrez Pinto. — Buenas noches, muchachos.

— Buenas noches, general.

La curiosidad y cierta aprensión clavaron a Totona y a Julito en aquel sitio. El sueño se había escapado de sus párpados y no pensaban en ir a acostarse. La solterona, en su imaginación un tanto exaltada esa noche, repasaba los acontecimientos del día, los relacionaba entre sí, y atando cabos y haciendo nudos, pretendía, como se lo insinuaba a Julito Yáñez, que esas dos personas que acababan de deslizarse, casi etéreas, junto a ellos, mucho tenían que ver con lo que pasaba dentro de aquella cabina.

— Está usted nerviosa, querida Totona, y ve usted visiones — decía Julito. — ¡Es gana de hacer dramas! ¿Qué relación lógica pretende usted que exista entre esas dos personas, que lo más probable es que se fueran tranquilamente a dormir, con una discusión, dentro de una cabina, suscitada, sin duda alguna, entre trasnochadores empedernidos, de esos que sostienen con toda buena fe que después de las doce de la noche se resuelven con mayor éxito los asuntos más intrincados?

— ¿Dos mil dólares?... ¡Cobarde!... ¡Mal caballe...! ¿Cinco?... ¿Quién le ha dicho a usted?... ¡Nunca!... ¡Retroceda, porque...!

Una estridente pitada de la sirena sofocó el resto de la frase, que en ese instante llegaba casualmente con más claridad hasta los oídos de los dos curiosos pasajeros.

Cuando cesó de gritar la sirena, la voz, mejor dicho, las voces que salían del interior de la cabina misteriosa, tal vez alarmadas por su propio eco, habían atenuado su diapasón.

En ese instante, como bajo el toque de una varita mágica, de entre la niebla que invadía la cubierta, a pesar de la lona que circundaba la borda, surgieron las dos sombras que media hora antes habían pasado por ahí. ¿De dónde venían? ¿Adónde se dirigían? ¿Dónde habían estado todo ese tiempo? ¿Qué inquietud las devoraba para que no hubieran podido permanecer en sus cabinas, donde el insomnio tal vez exaltaba más su ya terrible tormento?

No se detuvieron, ni siquiera se dieron cuenta de que allí había dos testigos tan cerca de ellas. Pasaron apresuradamente, arrebujadas en sus chales, y un momento después, al llegar al término de la cubierta, como si se las tragara la niebla, las dos sombras desaparecían en el ángulo de la proa.

Totona, cada vez más nerviosa, acabó por contagiar a Julio Yáñez Palma, que ya no pensaba en que eran fantasías de su amiga la solterona, sino que en verdad estaba pasando algo trágico en el barco.

La verdad, que esa sirena, esa campana, esas sombras surgiendo de entre la bruma, aquellas voces alteradas, era como para poner los nervios de punta, aun al mejor templado.

Sin embargo, de improviso, y como por encanto, todo quedó sumido en el mayor silencio, y cuando los dos curiosos pasajeros se aprestaban a marcharse, un grito ahogado, como el grito de alguien que fuera víctima de una terrible pesadilla, llegó hasta ellos, en medio de un angustioso tañido de la campana. Sin duda alguna, nadie lo oyó en el barco. Ellos solos, atentos a lo que pasaba allí dentro, aguzados los sentidos por la curiosidad y el temor, lo habían percibido.



Nuestro compañero de tareas MARIO LOPEZ OSORNO ilustra este nuevo capítulo del folletín. Su lápiz ha trazado la escena patética en que Totona Funes y Julio Yáñez Palma ven aterrados deslizarse sobre cubierta una figura humana que no pueden identificar.

Un portazo siguió a aquel grito y un hombre despavorido apareció sobre la cubierta...

La bruma de la noche no les dejó ver su rostro.

(Continuará en el próximo número, ver página 17).

Los "CHANTAGES" y los CRIMENES del OCULTISMO

Una nota de DONALD CAMPBELL

PARADO ante el altar de mármol blanco sobre el cual hay un vaso de agua de manantial, un cuchillo para los sacrificios y un emblema ornado de piedras preciosas, todo lo cual reposa sobre un mantel de tejido de oro, vese a un hombre alto, tonsurado, que viste una larga clámide blanca, sobre la cual se destacan, bordadas, algunas figuras cabalísticas.

Canta con una voz adormecedora, mientras que de un incensario, balanceado por oculta mano, asciende humo perfumado que va a esperar aun más el aire del cerrado recinto.

Una mujer, con ojos vidriosos, agita suavemente su cuerpo de aquí para allá, al compás del canto y del movimiento del incensario. Otros socios del círculo al cual ella pertenece, están afectados en formas distintas por el espectáculo. Algunos mueven espasmódicamente sus manos; un hombre de edad mediana tiene los labios cubiertos de espuma...

No, éste no es el pasaje de una novela. Es, por el contrario, una fiel descripción del estado en que se encuentran los concurrentes a un ritual de magia de baja categoría; una ceremonia que es el origen de muchos crímenes.



Las mujeres, por ser más fáciles de sugestionar que los hombres, son las que más caen en la garras de los caballeros de industria del ocultismo, que les roban la salud y el dinero.

Recientemente la atención de Europa fué atraída por una serie de crímenes que, según se comprobó luego, estaban relacionados con el ocultismo. En realidad, el aspecto criminal del ocultismo preocupa de continuo a la policía de todos los países, pero el público en general llega a enterarse en muy contadas ocasiones de sus actividades en ese ramo de la delincuencia. En este artículo se ofrecen algunos hechos interesantes relacionados con el aspecto criminal de las prácticas ocultistas y sugiere que su peculiar ritualismo constituye un verdadero peligro social contra el cual debiera lucharse sin descanso. Donald Campbell, inquieto periodista, es una verdadera autoridad en ocultismo, al cual dedicó serios y prolijos estudios. Todo lo que en esta nota revela debe considerarse como absolutamente auténtico.

Si se interroga al jefe de policía de cualquiera nación respecto al juicio que le merecen esas fraudulentas manifestaciones de lo oculto, no vacilará, estoy seguro, en afirmar que todas esas ridículas y perjudiciales ceremonias debieran ser suprimidas sin contemplaciones de ninguna especie.

En la India estos ritos provocaron movimientos subversivos, en tanto que en algunas regiones de Rusia llegaron a reemplazar por completo los servicios de la Iglesia ortodoxa. En Europa a ellos se deben infinidad de casos de "chantage" y de locura.

Las mujeres de la sociedad inglesa, cuyo interés por lo Invisible las conduce al antro de un pomposamente titulado "maestro", pagan, generalmente, muy cara esa curiosidad. Las jóvenes hermosas que carecen de dinero suficiente para tentar al "maestro", pagan en otras formas...

En Estados Unidos el ocultismo se presenta en la forma de unos titulados credos "cristianos" que se esparcen por doquier y que son financiados por mujeres histéricas.



Una mujer que ha sido sugestionada por los profesionales del ocultismo, no descansa ni de día ni de noche, pues su imaginación trastornada se puebla de las más horrendas pesadillas.

Pero ninguno de los mencionados tiene el mismo prestigio que el ritualismo de la misteriosa Magia Negra, que se basa probablemente en alguna vieja ceremonia combinada con hábiles manejos teatrales, realizados por el maligno genio que preside las torturantes reuniones.

Se ha descubierto que un cierto número de magos negros practicaban, clandestinamente, el ocultismo en Inglaterra y en los Estados Unidos, pero podemos asegurar que los blancos les exceden en número y en habilidad, según resulta de uno de los libros de que es autor el escritor francés Huysman.

El ritual ejerce una influencia tan poderosa en el espíritu de las mujeres que se tornan presas fáciles del "maestro" y sus asociados, que no vacilan en hacerlas víctimas más tarde de los más infames "chantages".

Muchos casos de locura y de suicidio reconocen como causa esa imprudente curiosidad de las mujeres que aspiran a ser iniciadas en los profundos secretos de las fuerzas sobrenaturales (que, probablemente, no son más que fuerzas naturales llevadas al más alto grado); son como niños jugando con motores eléctricos de alto voltaje, ignorantes de los riesgos que corren.

El ocultismo fraudulento se vale de infinidad de trampas para mantenerse y prosperar. Es el "maestro", algunas veces, que debe disponer de fondos para proseguir sus estudios, o bien para montar el ritual de acuerdo a las viejas y tradicionales prescripciones de los más famosos hechiceros.

A aquellos que poseén el dinero suficiente, el "maestro" les prometerá todas las maravillas que encierra el mundo de lo desconocido, al igual que un sacerdote renegado se las prometió al legendario Gill de Raiz.

En los Estados Unidos y en Inglaterra la influencia de esos titulados magos ha sido particularmente nociva. Supe de un joven que cayó en tal forma en las garras de uno de los más conocidos oficiantes de la Magia Negra, del segundo de los países citados, que fué necesario llevarlo al extranjero con un viejo amigo de la familia (un atleta que ha-

bía estudiado también ocultismo y sabía de todas sus trampas y lazos) como guardia de "corps" y con estrictas instrucciones de no permitir que el "mago" se le acercase.

cido, pero a poco puso en ello un celo tan apasionado, que, como es natural, lo hizo caer en malas manos. Terminó sin un centavo y loco. Personas que lo vieron me han dicho que se pasaba to-

empeñado. Pero cuando la víctima elegida rehusa esa ayuda financiera, el chantagista descubre de inmediato sus verdaderas intenciones. No hay duda que el rítmico canto y el humo del in-

Otro caso que llegó a mi conocimiento es el de un viejo solterón que vivía en las cercanías de Bloomsbury. Era un hombre de trato encantador y de una vasta cultura, que por curiosidad empezó a sondar en lo descono-

do el día disciplinándose y gimiendo interminables plegarias a Satán...

Resultará una novedad para mucha gente saber que uno de los principales objetos de la Santa Hermandad, generalmente conocida como la Sagrada Inquisición Española, fué extirpar la enseñanza y práctica de la "magia negra" que se había extendido profusamente en la Península, especialmente en la Universidad de Salamanca, desde donde se extendía a Escocia por medio de las clases cultas, que, en muchos casos, habían sido educadas en el extranjero. En los tiempos modernos los detectives han llegado a establecer que esos malignos estudios conducen directamente al crimen.

Los crímenes perpetrados por los discípulos del Malo consisten invariablemente en el sacrificio de niños, la corrupción y asesinato de doncellas y el envenenamiento de los individuos que osan resistir las fuerzas infernales.

En Europa y en América los delitos cometidos por los falsos magos no pasan nunca del terreno del "chantage" y la estafa, y son muy difíciles de probar. Los delitos sexuales son comunes también, pero la policía pocas veces puede intervenir en ellos.

Aquí es donde empieza a actuar el extorsionista. Comúnmente usa de modales muy suaves e insinuantes; no hace más que solicitar fondos para el sostenimiento de la obra en que está

cienso usado en ciertos ritos relaja en la mujer los resortes impuestos por las leyes de la modestia y del pudor. El tipo ordinario del extorsionista es despreciable, pero aquél que se vale del ocultismo para conseguir sus infames propósitos, es de lo más ruin y bajo con que cuenta la humanidad. Cuando su víctima se rebela, él la enterará (y sin ahorrar detalle) de la conducta que observó durante y después del ritual, y ante eso la infeliz víctima no sabe qué actitud asumir. En realidad, recuerda muy poco de lo ocurrido en esa ocasión.

Ha habido muchos casos de extorsión en el lejano Oriente y siempre se ha tratado de una mujer que cayó en las garras de algún mago indígena y no se atrevió a revelar el hecho de que mantuvo relaciones con él. Estos asuntos, generalmente, terminan en tragedia.

Sólo en uno de los casos de los muchos que conozco, la mujer tuvo el valor suficiente para salvarse a sí misma. Se trataba de una francesa muy bella que decidió pasar un invierno en el Norte de Africa, donde pensaba escribir una novela o un libro referente a las costumbres indígenas. Encontróse con un mago que decía tener poderes extraordinarios y a ese encuentro siguió casi de inmediato el inevitable "chantage".

Ella le entregó alhajas y dinero, y por fin terminó por matarlo. La policía intervino a raíz de la confesión hecha por la misma víctima en un ataque de histerismo. Los jueces encontraron que la víctima había tenido su merecido y el asunto fué definitivamente olvidado.

Mi consejo para aquellos que deseen estudiar lo desconocido es que se mantengan apartados de todos los rituales y que no permitan a su curiosidad que los tiente con la peligrosa disculpa "para ver una sola vez". Lo lamentarán seguramente... Guardaos de ese falaz y maligno axioma del ocultismo: "No hay Bien ni Mal. La única fuerza que importa es tu propio Deseo."

FIN

Elegantes MODELOS y COM



1. — Traje de fiesta en crêpe. La blusa lleva una capa ajustada que del lado izquierdo se recoge en un moño. La pollera muy larga tiene en la parte delantera y de atrás un recorte: Termina en forma amplia y acampanada en su parte inferior.

2. — Vestido de calle de original corte. La blusa forma un bolero que va sobre el vestido, el que en su parte superior es de color blanco, con una breve pechera de color. La pollera, del mismo color que el bolero, está cortada de modo que forma a ambos lados dos originalísimos bolsillos.

3. — Vestido en lanilla, de corte sencillo. Lleva como único adorno una tira de jersey en varios colores que termina en un cuello.

4. — Traje para sport, en género de lana jaspeado. Está formado por una chaqueta de corte sencillo y una pollera acampanada. Este vestido puede acompañarse con una écharpe o pañuelo de color vistoso.

5. — Chaleco también para sport, de lana, ribeteado en el escote y mangas con un color más obscuro. En el hombro va cerrado con tres botones. Lo acompaña un sombrerito del mismo género.

PLEMENTOS para el INVIERNO



6.— Echarpe muy vistosa y apropiada para paseos deportivos. Tejida en lana de modo que forma franjas de distintos tonos. Sombrero cloche haciendo juego.

7.— Sombrerito para lluvia confeccionado en tela impermeable.

8.— Traje para sport; en lana diagonal. Tiene un saco corto ceñido al talle por un cinturón y un cuello que forma una écharpe corta anudada en la parte delantera. La pollera acampanada tiene un tablón en la parte anterior.

9.— Traje para paseo, en lanilla. Originales mangas formadas por volados lisos superpuestos. La pollera, en su parte inferior, lleva cuatro volados también lisos y cortados un poco en forma.

10.— Vestido de tarde, en lana. Bolero con mangas semilargas, que terminan en un puño angosto que sale debajo de la misma. Una blusa de seda drapeada se ciñe al talle, cerrándose con un gracioso moño. La pollera está cortada de modo que ciñe un tanto las caderas, ampliándose en su parte inferior.

11.— Traje de fiesta muy largo, confeccionado en gasa y bordado con cuentas y mostacilla. La pollera forma quillas.

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

★ En efecto; mi genio y mi humor son excelentes siempre que mis clientas no mientan, como lo hace usted al escribirme. Porque no comprendo cómo es posible que tenga urgente necesidad de obtener los datos que me pide cuando, leyendo esta página semanalmente, como dice hacerlo, no los ha obtenido ya. ¿Acaso no doy casi todas las semanas esas tres direcciones que me pide, o sean las de **RAMON NOVARRO, BARRY NORTON** y **CHARLES FARRELL**? ¿Y no estampo también semanalmente una carta pidiendo una foto al actor preferido? ¡Pues copie cualquiera de esos modelos, haga lo mismo con las direcciones y envíe la carta! ¡Ah, y con lo que me agradan estas lectoras que me escriben nada más que para que les haga un chistecito!

a **Ahijada de King.**

★ **HANS STUWE nació en Viena (Austria) en el año 1898**, y sus principales películas fueron **Garras de pasión, Porque te amaba** y **Noches de Hungría.** Filma actualmente para la cinematografía alemana. La próxima de **MAURICE CHEVALIER** será **Una hora contigo**, acompañado de **JEANNETTE MAC DONALD. TOM TYLER** posiblemente comience dentro de poco a filmar parlantes. Y me alegro que me haya perdido el miedo y se decidiera a escribirme. Por severas que sean mis contestaciones y por grande que sea la crisis, puedo asegurarle que no me como a nadie, ni a las lectoras...

a **Lory.**

★ ¡Las hay de todos matices! ¡Esta dama, en cambio, me dice que mis contestaciones son muy amables, galantes, bondadosas y catorce adjetivos más! ¡Que **GRETA GARBO** las entienda! Si la versión que ha visto usted de **Drácula** es la castellana, entonces esa artista a que se refiere es **LUPITA TOVAR**, y si vió la inglesa, entonces es **HELENE CHANDLER.**

a **Micaelita.**

★ **MARIA LUZ CALLEJO nació en Madrid el 16 de junio de 1908** y **MIGUEL LIGERO** en el mismo sitio, aunque mucho antes, el **21 de octubre de 1881. GENEVIEVE TOBIN** firmó el mes pasado un contrato por seis películas, y **CLARA BOW** ha hecho una película y actualmente hace otra. Gracias por el envío de su fotografía. El marco y la dedicatoria me han agradado mucho...

a **Lucía Ada.**

★ **JUAN TORENA** es actualmente un vulgar desocupado del cine, lo mismo que **MONA MARIS**, aunque ella está en muy buena relaciones con un director de Hollywood llamado Clarence Brown. La última de **JOSE MOJICA** es **La ley del harén.** Y en cuanto a la publicación de mi edad y mi fotografía, descártela. La primera, por conveniencia personal, y la segunda por razones de estética...

a **Ahijada de King (Tucumán).**

MONTY BANKS



★ Ya he dicho que una encuesta entre **JOSE MOJICA** y **RAMON NOVARRO** no tendría éxito aquí, pese a lo mucho que parece agradarle a usted el primero. No dudo de que cuando estrenaron en Tucumán **La ley del harén**, media hora antes de comenzar la función de estreno ya no habría más localidades. Aquí, a menudo, suele pasar lo mismo con ciertas cintas. Pero eso ocurre en el estreno, porque al otro día los únicos que van a verla son los acomodadores y el boletero. No le extrañe, pues, que al estreno de una película que ha recibido mucha publicidad concurra público abundante. Lo esencial son los días que le siguen... **MONA MARIS**, sin parecerme excelente, la considero, como artista, buena, lo mismo que **LAWRENCE TIBBETT**, que posee, en cambio, una voz magnífica. Cuando le escriba a nuestra compatriota, póngale "Señorita" o "Mona" a secas...

a **Admiradora de Mojica.**



Greta Garbo tal como aparece interpretando el papel de una joven condesa en su última película "As you desire me" (Como tú me quieres) secundada por Owen Moore.

★ Lamento no darle las fechas de nacimiento de **WILLIAM S. HART** y **SARI MARITZA** porque según creo desconfía de los datos que ya le he dado sobre **MARY BRIAN** y **CLARA BOW.** Y para evitar discusiones y malentendidos, voy a callar...

a **Mailliu.**

★ En efecto; creo que no se equivoca al decir que **BARRY NORTON** y **BILLIE DOVE** son los artistas más bellos de la pantalla. La felicito por el acierto.

a **Admiradora de B. B.**

★ Ese actor de **El desfile del amor** se llama **MONTY BANKS y nació en Italia el 18 de julio de 1898.** Está casado con Gladys Frazin, con quien tiene el divorcio en trámites, pues, según parece, ella quería hacerse la vampiresa, y a menudo salía del hogar dejándole a **MONTY** un papelito que decía: "En seguida vuelvo", y cuatro días después regresaba, asegurando que se había perdido y que no había podido encontrar la casa. Hasta que un buen día **MONTY** se dió cuenta de que su esposa no le mentía cuando le decía que se había perdido, y pidió el divorcio, aduciendo que con tanto perderse, su mujer había perdido en realidad la oportunidad de tener quien le siguiera dando un nombre y un hogar. ¡Todo porque la pobre Gladys, cuando salía "de compras", tardaba cuatro días en encontrar su casa! ¡Qué poco considerados son algunos maridos!

a **Emilio del Prado.**

★ Aun sin darle seguridad, le comunico que no estoy al tanto de la existencia de algún estudio cinematográfico en Rosario. Y en cuanto a la introducción que deben tener los jóvenes aspirantes en esos estudios, me parece que debe ser de ópera por lo borrascosa...

a **Flor de Loto.**

★ **Las Luces de Buenos Aires**, que, dicho sea de paso, nos resultaron unas luces de candil, fueron filmadas en los estudios de la Paramount en Joinville (Francia), y esas escenas que se ven de nuestra metrópoli son trozos añadidos.

a **Argentina.**

★ Para solicitar esa foto a **GLORIA GUZMAN** deberá esperar a que ella regrese a esta ciudad y luego enviarle su pedido al teatro o cine donde usted vea anunciado que actuará. Y le aconsejo que lo haga, ya que no será difícil que **GLORIA** le regale su fotografía, pues creo que a pesar de haber filmado dos películas, no se le habrá contagiado esa costumbre de los demás actores de pedir a sus admiradores que le remitan el importe...

a **Pedro Carlos Mortier.**

★ Esa palabra "Dear" que pongo al principio de todas las cartas en inglés, quiere decir sencillamente "estimada" o "apreciable", y hasta en algunos casos "querida". Ya ve usted con qué facilidad ha sido satisfecha su enorme curiosidad.

a **Una n. pregunt. de K.**

★ Ese rubio que en **Alma libre**, tras de hacer tantos sacrificios por **NORMA SHEARER** todavía tiene que casarse con ella, es **LESLIE HOWARD**, un londinense nacido el **24 de abril de 1894.** Sí; no es malo que digamos... Me pareció un poquito carente de expresividad, pero hay que tener en cuenta que recién empieza. Y en cuanto a ese lío de **GRETA** con la Metro, creo que se debe al **"vil metal"**, como decía el poeta. O a los **dólares**, como diría cualquiera que no fuera poeta...

a **Parsimoniosa.**

JOAN BLONDELL



LUPITA TOVAR *JOAN CRAWFORD* *GARY COOPER*

SARI MARITZA *GENEVIEVE TOBIN* *MARIA LUZ CALLEJO*

★ ¿Que si a mí me agradan STAN LAUREL y OLIVER HARDY? ¡Por favor ¡Con decirle que cuando tengo que ir a ver una película de ellos llevo un par de cuentos de hadas y una linterna eléctrica para poder leer!...

a Domingoet.

★ GARY COOPER tiene 31 años, RAMON NOVARRO 33, GRETA GARBO 27, JANET GAYNOR 25, CHARLES FARREL 27, CLIVE BROOK 41 y BARRY NORTON 26. Aquí tiene el modelo de carta para pedirle su foto a GRETA GARBO, aunque le aconsejo que no la envíe, pues la sueca se hará la sueca, por exotismo o por... economía. Dear Greta; I am one of your many admirers out in this contry and always go to see your films whenever they are being given. Your acting is great an I really enjoy seeing it. I should like to ask you a favour. Y do wish to have a picture of yourself. Would you send me one? Thanking you in anticipation I am yours truly. (Firma.)

a Tita y Chulita.

★ Quien hace ese papel en Veinticuatro horas con CLIVE BROOK y KAY FRANCIS es REGIS TOOMEY, nacido en Pittsburgh (Estados Unidos) el 13 de agosto de 1902, y casado con Kathryn Scott. La rubia es MIRIAM HOPKINS, la misma que trabaja en El teniente seductor. WILLIAM S. HART nació en Newburgh (EE. UU.) el 6 de diciembre de 1872 y vive todavía. ¿Que si BERT LYTELL estuvo casado alguna vez? ¡Tres a falta de una! Pero ya ha prometido que en cuanto logre salvarse de ésta, en adelante mirará muy bien lo que hace...

a Lola Lolo.

★ ¿Que la pose de GRETA es natural? No lo dudo. Pero según me han informado, en cuanto los dirigentes de la Metro le propusieron una rebaja en su sueldo la perdió por completo...

a Adm. de Greta.

★ En efecto, tal como usted asegura el advenimiento de las parlantes favoreció a algunos astros, mientras que a otros los arruinó. JOAN CRAWFORD, NORMA SHEARER, MARION DAVIES, GRETA GARBO, JOHN GILBERT, GEORGE BANCROFT, LEWIS STONE, WALLACE BEERY, etc., etcétera, se vieron favorecidos por ellas, tanto en la parte artística de su carrera como en la monetaria. En cambio, REGINALD DENNY, BARBARA BEDFORD, RALPH FORBES, ROD LA ROCQUE, DOROTHY REVIER, JACK MULHALL, CONWAY TEARLE, BESSIE LOVE, NICK STUART y muchos otros más se encontraron, aun hallándose capacitados para actuar en parlantes, obligados a rescindir sus contratos y a trabajar recibiendo un sueldo semanal que no siempre ganan, pues les corre mientras trabajan. Ya ve usted que las parlantes han hecho de todo en el elemento astral.

a Galileo.

★ ¿Que usted me odia porque hablo mal de GRETA GARBO? ¡Gracias! ¡Pero parece haber olvidado la honradez que puse de manifiesto al dar el triunfo a la sueca en la encuesta! ¡En fin! ¡De garbistas y de desagradecidos está el mundo lleno! Y en cuanto a eso que me pide de que todas las semanas ponga en esta página la fecha del nacimiento de RAMON NOVARRO, también está de más. Ya los lectores se encargan de recordármelo...

a G. Garbo de King.

★ No vaya a ver ninguna de esas películas porque le robarán la plata. De realistas tienen tan sólo los títulos... Y hablando de otra cosa le diré que Muñequitas porteñas fué filmada en esta capital en los estudios Ariel y en diversas calles de la ciudad.

a Chajá de Chajarí.

★ EMIL JANNINGS se halla actualmente en Alemania filmando parlantes. HAROLD LLOYD usa su verdadero nombre en la pantalla. RALPH GRAVES escribe actualmente argumentos de películas, y ese truculento actor de Frankestein se llama BORIS KARLOFF, nacido en Londres (Inglaterra), el 23 de noviembre de 1887.

a Enigma.

★ Por supuesto, estimada lectora, me satisface que me escriba, aunque en sus cartas no me hable de cine. Después de todo, ellas no dejan de inyectar algo de originalidad en mi correspondencia, que por lo regular es siempre motivada por sucesos cinematográficos. Continúe, pues, escribiéndome, que yo también le contestaré tratando de poner en las contestaciones un poquito más de sal que la que puse en ésta.

a Ana María.

★ ¡Piedra libre para un hijo del hijo de mi hijo! ¡Ah, Matusalén! ¡Qué mal parado estoy viendo tu récord de longevidad! Bueno, querido biznieto, sepa usted que WALLACE BEERY es hermano de NOAH BEERY. Y para la próxima vez a ver si me rebaja un poco el parentesco...

a Biznieto de King.

★ ¿Dice usted que el 8 de abril me escribió una carta y no obtuvo contestación? ¡Nooo! ¡Eso no es posible! ¡Reconozco que por razones de espacio mi desatención para con los lectores puede tener una duración de un mes, pero más, no! ¡De veras que no! Revise bien estos cuatro o cinco últimos números del Correo, y a lo mejor encuentra la contestación. Y si no la encuentra preste entonces atención a lo que voy a decirle; WILLIAM HAINES se pronuncia Uiliam Jeins; ADOLPHE MENJOU, Adolf Menyú y NORMA SHEARER, Norma Shirer. A MARY BRIAN escríbale la siguiente cartita a Paramount Studios, Hollywood, California: Dear Mary; since the day I saw you in one of your pictures I became one of your most devoted fans. There is something I want to ask you. I am anxious to have one of your lovely photos. Will you be so kind as to send it to me? Thanking you very much in advance I am yours truly. (Firma.)

a Loco manso.

★ Le aconsejo que no trabe relaciones con esos señores, pues no creo que saque nada bueno de ellos. Y en cambio ellos le sacarán a usted una buena cantidad de dinero... Más adelante espero ocuparme más extensamente sobre esto.

a Junius.

★ Mucho le agradezco sus elogios y mucho me complace que le agrade tanto esta página, en la que, tal como anuncié hace poco, pienso introducir algunas modificaciones que creo agradarán a los lectores. Y si no agradan no se perderá nada, pues seguiré haciéndola como hasta ahora, es decir, sólo a base de contestaciones. En cuanto a mi concepto sobre BARRY NORTON es idéntico al suyo. Y no le digo que es usted una persona inteligente por no pecar de inmodesto...

a Magali.

★ Sí; DOLORES COSTELLO, esposa de JOHN BARRYMORE, espera el advenimiento de otra criatura que debe llegar muy pronto, de manera que al leer estas líneas no sería extraño que ya hubiera llegado. ¿Por qué no filma ya MABEL NORMAND? ¡Oh, misterio profundo e insondable! ¡No filma porque le falta vida para hacerlo! Pero no crea que quiero con esto significarle que le falta energía, emotividad, fibra..., no..., nada de eso. Lo que quise es decir que le falta vida, existencia..., porque ya sabrá usted que MABEL murió hace bastante tiempo...

a Patria mía.

★ Sí, amigo, no dudo que mis nervios y mi paciencia son a prueba de bomba, pero me parece que si no viene alguien a ayudarme, la bomba explotará y nos hará ver las estrellas por última vez. Voy a ver si tomo un secretario.

a Jacinto.

KING

agradece muy sinceramente las innumerables cartas de felicitación que sus lectores han tenido la delicadeza de enviarle con motivo de haberse cumplido el primer aniversario del **CORREO CINEMATOGRÁFICO.**

EL CHINO MISTERIOSO (Continuación de la pág. 27)

escalera a que me referí anteriormente.

Siempre guiado por Holliment pasamos por varias galerías y patios hasta llegar a un sitio en el que, a pesar de la obscuridad reinante, pude distinguir un automóvil. Cerca de él se veía una puerta entreabierta, tras la cual había luz. Holliment entró allí, y a los pocos instantes salió trayendo dos vasos, uno de los cuales me dió, diciéndome que era de whisky, para que nos calentara un poco durante el viaje. Bebimos y me hizo subir al coche, asegurándome que si lo deseaba podía dormir, ya que él no me necesitaba para nada. Obedecí sus órdenes, y antes de que el coche hubiera andado doscientos metros, quedé profundamente dormido. Desperté de pronto con la pesadilla de que un hombre de amarillento rostro me clavaba un puñal en las costillas. Pero no me encontré en el automóvil de Holliment. Estaba tirado sobre un montón de pasto, en lo alto de una suave colina. A mi alrededor todo era vida y alegría, pues el sol brillaba fuertemente.

Pero a mi lado, sosteniendo un pequeño latiguillo de amazona, y mirándome fijamente a los ojos, estaba la más hermosa joven que había visto en mis veintitrés años de vida.

¿Quién es esta maravillosa mujer? ¿Dónde están Holliment y su automóvil? ¿Qué le hizo perder a Jaime el sentido tan rápidamente? Lea el cuarto capítulo en el número próximo.

La MINA de OFIR

POR primera vez en su vida la isla de Penang se presentaba ante la vista del señor Varcoe. Lo había despertado la súbita cesación del ruido de la máquina al detenerse el vapor para recoger el piloto antes de entrar al puerto de Georgetown.

Amanecía sobre las tranquilas aguas de la bahía cuando Varcoe salió a cubierta, y acodado en la barandilla, contempló admirado la escena que tenía a la vista, asombrosa por su quietud y tranquilidad.

— Es aquí, entonces, donde ellos cultivan la goma—Varcoe se dijo a sí mismo, y en ese instante una errante brisa que venía del río le hizo estremecer de frío.—Creía que éste era el lugar más caluroso de la tierra.

Se dirigió hacia la borda que daba sobre el puerto y desde ella miró hacia el continente. Vió una comarca ondulada con algunas palmas en la playa, y a la distancia las montañas de Kedah. Varcoe había sido encargado por los directores de la Bukit Muja Rubber Company de visitar al administrador de sus posesiones.

— La goma cuesta ahora cuatro peniques la libra. Debe usted convencer a nuestro administrador de la importancia que para la compañía tiene que su costo de producción no pase de dos peniques...

Estas fueron las últimas instrucciones que recibió antes de partir de Londres. Y ahora, mientras miraba la comarca productora, ellas volvieron a su memoria.

— Mendoza estará muy contento cuando le sugiera esa brillante y novísima idea — pensó con amargura, en tanto sus pensamientos se volvían hacia el administrador portugués, con el que antes de una hora debía encontrarse.

Varcoe se dirigió a su camarote para vestirse, pues el barco estaba ya entrando al puerto.

Cuando se tendió la planchada, la primera persona que subió a bordo fué Mendoza. Era un hombre inmenso, con cabellos grises, cuya cara ancha y picada de viruela estaba en parte cubierta por unos anteojos obscuros y un bigote largo y frondoso.

— ¿Está el señor Varcoe aquí? — preguntó al mozo de cubierta que atendía en el extremo de la planchada. — Si está, llámelo. Dígale que Mendoza lo necesita.

— Muy bien, señor — dijo el mozo dirigiéndose luego al bar donde sabía que se encontraba Varcoe fortaleciéndose para afrontar victoriosamente los inconvenientes del desembarco.

— El señor Mendoza pregunta por usted. Parece estar apurado.

Varcoe puso con tranquilidad sobre la mesa el vaso en el cual estaba bebiendo y miró al mozo.

— Bien, dígale que aquí le espero. ¿De qué tendré que admirarme luego? — agregó para sí. — ¡El gerente local necesita al presidente de la compañía!... Muy bien... El Este siempre será el Este... Pero le daré una buena sacudida cuando venga...

Minutos después el mozo y Mendoza llegaron a la puerta del bar. Varcoe se acomodó cuidadosamente los lentes, mientras simulaba estar entregado de lleno al estudio de algunos documentos.

De pronto, un fuerte golpe en la espalda lo volvió a la realidad.

— ¿Es usted, Varcoe, viejo? — rugió Mendoza tomando la mano de su interlocutor y apretándosela en forma brutal. — ¡Bienvenido a nuestras posesiones del Este! He oído que nuestros ancianos y amables directores están atacados de "gomitis"...

Se sentó junto a la mesa y llamó al "barman".

— Traiga dos "stengahs". Es un lujo para nosotros los plantadores poder tomar un buen vaso de soda inglesa — agregó como comentario.

—¿Supongo que le será difícil también conseguir whisky? — dijo fríamente Varcoe cuando el mozo trajo dos pequeños vasos con whisky y soda.

— Puedo asegurarle que se necesita algo para levantar el ánimo cuando se vive en las plantaciones — dijo Mendoza. — No es agradable permanecer despierto todas las noches no oyendo otro ruido que el que produce la goma al gotear lentamente de los árboles.

— Me atrevo a creer que es así — dijo en tono burlón Varcoe. — Pero estoy seguro que vuestros directores dormirían más tranquilos en Londres si usted pudiese darles una movida a esos árboles, porque ellos destilan su producto muy lentamente, y yo estoy aquí para averiguar cuál es la razón de esa lentitud.

— Tome su equipaje, entonces — dijo Mendoza levantándose y mirando a Varcoe en una forma peculiar. — Estaré encantado de mostrarle la "jungla".

Al costado del buque estaba atracada una preciosa lancha. Mendoza se embarcó en ella y ayudó a Varcoe a hacer lo mismo.

—¿De quién es esta lancha? — preguntó Varcoe después de haber examinado la embarcación.

— De la compañía — contestó Mendoza secamente.

—"Hak dao" — gritó en seguida al patrón de la lancha, cortando así las palabras de sorpresa que estuvo por proferir Varcoe.

El malayo puso el motor a toda marcha y la poderosa embarcación cruzó velozmente la bahía.

Alcanzaron el continente en pocos minutos y desembarcaron en un muelle todo agrietado y medio hundido.

La "jungla" alcanzaba casi hasta la línea de la alta marea, pero a esa hora las aguas se habían retirado y una estrecha faja de plateada arena se ofreció a los ojos admirados de Varcoe.

Miró el estrecho que separaba el continente de la isla de Penang y vió la agradable ciudad de Georgetown descollando muellemente a lo largo de la playa. Volviendo la mirada hacia la "jungla", se divisaban algunas cabañas de palma escondidas bajo los árboles, contrastando con otras viviendas de ladrillo que parecían estar fuera de lugar en medio de ese bosque milenario.



—¿Dónde estamos ahora? — preguntó Varcoe a su huésped, quien estaba ocupado con el arreglo de los equipajes.

— De aquí mismo parte el camino principal a Singapur — contestó señalando un claro que se abría en el bosque.

Varcoe miró en la dirección que la gruesa mano de Mendoza indicaba, y le sorprendió hallar un camino perfectamente cuidado; pero su sorpresa llegó al colmo cuando vió que por ese camino venía un lujoso Rolls Royce, que un instante después se detuvo junto a ellos.

— Jamás hubiera creído encontrar aquí algo semejante — dijo Varcoe, mientras admiraba el soberbio coche y al simpático chauffeur malayo que mantenía abierta la puerta del automóvil.

— Suba — ordenó Mendoza, y luego agregó: — El sultán de Madura me regaló el Rolls Royce porque salvé a sus hijos de los dientes de un cocodrilo.

Un cuento de D. BUTTERWORTH

Una misión sumamente delicada es la que se le encomienda a un hombre que va en representación de una importante compañía a la isla donde posee grandes plantaciones de goma, con objeto de que averigüe qué es lo que hace el administrador que tiene la empresa allí. Lo que descubre el emisario de la compañía es toda una tragedia y cuando su propia vida iba a caer para siempre bajo las garras del hombre que es en la isla dueño y señor, una circunstancia providencial lo salva y le hace cumplir estrictamente su misión.

Al principio tuvieron que marchar despacio, pues una profusión de mujeres viejas, gallinas, gatos, perros y otros ejemplares de la fauna que habitaba en la orilla de la "jungla", interrumpía el paso; pero una vez que el obstáculo desapareció, el malayo apretó a fondo el acelerador y el resto del viaje se hizo a una velocidad casi fantástica.

Durante una hora contornearon la "jungla", y después de hacer un rápido viraje en ángulo recto, entraron en una superficie de terreno mucho mejor cuidada que el camino que acababan de dejar.

— Nuestra posesión empieza aquí — vociferó Mendoza en el oído de su compañero. — Hice hacer el camino hace más o menos un mes...

Varcoe no contestó, De pronto, el automóvil entró en una vasta abra en el bosque. Allí, en medio de jardines bien cuidados y sombreado con profusión de graciosas palmas, se elevaba un magnífico palacio.



Con voz entrecortada el pobre hombre relató la trágica historia del último año.

—¿De quién demonios es eso? — preguntó atónito Varcoe.

— Es mi "bungalow" — dijo Mendoza secamente. Dió algunas órdenes a la multitud de sirvientes que en tropel rodeó el coche. Varcoe fué conducido a un espacioso dormitorio, donde encontró todo el lujo y las comodidades que hacen tolerable la vida en el Este. Después de tomar un baño, salió al pórtico, donde encontró a Mendoza muellemente tendido en una silla de juncos.

— Me complace constatar que la compañía parece gozar aquí de gran prosperidad — dijo, mientras sacaba un cigarrillo filipino de una caja que se hallaba sobre la mesa. — Nosotros en Londres imaginábamos que el "bungalow" del administrador no contaría más que con dos cuartos y una cocina. En cuanto a la lancha, el camino y el resto de esta magnificencia, jamás nos hubiéramos imaginado que existía. ¿Sabe usted — agregó en tono casi amenazante — que en una reunión extraordinaria de accionistas realizada recientemente los directores fueron llamados al orden?

— Supongo que los accionistas estarían muy contentos si pudieran recobrar su dinero — dijo Mendoza mirando a Varcoe con ojos adormecidos.

Mendoza se movió en su silla.

— Me es desagradable pensar que esos pobres diablos puedan resultar perjudicados. ¿Cree usted que los directores me venderían la posesión?... Le tengo mucho cariño....

— Ciertamente que la venderían — dijo Varcoe.

— ¿Y el precio?... Les pagaría lo que costó... — Mendoza golpeó violentamente en la mesa. — Puede usted hacer que un cable llegue a Londres esta noche...

Mendoza se dirigió al teléfono.

— Envíe un cable a Penang — dijo.

Después de una larga discusión que sostuvieron durante la comida, Varcoe dirigió un cable a los directores de la compañía.

— ¿Tendremos mañana su contestación, viejo? — dijo con satisfacción manifiesta Mendoza cuando vió a su huésped confortablemente instalado para pasar la noche.

Varcoe no podía dormir. Los ruidos extraños de la "jungla" y la preocupación de los negocios se combinaban para mantenerlo insomne.

De pronto, un ruido peculiar proveniente del pórtico le sobresaltó. Miró a través de la red del mosquitero, y entonces, con sorpresa no desprovista de temor vió que un recio malayo entraba en su dormitorio. Esgrimía en su mano derecha una daga curva. Varcoe respiró ansiosamente. El malayo se dirigió hacia su cama, y cuando estuvo junto a ella, de un corte con su daga abrió el mosquitero de arriaba abajo.

Varcoe cerró los ojos y sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. El malayo se dirigió a él gentilmente.

— Vea — dijo con voz silbante. Varcoe abrió los ojos y vió primeramente la malhadada daga y luego un inmenso rubí que el malayo sostenía entre el gar y el índice.

— ¿Qué es eso?... ¿Un rubí? — dijo Varcoe, sentándose en la cama, y empujando fuertemente el brazo armado del malayo, apartó la daga de su garganta.

— Sí... Sí... He conseguido muchos...

El malayo sacó de entre los pliegues de su ropa un pequeño paquete de rubíes y se lo dió a Varcoe.

— Quiero dinero — dijo. — ¡Mucho dinero!...

Nunca pudo saber Varcoe cómo ocurrió, pero Mendoza de pronto abrió la puerta del dormitorio e hizo fuego sobre el malayo, que pudo, sin embargo, saltar al pórtico.

— ¡Lo herí! — gritó Mendoza, entrando en el dormitorio con un revólver aún humeante en la mano. — No, allá va — agregó al ver que el malayo, dando tremendos alaridos, corría velozmente por el espacio abierto situado frente a la casa.

Mendoza hizo fuego nuevamente. El fugitivo levantó los brazos y se desplomó sin un solo grito.

— ¡Ese cocinó ya su ganso! — gruñó Mendoza volviéndose hacia Varcoe. — ¿Intentó robaros?

— Creo que sí — contestó Varcoe. — Entretanto trataba de venderme una piedras rojas que decía él eran rubíes.

— No venderá más ahora — murmuró Mendoza mirando de reojo a Varcoe. — No eran rubíes seguramente, supongo. — Fué hacia el pórtico, lo cerró y guardó la llave en su bolsillo. — No será usted molestado nuevamente esta noche—dijo.—Puede dormir tranquilo.

Mendoza se retiró y Varcoe sintió el ruido de la llave jugando en

la cerradura. Levantóse y probó las puertas y ventanas. Todas estaban aseguradas. Se sentó en la cama nuevamente, y al azar tomó en sus manos uno de los rubíes que el malayo abandonó en su precipitada fuga. Varcoe lo examinó prolijamente.

— Una perfecta imitación — pensó. — ¡Es maravilloso cómo lo hacen!...

La arrojó sobre el lavatorio y cerró la luz eléctrica, resuelto a conciliar el sueño.

Pero no podía descansar. El olor de la pólvora que aún quedaba en el cuarto y los recientes acontecimientos lo habían enervado. Sus ideas volvieron a Mendoza y la prosperidad aparente de la posesión. La junta de directores había elegido a Mendoza para administrar su posesión entre un gran número de aspirantes. Había regenteado una gran colonia en Sumatra, que recientemente liquidara. Tenía las más eficientes recomendaciones, y a Varcoe personalmente en Londres, se le aseguró que había elegido un hombre de una gran integridad moral.

— Un hombre de aquilatados méritos — se le aseguró, — que cuidará muy bien sus intereses. Su informe mensual será de lectura un tanto difícil, mitad en portugués, pues imagino que no sabe mucho inglés.

El hecho era que ni él ni ninguno de los directores habían visto a Mendoza hasta ahora. Acostumbraban a bromear respecto a sus enrevesados informes mensuales, pero nada más. Se figuraban a un extranjero pequeño que atendía a sus obligaciones atusándose el bigote continuamente y repitiendo a cada instante:

— ¡Caramba! ¡Caramba!

Se imaginaron también que la posesión estaba en un estado de completa ruina, con los caminos sin arreglar, y a su administrador viviendo en un miserable y caluroso "bungalow", protegido solamente por un agujereado techo de hierro.

— Aunque él no compre la propiedad — murmuró Varcoe, — podré hacer un espléndido informe a mi regreso. Entretanto no puedo entender a Mendoza. Habla inglés tan correctamente...

Como se volviera para tomar una posición más cómoda, sintió algo duro junto a su cuerpo. Era la daga del malayo, oculta en un pliegue de la sábana. La examinó con curiosidad a la luz de la luna. Era de fina fabricación y seguramente de elevado precio.

— Un recuerdo de la pasada noche — murmuró mientras con un golpe fuerte introdujo la punta del arma en el colchón. Con gran sorpresa suya, el arma se dividió en dos partes, y una rápida mirada a la empuñadura le demostró que ella era hueca y había allí una llave. No era una llave ordinaria la que Varcoe halló. Era la de una caja de seguridad o de un tesoro. El nombre de una bien conocida firma londinense de cerrajeros que aparecía grabada en ella, constituía una garantía suficiente de la perfección del trabajo.

Varcoe guardó la llave en el bolsillo del saco de su pijama, y después de ajustar la hoja de la daga a su empuñadura, guardó el arma en el cajón del lavatorio. Cuando hubo hecho esto, sus miradas cayeron sobre el rubí que brillaba como una llamarada a la luz de la luna.

— Hay algo mágico en el esplendor de este rubí — comentó Varcoe en tanto tomaba en sus manos la brillante gema. Pero ésta se le escapó, y rodando por el piso desapareció entre dos de sus tablas. Varcoe pudo ver dónde había caído, y tomando la daga, empezó a trabajar para sacarla. Las tablas empezaron a ceder, pero de pronto el rubí desapareció de su vista. Un tanto molesto porque su presa parecía eludirlo, Varcoe puso más empeño en la tarea de remover la tabla, y se sintió encantado al notar que ella cedía. Presionó en ella con fuerza y logró levantarla, quedando en el piso un agujero bastante grande como para dar paso a su cuerpo. El rubí estaba allí; sus reflejos lo denunciaban.

La primera cosa que vió, después de recoger la yema, fué la puerta.

Lo que atrajo su atención hacia ella fué una luz débil que se veía brillar a través de la cerradura y se esparcía por las bisagras de la puerta.

Varcoe dudó un momento, pero pensando en seguida que ello tenía relación con los negocios de la compañía, se decidió a probar la llave que tenía en el bolsillo. La llave funcionó perfectamente. La palanca que hacía funcionar los cerrojos se movió suavemente, y en seguida Varcoe pudo mirar en el interior del cuarto.

Lo hizo primeramente casi a hurtadillas por entre la rendija de la puerta entreabierta, pero no escuchando ruido alguno y creyendo que el cuarto estuviera vacío, audazmente penetró en él. Mas en el acto se paró en seco al notar que sobre un miserable y heshecho sofá, estaba un hombre tendido. Este dormía y su respiración era regular. Vestía un traje blanco muy sucio y sus pies estaban desnudos. Parecía enfermo, y una larga mata de cabellos desordenados contribuía a hacer más miserable su aspecto.

El cuarto estaba profusamente iluminado con luz eléctrica y sobre un escritorio había una multitud de papeles echados al descuido.

Varcoe se dirigió hacia él, sigilosamente. Sin quitar la vista del desconocido, tomó una hoja de papel que ostentaba el membrete de la compañía. Estaba escrito con la letra de Mendoza. Era el informe mensual y terminaba con la frase: "Envíenme pronto el permiso para reparar el techo de hierro del "bungalow" de la honorable compañía, pues muy a menudo el agua penetra por él y me moja..."

Varcoe reconoció la escritura y los socorridos términos de despedida: "Su muy humilde y obediente servidor. — *Fernando Mendoza.*"

Miró en seguida al hombre dormido, que en ese instante se movió pesadamente y volvió la cara hacia la pared. Al hacerlo, Varcoe se percató, horrorizado, que los tobillos del prisionero estaban ligados por medio de una delgada cadena de acero. Varcoe se dirigió a la cama y lo sacudió suavemente por los hombros. El infeliz se despertó y un gesto de horror se dibujó en su cara.

— ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Piedad! ¿Qué desea, señor? — dijo con una voz llena de lamentos.

—¿Quién es usted? — preguntó amablemente Varcoe.

—¡Socorro! ¡Socorro, señor!... Soy Mendoza... Fernando Mendoza. — Y dirigió una mirada de imploración a Varcoe.

— Explíqueme cómo se halla aquí — susurró Varcoe — y dígame también el nombre de la persona que ha tomado su puesto.

Con voz entrecortada el pobre hombre relató la trágica historia del último año.

El, Mendoza — el verdadero Mendoza, — había llegado al desierto "bungalow" hacía más de un año. El viaje lo hizo en un pequeño carro, y como notara que se le había hecho muy tarde para regresar, decidió pernoctar en el ruinoso "bungalow" y contratar al día siguiente en Penang los sirvientes y "cocolíes" que necesitaba para iniciar los trabajos. Se había apenas acomodado cuando vió que un hombre se dirigía hacia él. Se llamaba Wilson; desertó de un navío en Malaca y había estado vagando por la "jungla" durante varios días. Mendoza compartió las bebidas y alimentos que tenía con el extranjero.

Conversaron hasta muy entrada la noche, y Wilson se enteró de todo lo referente a Mendoza. Se durmieron, finalmente, y Mendoza fué despertado

*H*OJEANDO los últimos *L*IBROS

Comentarios de LUCAS GODOY

RUDOLF LEHMANN: "GOETHE Y EL PROBLEMA DE LA EDUCACION INDIVIDUAL"

Editorial Espasa-Calpe. Madrid

El centenario de Goethe ha provocado, como todos los centenarios, un diluvio de libros y de ensayos, de biografías y de conferencias. La Sociedad Kantiana, de Buenos Aires, organizó, como es sabido, un curso nutrido de lecciones sobre las diversas fases del pensamiento del eminente pensador y artista.



J. W. Goethe

El libro que llega hoy hasta nuestra mesa enfoca a Goethe en su carácter de educador. Para muchos, tal vez, esto huele un poco a paradoja. Goethe, en efecto, no fué de la estirpe de los grandes removedores como Schiller o como Fichte, que se acercaron al pueblo con simpatía cordial. Otro fué el origen del interés pedagógico de Goethe: el atractivo afectuoso por la infancia. Pero esa curiosidad llena de ternura que lo llevó hacia el niño — en actitud un poco semejante a la de Juan Jacobo — le llevó también a exagerar la importancia de las condiciones nativas en desmedro de la educación. Su respeto por los fueros de la infancia, su generosa preocupación por libertar al niño, lo llevaron a considerar como nocivas las influencias exteriores.

Pero esa actitud de Goethe, bien acusada sobre todo en la época de su juventud, cambia bastante en la madurez. Influyó, y no poco, la solicitud de muchos jóvenes que llegaron hasta él pidiendo su consejo. La conciencia con que realizó esa misión y la responsabilidad que sentía, contradicen, pues, su primitiva actitud crítica y negativa con respecto a la educación.

Ese cambio en su concepto pedagógico se fué acentuando con los años y perfeccionándose con su cultura. El nuevo concepto del mundo que apareció en su época contribuyó, y no poco, a semejante vuelco. Pero en donde asoma la contribución verdaderamente original de Goethe es en su crítica a los métodos racionales de la pedagogía; es decir, al pensamiento absurdo de siendo siempre nuestros actos una inspiración de nuestras ideas, basta con la razón para inspirar nuestra conducta. Pensamiento absurdo que negaba en el niño la existencia de sus intereses y de sus pasiones, de todo eso, en fin, que el mismo Goethe habría de llamar el "reino de lo demoníaco". No hay, pues, un solo método que sirva para educar a todo el mundo; cada niño es en sí un problema complejo que exige a su vez una educación individual.

El libro del profesor Lehmann, rico de ideas y de comentarios, no es, sin embargo, ni claro ni preciso. Por momentos su lectura es difícil y su compañía poco grata. Por otra parte, algunos defectos en la construcción del libro no marcan con claridad cuándo el autor expone las ideas de Goethe y cuándo expresa las suyas. De donde pueden resultar para el lector no muy avisado, algunos instantes de desorientación o desconcierto.

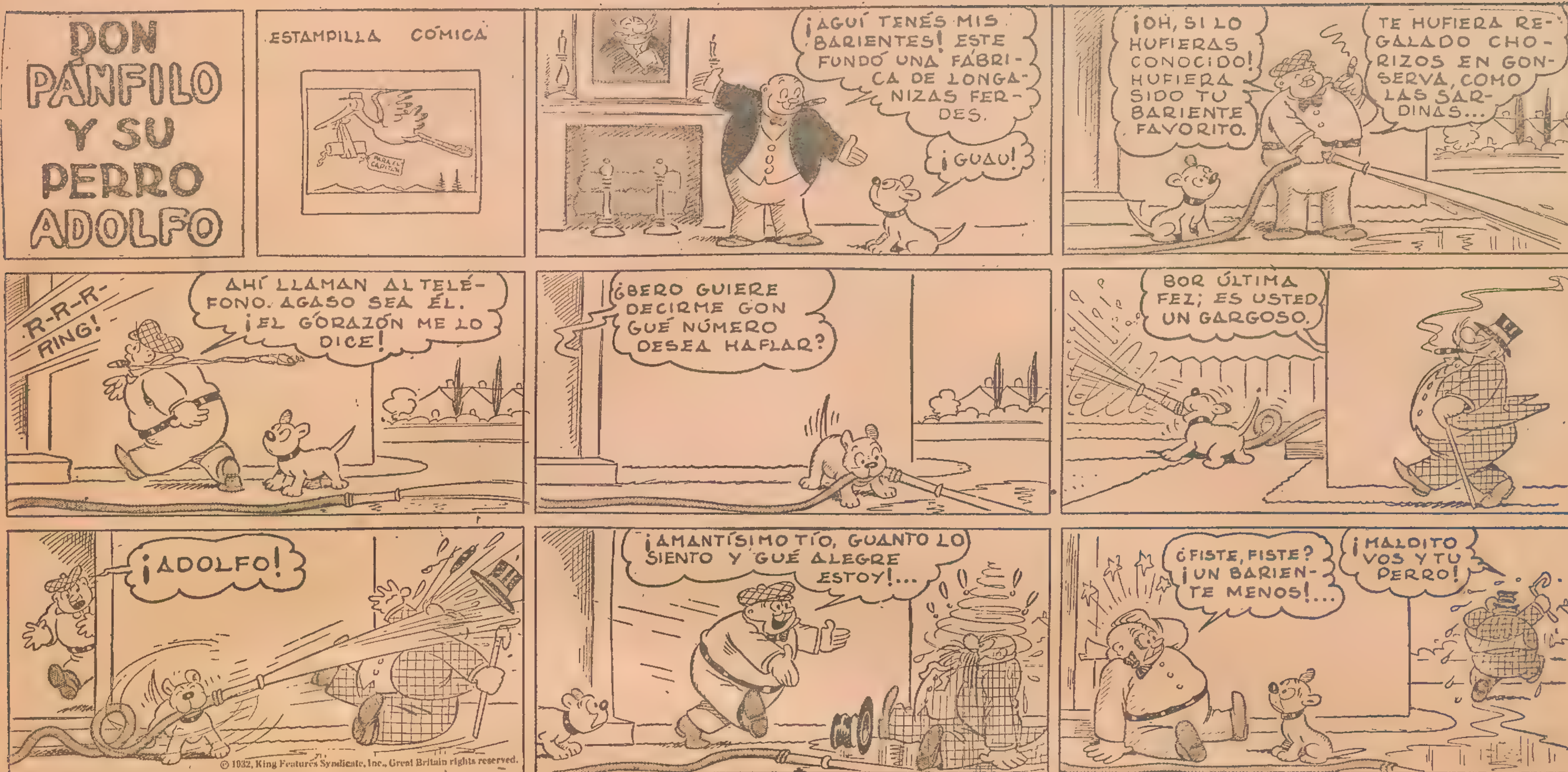
FRANCISCO BENDICENTE: "APUNTES GEOGRAFICOS PARA UNA ECONOMIA RACIONAL ARGENTINA"

Ediciones Nervio. Buenos Aires

La editorial "Nervio" ha iniciado bajo el nombre de cuadernos "Ahora" una serie de estudios monográficos sobre los problemas agrarios, sanitarios, pedagógicos, etc. De los ya publicados, el cuaderno del profesor Francisco Bendicente lleva el número 2 y está consagrado a sugerir algunas medidas racionales con respecto a la futura economía del país.

Se trata fundamentalmente de un balance de nuestras actuales riquezas, sobre los datos recogidos por su autor en el Seminario de Economía y Finanzas de la Facultad de Rosario, y aunque está escrito con alguna premura — según lo dice el autor — constituye un esfuerzo de un extraordinario interés.

El profesor Bendicente, que es un hombre joven, constituye uno de los más serios estudiosos que la Argentina posee en geografía económica. Culto e inquieto, ha demostrado en más de una oportunidad la severidad de su método y la objetividad de sus conclusiones. Animador entusiasta del Colegio Libre de Estudios Superiores, de Rosario, el señor Bendicente no olvida en ningún momento la solemnidad de la hora en que vivimos. Se dispone por eso a facilitar la solución de los problemas ya planteados, y esboza para ello lo que es en su concepto más factible.



por el roce de unas esposas que se cerraban en sus muñecas.

Wilson se burló de él cuando le exigió que lo libertase.

—Mi nombre es Mendoza y soy el administrador de esta posesión — dijo.

Wilson lo tuvo prisionero por espacio de seis meses en un remoto rincón de la "jungla", siempre encadenado a su cama y custodiado.

Para conseguir alimento y agua, su carcelero le había obligado a llevar las cuentas de la posesión y a escribir — bajo el dictado de Wilson — el informe mensual a los directores. En esos seis meses Wilson hizo edificar un enorme "bungalow" y construir el tesoro, primeramente para guardar su fortuna, y en segundo lugar para tener siempre en seguridad a Mendoza.

—Mire esos estantes — susurró Mendoza señalando el rincón más lejado del cuarto.

Varcoe quedó atónito al ver la más inverosímil cantidad de gemas que uno pudiera imaginarse. Había miles y miles de rubíes maravillosos.

—¿De qué parte de la tierra vienen? —preguntó a Mendoza, sin salir aún de su asombro.

—De la posesión de ustedes. La fabulosa y olvidada mina de Ofir está aquí, a diez millas de donde usted está parado. —Mendoza se arrastró hasta una silla y murmuró roncamente: —¿De dónde cree usted que sacaban los chinos los rubíes para sus templos?... ¿En dónde los faraones de Egipto encontraron su cetro de rubí?... Aquí, le digo: la legendaria mina de Ofir está aquí cerca. — Mendoza se calló, exhausto, y cerró los ojos.

—Sáqueme de aquí pronto y lo conduciré hasta la mina.

—Mendoza, mi pobre amigo — le contestó Varcoe apretándole la mano, —tenga paciencia, y en veinticuatro horas más usted estará libre y Wilson cargará sus cadenas.

Con toda clase de precauciones dejó al prisionero y llegó a su cuarto.

Wilson lo vió temprano.

—Bien, amigo — dijo. — ¿Cómo durmió usted, después de nuestra aventura nocturna?

—Muy bien — dijo Varcoe dejando la cama y bostezando ruidosamente. — Y a propósito: he estado pensando en ese pequeño asunto de que hablamos ayer, y no veo la razón para que no lo finiquitemos en seguida.

—¿Tiene usted poder para vender? — interrogó Wilson, y su cara brilló de placer.

—Ciertamente, lo tengo. Generalmente, prefiero tener la conformidad de los directores, pero esa no es más que una fórmula.

Varcoe se dirigió hacia el teléfono.

—Debo llamar al procurador de la compañía, que está en Penang — dijo.

Wilson lo siguió de cerca.

—Comuníqueme con Mr. Carlyon — dijo. — No, no conozco el número. Carlyon es nuestro procurador — explicó a Wilson, mientras le daban la comunicación. — ¿Es usted Mr. Carlyon? — preguntó Varcoe, y en seguida entró en detalles del negocio. — Sí. El comprador está aquí, a mi lado... Sí... Sí... El negocio es urgente... Traiga un amanuense con usted.

Cortó la comunicación y enfrentó a Wilson.

—Si podemos dejar terminado este asunto esta tarde, mañana podré alcanzar el vapor que me llevará de regreso a Inglaterra.

Después de almorzar se tendieron bajo el pórtico en muelles sillas de junco y conversaron sobre los usuales tópicos del Este: la goma y el estaño.

Puntualmente, a las tres de la tarde, el procurador de Penang llegó al "bungalow".

—¿Qué sucede, Varcoe? — dijo mientras saltaba de su coche. — No esperaba verlo tan pronto otra vez...

—No — contestó Varcoe, — tampoco esperaba necesitar su ayuda...

—Este es Mr. Carlyon — dijo volviéndose hacia Wilson, — y creo que él arreglará nuestro asunto muy pronto.

—Lo más pronto que sea posible — dijo Wilson indicando el camino hacia el comedor.

Se sentaron alrededor de la mesa.

—Llame a mi amanuense, por favor, Varcoe — dijo Mr. Carlyon. — El nos abreviará la tarea.

Cuando el amanuense entró en la pieza, Wilson dió un salto

—¡Usted! — gritó, y sacó el revólver. — ¡Tome eso!. — E hizo fuego sobre el amanuense, y escapando por la puerta, saltó la baranda del pórtico.

—¡Síganlo! — gritó el amanuense. —Y tengan cuidado porque es un asesino.

Corrieron y alcanzaron a ver la corpulenta figura de Wilson que se perdía en la "jungla". Ellos dirigieron sus pasos hacia el bosque; rodearon la franja libre de árboles que se extendía a su orilla, y cuando tuvieron nuevamente ante los ojos el "bungalow", vieron por un instante a Wilson que entraba en el edificio.

Carlyon hizo fuego, pero muy tarde.

—Vengan — dijo. — ¡Ahora lo tenemos!

Salieron del bosque y cruzaron el espacio abierto, pero antes de llegar a la casa fueron arrojados al suelo por una terrible explosión. El "bungalow" había sido arrancado de sus cimientos y volado en pedazos.

Los tres hombres quedaron aturdidos por un instante. El amanuense fué el primero en recobrarse.

—Ese es el final de Wilson — dijo señalando la masa de humeantes ruinas. — Lo reclamaban de América por un robo en un tren.

—El fin del pobre Mendoza también — murmuró Varcoe. — ¡Ah!, Carlyon, cuando me despedí de usted ayer en el buque, no imaginaba necesitar tan pronto su ayuda oficial.

—La policía está siempre dispuesta a prestar su auxilio — contestó Carlyon. — Pero en este caso creo que habrán perdido para siempre este magnífico "bungalow"...

—Y también la famosa mina de rubíes de Ofir — murmuró Varcoe para sí.

FIN

UNA FALLA EN EL MOTOR

(Continuación de la pág. 11)

El coqueto aposento que era el dormitorio de Raquel, aquella noche, debía ser el de una de las señoritas de Suárez Manrique. Era, a primera vista, el aposento de una mujer joven y celosa de esas minucias refinadas que componen una graciosa atmósfera femenina.

La viajera, luego de despedir a la fámula, percibió cómo, en la habitación contigua, se disponía el alojamiento de Tintín, cuya voz indicó un breve diálogo con otra voz de mujer, desconocida. Nada más correcto y tranquilizador.

Pero Raquel, acostada vestida en el angosto lecho de barras doradas y cobertores de seda, oyó sonar a lo lejos las campanadas broncas del reloj, hora tras hora.

La poseía una inquietud indefinida; por el momento, por mañana, por las circunstancias físicas, por sus propios pensamientos. Tan pronto se mofaba de su miedo pueril ante el más explicable de los sucesos, como se agitaba en un sobresalto moral que la hacía incorporarse, con las pupilas fijas en cualquier punto del aposento suavemente envuelto en una como nacarada penumbra.

El sueño comenzó un ataque recio contra aquella excitación. Cerró los párpados por primera vez y vislumbró una escena de pesadilla. Volaba en el asiento de la "voiturette", entre médanos gigantes, borrosos tras densas volutas de blanquizca polvareda. El mecánico, a su lado, la miraba con ojos de dragón. Aceleraba ella, huyendo de aquella figura que arrastraba consigo, pegada a su flanco.

Volvió a abrir los párpados, hendiendo la visión y cambiando de postura, pero cayeron de nuevo, pesados como hojas de plomo. Ahora estaba en una floresta. El hombre se acercaba a ella, familiarmente burlón y le decía tomándola de los brazos: "¿Qué me importa la clase de mujer que seas? La mujer no es más que el lugar en que está en cada momento."

Creyó, despierta, que estas palabras resonaban dentro del recinto. Avivó la luz del velador. No eran más que un eco de palabras semejantes oídas durante la cena. Reclinó otra vez la hermosa cabecita en la almohada y se dejó invadir por un letargo que la postró ya, hecha mármol, sobre la molicie de las sedas y las plumas.

Un insistente repiqueteo sobre el cristal de la puerta despertó a Raquel.

(Continúa en la pág. 48)

CUENTO PARA LOS NIÑOS

Pompón

Por **HAYDEE M. GHIO**

Blanco y coposo el pelo; lucientes y húmedos los ojitos negros, era Pompón una linda perrita. Pero muchas son las lindas perritas que andan por el mundo. Pompón se distinguía de todas por su lengüita, tan larga, que le lavaba con facilidad cabeza y lomo, consiguiendo así mantenerse limpia y reluciente como el gatito más coquetón. Pero no faltaron las malas amigas que, celosas de la fama que su pulcritud iba adquiriendo, hicieron de su virtud un motivo de bochorno al decirle constantemente: "¡Eres una lengua larga!" Una de estas compañeras, enterada del discurso que el orador sagrado preparaba para esa mañana, la invitó a dar un paseo, y deliberadamente tomó el camino de la capillita, en cuya puerta se detuvieron. Pronto se oyó una voz que, entre otras cosas, predicaba:

—¡Guardaos de las malas lenguas! ¡Huid de las lenguas largas!

Escuchar esto la otra perrita y alejarse con desprecio de Pompón fué cuestión de un segundo.

Mortificada y triste, Pompón pensó que su compañía tal vez dañaba a sus queridos amos, y decidió alejarse para siempre de ellos.

Bien parada sobre sus cuatro patitas, olfateó un momento. El viento sur le señalaba una ruta; el viento norte le aconsejaba otra, y asimismo el este y el oeste le indicaban caminos contrarios. Se resolvió por fin y empujada suavemente por el viento este, emprendió una discreta carrera.

Al anochecer llegó a una obscura barraca. A través de las lonas mal unidas pudo contemplar la pista de un circo, donde se ensayaba para las funciones de la noche. Un mono de simpática apariencia respondía al grito de: "¡arriba!" de su amaestrador, subiendo ágilmente por la barra hasta alcanzar el trapecio más alto. Allí, prendiéndose con la cola, hacía una serie de cabriolas y monerías muy arriesgadas. Pompón espiaba las habilidades del mono, diciéndose, sin fingida modestia, que ella muy bien podría hacer otro tanto. De pronto, el mono se desprendió del trapecio, y aunque tuvo la fortuna de agarrarse a una soga que encontró en el ca-

(Continúa en la pág. 61)

OSCAR SOLDATI

TRES FUERZAS se DISPUTAN en CHILE LA POSESION DEL PODER

El reportaje que aparece en esta página fué hecho la víspera de la contrarrevolución que derrocó a la Junta de Gobierno presidida por el coronel Marmeduke Grove. Ello hace que sus expresiones resulten de mayor interés, pues son un reflejo cabal de lo que parece estar aconteciendo en la hermana república.



El señor Percy Forster conversando con uno de nuestros redactores. El señor Forster ha regresado a Chile, desde donde seguirá enviando sus impresiones a "Mundo Argentino".

RECIEN llegado de Chile, en donde estuvo varios días cumpliendo una delicada misión profesional, hemos entrevistado al señor Percy Forster, cuyo alto cargo de gerente en Sud América de la gran empresa periodística norteamericana King Features Syndicate vuelve doblemente valiosas sus observaciones acerca del momento político y económico por que atraviesa la hermana república de Chile.

A nuestra primera pregunta, él señor Forster responde así:

—La situación en Chile puede ser comparada, en estos momentos a la de un millonario que, de la noche a la mañana se ve obligado a vivir con doscientos pesos mensuales. Quiero decir con esto que el malestar en el vecino país es puramente económico. Han dejado de existir allí las dos fuentes de riqueza que permitían el desenvolvimiento del país: el nitrato y el cobre. En consecuencia, no hay hombre, ni gobierno ni partido que pueda organizar las cosas y devolver al pueblo su patrimonio.

—¿No cree usted que la situación podía haberse afrontado de otra manera?...

—Creo que el procedimiento lógico para afrontarla habría sido el de la cooperación franca de todas las clases sociales y todos los partidos políticos, a objeto de seguir viviendo, si no con holgura y lujo, al menos sin mayores penurias. Pero desgraciadamente la cooperación es lo que menos existe ahora en Chile, y el resultado de tal estado de ánimo queda reflejado fielmente en los recientes sucesos.

—¿Qué fuerzas se disputan el poder?

—Puede decirse que tres: los militares, que creen que a Chile, por el momento, le hace falta un régimen de fuerza; la clase obrera, que encuentra la solución en el comunismo, y los capitalistas, que buscan un término medio. Desde mi punto de vista, alejado por igual de unos y otros, pues no soy sino un simple observador, creo que los únicos hombres que en Chile han adoptado una ideología práctica son los capitalistas. Ya hace bastante tiempo, en efecto, que las grandes empresas industriales del vecino país iniciaron el sistema de convertir a sus obreros en socios. Desgraciadamente, los esfuerzos de estos hombres de visión clara no han bastado.

—¿Puede usted decir algo acerca del carácter socialista o comunista del actual movimiento?...

—La clase obrera se sintió entusiasmada por una hora, no bien estallada la revolución, más luego, las cosas variaron, y hoy nadie cree en Chile en el socialismo o comunismo del nuevo régimen. Ello ha traído como consecuencia el descontento de las masas trabajadoras que, engañadas durante los primeros momentos, se han visto, a la postre decepcionadas. Y ahora el gobierno, que en un principio estimuló tales sentimientos, resulta el Frankenstein, inventor del monstruo, que tiene miedo de su propia obra.

—¿Es muy seria la tendencia socialista del pueblo chileno?

—La impaciencia del proletariado se pone cada día en mayor evidencia. Por su parte, los defensores de la propiedad han fundado una "Guardia blanca", que se dispone a bregar por lo suyo. Desde el punto de vista de los números, esta última fuerza no podría oponer muy seria resistencia a la primera.

—¿Sería una solución para el país el triunfo del socialismo o el comunismo?

—No, pues nadie puede en la actualidad hacer que el nitrato y el cobre adquieran su antiguo valor.

—¿Entonces?... ¿Estará la solución en manos del capitalismo?...

—Tampoco. El capitalismo quiere que Ibáñez vuelva al poder. Pero esto, que acaso sirviera para mantener el orden por un tiempo, no impediría el malestar económico que es el verdadero origen de todo. Además, es muy problemático que Ibáñez pueda regresar en las actuales circunstancias.

—Sin embargo, de alguna manera ha de resolverse la crisis.

—Por cierto. Volvamos, pues, al símil del millonario venido a menos, y supongamos que muy bien puede pensar en pegarse un balazo. Reflexionará antes de apretar el gatillo y quizá se resuelva a vivir filosóficamente con un sueldo cualquiera. Para Chile, hoy, en mi concepto, la solución estaría en volver los ojos a los 20.000.000 de hectáreas de tierra apta para el cultivo que están sin explotar, y a sus pequeñas industrias. Este sería el pequeño sueldo del rico país que hasta ayer nomás vivió en la abundancia y cuyos productos hoy no valen nada.

—¿Qué se dice en Chile del Trasandino?...

—Hay verdadera ansiedad en las clases comerciales e industriales por que se reponga el servicio.

—¿Ha sufrido mucho el cambio con motivo de la crisis económica?...

—Muchísimo. Oficialmente, el dólar vale 16.50 pesos. Pero, en realidad, el que quiere comprar dólares tiene que dar sesenta pesos por cada uno. En consecuencia, quien va con moneda extranjera la pasa de lo más bien.

—¿Alguna otra novedad?

—Diga usted que siento verdaderamente lo que está sufriendo el vecino país, pues se trata de uno de los pueblos de nobles virtudes y, sobre todo, de mayor poder de simpatía que he conocido en mis andanzas.

La jornada "DEPORTIVA"



Desde que el football, deporte popular por excelencia, ha dejado de ser administrado y dirigido por quienes le dieron arraigo y personalidad en el país, el espíritu deportivo ha ido sufriendo un desconcepto, hasta que, totalmente desvirtuadas las nobles finalidades del mismo, llegó a convertir las canchas, en donde se practica, en los escenarios más propicios para poner de relieve pasiones malsanas.

Lo dicho, es en verdad el principio de tal incultura. Mas existen también otros factores que han servido para caldear el ambiente has-

Este es uno de los bochornosos espectáculos que se producen en las canchas de football. El público, indignado por la desorganización que ha permitido más espectadores que la capacidad de las instalaciones permite, frente a la anulación de espectáculo y dinero pagado para presenciarlo, no encuentra más remedio que poner fuego a las gradas y destrozar cuanto a mano encuentra.



Hasta hace poco la policía cuidaba de los intereses de los clubs y prestaba sus buenos servicios dentro del field, durante la realización de los matches. Aquí vemos varios agentes en el momento que se disponen a evitar que el público rompa las alambradas y entre a la cancha, para en ella hallar mejor ubicación.

En una ocasión hasta los gases lacrimógenos fueron puestos en juego para contener a la multitud exaltada, que pretendía destrozar las instalaciones para llegar hasta donde el árbitro estaba y hacer justicia por su propia mano.



El árbitro, el héroe de las canchas, debe pasar constantemente por situaciones como ésta. Los jugadores disconformes con sus fallos ponen en práctica los expedientes más contundentes y castigan despiadadamente al referee.

” de los DOMINGOS

ta poner al rojo vivo esos desmanes, que en las fechas cumplidas en el mes en curso, colmaron las previsiones de los más tolerantes. En efecto, no es ajeno a los desmanes, el conflicto existente entre los directores de la Liga Argentina de Football y el núcleo más caracterizado y capaz de los árbitros que pertenecen a la misma, y que por causas largas de enumerar, decretaron su abstención para fiscalizar los partidos que se disputan bajo su patrocinio. Frente al conflicto planteado, el consejo de la Liga resolvió substituir a esos referees por otros considerados con menos capacidad, o, por lo menos, no tan familiarizados con las grandes multitudes. Por ello sus fallos no son respetados como debieran, y eso es el origen de muchos de tales bochornosos escándalos.

Es verdad que hay también otro factor, y posiblemente sea el más poderoso, que ha conspirado contra la normal realización de los partidos de los últimos domingos.

Hasta entonces la policía de la capital prestaba su concurso a los clubs de football, manteniendo estricta vigilancia dentro del field durante la realización de los partidos. Tal medida que había sido adoptada cuando era prefecto general, el coronel don Carlos H. Rodríguez, dió resultados magníficos, puesto que con la misma se había logrado reducir esas incidencias tan escandalosas, mas el actual prefecto ha dictado una disposición, por la cual se crea la policía adicional, de manera que a los clubs les ha sido retirada la vigilancia dentro de la cancha, manteniendo solamente fuera de ella y en sus instalaciones, los agentes precisos para mantener el orden entre los espectadores, sin que tengan que preocuparse para nada de lo que dentro del field ocurre. La reglamentación dictada establece que las entidades de cualquier índole que organicen espectáculos dominicales deberán solicitar personal de esa policía adicional, pero para tener derecho a ella es preciso que las instituciones abonen mensualmente el salario de un agente, teniendo derecho así a que los días de espectáculo se le faciliten cuatro agentes, por cada uno que paguen mensualmente.

Los clubs parece que no han querido entenderlo así, pues ninguno se acogió a la nueva disposición, y de ahí resulta que ahora no cuentan con policía dentro de los fields.

Mientras tanto el consejo directivo de la Liga Argentina procede con lentitud y sus dirigentes no resuelven hacer uso de la policía adicional, por considerar que ello les proporcionaría muchos gastos. Olvidan que la misión de la policía no consiste en cuidar del espectáculo, y confunden sus obligaciones, en beneficio de sus intereses. Entendemos que los clubs deben aceptar la disposición que ha creado esa policía, ya que lo que el público deja en las taquillas de las canchas todos los domingos un promedio mayor de 50.000 pesos, que deducido el 16 por ciento, se reparte en partes iguales entre los 18 clubs que constituyen la entidad profesional.



Colmadas las tribunas de bote en bote, por el ansia de los dirigentes para hacer dinero vendiendo más localidades que las que permite la capacidad del estadio, origina estos espectáculos. La policía entonces debe cuidar de que quienes pagaron su entrada abandonen los sitios a que sin duda tienen sobrado derecho de exigir.



En las gresca todos los elementos contundentes son buenos. Un jugador, a falta de otra arma, se ha sacado su botín para atacar al referee y defenderse de los ataques de los jugadores rivales.



Ultimamente en uno de los partidos que suscitan enorme expectativa, la policía, como medida previa, palpo de armas a cuantos espectadores entraron al estadio. De más está decir que no pudo apoderarse de arma alguna, ya que frente a tal medida, quienes las portaban, no pretendieron entrar.



Esto, que más parece una guerrilla desplegada para el ataque, no es nada más que el principio de una de esas invasiones a la cancha cuando entre los jugadores se ha producido un incidente. Van a defender a sus favoritos, dispuestos a cualquier desmán.

LOS NIÑOS SANOS



César Jorge Peiteado Ritter, de Córdoba. Tiene un año de edad y pesa doce kilos y medio. Ha sido criado con el pecho y leche de vaca.





Mirella Esther Pilo Benarroch, de Santa Fe. Tiene nueve meses de edad y pesa ocho kilos 600 gramos. Se alimenta con lactancia natural.

Normita Fernández Giordano, de Avellaneda. Su edad es de nueve meses y su peso de diez kilos 850 gramos. Alimentada con lactancia natural.



Rubén Emilio García Duroix, de Villa Mercedes (San Luis). Ha cumplido seis meses y pesa once kilos y medio. Es criado al pecho, por la madre.



Ricardo Nino Meneses, de La Plata. A los cinco meses de edad pesaba ocho kilos. Es alimentado con el pecho materno.

Ruben Luis Pichioni, de Junín (Buenos Aires). Al cumplir los ocho meses de edad, su peso era de nueve kilos. Su alimentación es el pecho materno.



Felipito Chialva Miguens, de Tres Arroyos. Su edad es de ocho meses y su peso de ocho kilos. Es criado por la madre.





Ruth Fanny Oller, de Godoy Cruz (Mendoza). Tiene siete meses y pesa nueve kilos. Es alimentada con lactancia natural.



Vicente Manuel Campeny, de Tucumán. Ha cumplido ocho meses de edad y pesa ocho kilos y medio. Se alimenta con el pecho materno, leche de vaca con agua hervida y jugo de tomates y naranjas.

Rudy Antonia Crespo, de Carreras (Santa Fe). Tiene dos años de edad y su peso es de doce kilos 800 gramos. Fué criada por la madre, al pecho.

MENÚ

PARA TODA LA SEMANA

En nuestro propósito de contribuir a hacer menos pesadas las tareas de las amas de casa, en lo que a las comidas se refiere, continuamos en este número la publicación de nuestro menú diario para toda la semana. Seleccionado con el mejor criterio, estamos seguros que ha de resolver satisfactoriamente este problema, que es, sin duda, uno de los más engorrosos de cuantos se plantean en todos los hogares.

MIERCOLES

ALMUERZO	CENA
Fiambre. Sopa de puré de zapallo. Cazuela mendocina. Lomo con hongos. Bananas rebozadas.	Sopa de fideos. Bifes a la criolla. Budín de pescado. Duraznos al natural.

JUEVES

ALMUERZO	CENA
Sandwichs de pan negro. Sopa juliana. Puchero a la criolla. Albóndigas con arroz blanco. Fruta.	Consomé. Lomo asado con papas. Croquetas de coliflor. Budín de naranjas.

VIERNES

ALMUERZO	CENA
Fiambre con ensalada. Manos de ternera en pepitoria. Huevos al jugo. Arvejas saltadas. Manzanas.	Acelgas saltadas. Porotos a la bonne-menagere. Costillas de ternera a la milanesa. Peras en almíbar.

SABADO

ALMUERZO	CENA
Paté de foie. Pollo con arroz, a la brasileña. Macarrones a la crema. Tortilla de pescado. Fruta.	Sesitos rebozados. Pescado hervido con salsa tártara. Carbonada. Crema Moka.

DOMINGO

ALMUERZO	CENA
Fiambre con mayonesa. Liebre a la cazadora. Papas rellenas con jamón. Merluza frita. Macedonia.	Perdices con leche. Arroz a la criolla. Huevos al plato. Isla flotante a la vainilla.

LUNES

ALMUERZO	CENA
Atún en escabeche Pecho de cordero con porotos de manteca. Zanahorias a la "Poulette". Riñones a la "maitre d'hotel". Fruta.	Sopa de fideos sen-sen. Papas estofadas. Lomito de ternera. Jalea de naranjas.

MARTES

ALMUERZO	CENA
Fiambre. Garbanzos a la porteña. Riñones al vino. Tortilla de jamón Flan de manzanas	Papas sopresa. Ensalada de carne. Pescado al gratin. Jalea de mebrillos.

EL PLATO DEL DOMINGO

LIEBRE A LA CAZADORA

Se corta la liebre en pedazos, después se limpia; se adoba con sal y ajo picado y se fríe en aceite a fuego fuerte. Una vez dorada se le agrega cebolla picada, perejil, un diente de ajo, pimienta, media taza de aceite, una copa de vino y un poco de manteca; se tapa y se deja cocer a fuego lento. Cuando está en su punto, se pica el corazón y el hígado, que se habrá cocido con la liebre, se une a ésta y se sirve.

MEDITE USTED SOBRE ESTE PROBLEMA DIARIO

Los GASTOS *deben* AJUSTARSE *a los* RECURSOS *en todo* HOGAR

Por MISIA REMEDIOS

UNA gran casa de comercio ha iniciado la propaganda a base de un curioso postulado que parecería estar en pugna con sus intereses.

"¡Es elegante ser ahorrativo!", sostiene esa casa.

Y explayando el aforismo el anuncio, comenta el falso orgullo de los "standards" forzados de vida.

En Europa se ha capitalizado este aspecto de la psicología humana. Allí es moda proclamar la propia pobreza. Hasta se llega a la exageración. Es muy natural que una señora presida un "lunch" íntimo con una blusa cuidadosamente remendada, o encontrar a la costurera achicando los vestidos de la nena mayor para la más pequeña.



Es allá muy "chic" y distinguido aparecer pobre. Nadie se avergüenza de ello. Se diría que el proceso de reajuste impuesto a los hogares por la miseria resultante de la depresión mundial ha derribado las murallas del absurdo convencionalismo, que obligaba a mantener situaciones imposibles por temor al "qué dirán". En cambio, entre nosotros parece que no nos sintiéramos seguros de nosotros mismos para desprendernos del absurdo prejuicio de querer vivir de apariencias, entre apariencias y aparentando siempre.

El afán de aventajar al vecino es responsable por las líneas de preocupación que surcan el rostro de muchos hombres y mujeres.

El difícil procedimiento de vivir fuera de los recursos de que se dispone, gastando más de lo que se gana, verdadero martirio de los nervios, se sigue con afán en la mayoría de nuestros hogares.

La complicación terrible del diario problema se ve agravado por otras circunstancias de público dominio, que significa y entraña ese vivir perennemente excedido de los recursos normales.

Los malos vientos de la actual depresión económica habrán realizado una tarea redentora si logran curarnos del necio empeño de competir en lujos con el vecino.

Se diría que entre los hogares se ha entablado una carrera, en que cada cual lucha por llegar a la meta antes que los otros. Esa meta no es real ni verdadera, sino que se halla constituída por un espejismo ubicado eternamente más allá del punto a que llegó o alcanzó el rival; más allá siempre.

En esa carrera desenfrenada, las familias tienen que hacer frente a la terrible necesidad de vivir siempre procurando aventajar al vecino.

Las incidencias de ese estado de cosas no demoran en reflejarse en el rostro de los que tienen que ganar el diario sustento del hogar.

¡Son de ver los sinsabores que han de pasar los que tienen que encabezar tales familias! Las noches de insomnio pensando en las cuotas que hay que pagar del auto, el comedor o el nuevo juego de sala. A todo ello se suman las pieles y alhajas adquiridas en la misma forma. Parada. Pura parada.

Sin embargo, eso es lo de menos. El aspecto cómico de gentes que tratan desesperadamente de aventajarse en cosas que no importan grandemente, es lo que menos importa. Lo que importa es que aquel juego vacuo impone un precio en nervios, felicidad y longevidad humanos.

Resulta insufrible la molestia ocasionada por las deudas eslabonadas, los pagos de cuotas, las amortizaciones de las hipotecas, descuentos de pagarés, etc., y son cosas todas que deberán pagarse indefectiblemente en felicidad y resistencia humana.

Ningún hombre que tenga que afrontar día a día las exigencias de una familia que vive al margen de sus recursos, puede subsistir tranquilo en tales condiciones.

No sólo resulta poco digno, sino altamente ridículo el espectáculo de las gentes que se afanan y desesperan por vivir aventajándose.

La sabiduría parecería hallarse muy aleja-

(Continúa en la pág. 48)

El REY del

UN CUENTO DE JOSE FAUS

El matrimonio — declaró solemnemente Douglas Trueheart, el ídolo indiscutible e indiscutido del sexo débil, en la charla de cinco minutos con que matizaba la popular transmisión de radio denominada "Hora musical Trueheart" — es una sociedad en que los socios contribuyen con capital igual. El marido y la mujer deben participar igualmente en el trabajo y en las responsabilidades, en los placeres y en los triunfos. Cuando una de las partes toma sobre sí toda la tarea, mientras la otra permanece ociosa, es seguro que se producirá un alto en el progreso hacia la perfecta felicidad doméstica. Mucha gente se casa con la aspiración de sacar algún beneficio del matrimonio, y no con la de contribuir a él con algo de su parte.

"Felizmente, queridas amigas, nada sacaréis de él, pero, en cambio, tendréis mucho que dar. Trataré de recordar esto cuando me case.

"En primer lugar, soy un hombre, pero en segundo lugar soy un artista. Ningún artista puede destacarse si carece de inspiración. Mi esposa deberá ser mi inspiradora. Con su estímulo constante, espero salvar todos los obstáculos que me ofrezca el camino de la vida.

"Mi matrimonio tendrá que ser un matrimonio a la moda, un matrimonio individualista, idealista y único, una unión que satisfaga las necesidades de mi temperamento emocional y algo romántico."

Zona Nichols, la rubia estrella de una compañía de películas de Hollywood, se revolvió en su cama y se sentó. Muriel, la masajista, continuó ejerciendo su arte, aunque con cierto descorazonamiento, en las caderas excesivamente redondeadas de su clienta.

— Tiene una linda voz — dijo Zona. — Produce en mi espina dorsal el mismo cosquilleo de tu vibrador, Muriel. ¿Quieres dar más potencia al receptor?... Según los diarios, hoy dará su opinión sobre el matrimonio y la mujer ideal. Desearía encontrarme con él. Dicen que prefiere las rubias..., las rubias metidas en carnes. Espero...

Douglas Trueheart, en un tiempo Jerry Barnes y humilde ayudante de un panadero, pero ahora Rey del Acordeón, artista de radio, tenor de Broadway, compositor de canciones y director de orquesta, continuó con voz meliflua su homilía:

— Francamente, puedo decir que en toda muchacha que encuentro veo una esposa en potencia. Siempre busqué la niña de mis sueños, siempre. Pero en el comercio del amor sólo un corazón puede comprar a otro, y hasta ahora — lo digo con modestia — no sentí al mirar a una mujer ese divino ardor que es síntoma de la pasión.

"Personalmente, prefiero las rubias, las rubias delgadas. No puedo pasar las gruesas. Me gusta una niña vivaz, inteligente y ambiciosa. La mujer con la que yo me case deberá vestir elegantemente, leer mucho, conversar placenteramente y entretener graciosamente. Debe practicar el arte de la camaradería, el secreto básico del éxito de la unión matrimonial."

Muriel cerró la radio cuando el acordeón de Trueheart y su orquesta iniciaron la ejecución de la balada "¿Quieres ser tú mi novia?", y se volvió hacia su patrona. Zona tenía una mirada vaga en sus ojos azul pálido.

— Desearía que él viniese a Hollywood a filmar — dijo en voz baja. — Dicen que tiene ya un millón y que recibe más de 10.000 cartas femeninas por semana. ¿Sabes, Muriel, que tendré que privarme de comer tanto pastel de crema?... Siempre ocurre lo mismo: hay que abandonar las cosas que a una más le gustan... Cuando regresé a mi casa, en Iowa, fuí considerada como una excelente cocinera, y eso colmaba mis más caras ambiciones... Por favor, llama a Jed para que prepare unos cocktails... Y dime: ¿qué piensas de ese nuevo aparato para adelgazar?


Convertida en una modesta ama de casa.

Douglas Trueheart, siguiendo el orden lógico de los acontecimientos, fué a Hollywood para filmar una comedia musical con su célebre orquesta. Encontró a Zona Nichols en una fiesta de natación. El aparato para adelgazar se había portado a las mil maravillas y la abstinencia de pastel de crema contribuyó al éxito. El Rey del Acordeón quedó extático ante la hermosa rubia.

— Soy franco al decir — anunció varios meses después en el transcurso de una charla por radio — que el amor tiene para mí un sentido físico. Juro que en mí hay algo de los antiguos griegos. ¡Adoro la belleza, la verdadera belleza! Esta es la razón, queridas e indulgentes amigas, por qué me enamoré de Zona Nichols, la joven con la cual voy a casarme. Ella, desinteresadamente, abandona su gloriosa carrera en los estudios cinematográficos para dedicarse exclusivamente a la carrera de ama de casa; la más noble de todas. En consecuencia, ella está dispuesta a "supervisar" — y algunas veces hasta cocinar — mis alimentos. Ella manejará nuestro "bungalow", instalado en uno de los pisos superiores de uno de los más suntuosos hoteles de Nueva York. No viviremos de acuerdo a la rutina doméstica usual, porque la rutina mata lo romántico, y lo romántico, en mi humilde parecer, es absolutamente necesario para mantener despierta la pasión. Seremos muy felices, y esto me recuerda — agregó mientras ejecutaba unos compases con su acordeón — una tonada muy a propósito compuesta en colaboración con dos amigos. "¡Atención, muchachos!"


Cuando te sentaste en mis rodillas para posar para esta revista, casi me rompes las piernas.

Querido Douglas — dijo Zona algunos días antes de su casamiento, — debemos tener una franca conversación antes de que las cosas sigan adelante.

—¿Sobre qué? — dijo el ídolo de todas las mujeres.

— Sobre el dinero — contestó sinceramente su novia. — Voy a abandonar mi carrera por el hogar — y no mencionó el arrullo del aplauso público, — y esto implica privarme de un sueldo magnífico. Tú has dicho que nuestro matrimonio debe ser una sociedad en que los socios contribuyen con capital igual, y yo merezco mi parte. Supone que mientras yo me halle en casa cuidando de tu comida y del lavado de la ropa, lo que haré admirablemente, según dicen los diarios, tú encuentras alguna otra mujer y te vas de paseo con ella. ¿Qué ocurrirá entonces?

— Continuarás siendo mi esposa, supongo...

— Pero no igual... Haré seguramente un gran escándalo cuando regreses a casa, aparte de que no debes olvidar que hay muchos hombres con los cuales me sería fácil vengarme...

— Hablas como si nos hubiéramos casado hace diez años — protestó Douglas. — Sabes que todo lo que tengo es tuyo — agregó evasivamente.

— No quiero todo lo que tienes — continuó Zona en tono muy tranquilo. — Quiero la mitad para el caso de que algo ocurriese. Seguramente tú comprenderás lo que significa para una artista abandonar su sueldo, un gran sueldo, por cierto, y despedirse de su público, su público, que la adora y que siempre la aplaudió.

— Tu contrato estaba por expirar — dijo el hombre que todas las mujeres admiraban, con cierta ironía. — Pero, de todas maneras, estoy de acuerdo. Lo que lamento es que hayas sacado todo esto a colación cuando nuestro compromiso ya se hizo público.

Zona, muy contenta, manifestó que lla-

ACORDEON

El hombre que era el ídolo de las mujeres que escuchaban sus disertaciones acerca del amor y del matrimonio y sus conciertos de acordeón por radio, se casa un día con la mujer que, según él, era la que esperaba desde hacía mucho tiempo. Creía que ella reunía todas las cualidades que él preconizaba como las imprescindibles para ser una compañera ejemplar; pero la rutina de la vida diaria le hace ver el verdadero fondo de su mujer y le muestra que la teoría es cosa bien distinta de la práctica.

• •

maría a su abogado, y Douglas expresó que su palabra bastaba. Zona dijo que indudablemente, pero que podía olvidarla, y que ella prefería hacer las cosas en regla. Douglas tuvo que aceptar, y las cosas se hicieron como ella quería.

—El matrimonio feliz — declaró románticamente Douglas Trueheart algún tiempo después a través del éter — es el que da y toma, el de tolerancia y comprensión. Tengo orgullo en declarar que tengo una compañera que me comprende perfectamente y yo creo comprenderla a ella. Ambos nos completamos.

Pasaron pocos días. El ídolo y mimado del mundo femenino llegó a su casa después de un ensayo y encontró que su esposa aparentemente se hallaba ausente. Por casualidad fué hasta la cocina. Allí estaba Zona, mirando atentamente el horno eléctrico, en el que dos magníficos pasteles de crema iniciaban su proceso de cocción.

—Mira, Zona — dijo él enfadado: — tú no puedes hacer eso. Se estipuló cuando nos casamos que mantendrías tu dieta. ¡Pasteles de crema! ¡Peores que las patatas y los dulces! ¿Y por qué no haces ejercicio?... Todos te suponen mi inspiradora y siempre dije a mi público que sólo podría inspirarme una rubia delgada. Y esto me recuerda que debes teñirte el pelo nuevamente: el color castaño se ve ya hasta las raíces. Además, el otro día, cuando te sentaste en mis rodillas para posar para esa revista, casi me rompes las piernas. ¡Ten un poco de corazón, querida!...

—Quise sólo probar mi mano para una hornada, mientras el cocinero se hallaba fuera de casa — explicó de mal humor, en tanto se secaba el sudor que inundaba su frente y sus mejillas. — Le daré estos pasteles a algún sirviente no bien los saque del horno.

—Sí, lo harás — dijo Douglas con cierto escepticismo. — Pero yo cuidaré de que cumplas tu promesa.

Y ella, con pena manifiesta, no tuvo más remedio que regalar sus magníficos pasteles.

Volvió él a casa tarde otra noche, y se encontró con lo inesperado: la evidencia en el "living room" de una fiesta alegre y concurrida; botellas vacías, naipes, colillas de cigarrillos y ceniza...

El criado informó que la señora Trueheart acababa de salir con sus huéspedes para continuar la fiesta en un restaurante. Interrogado discretamente por Douglas, el sirviente confesó que la señora había hecho lo mismo otras veces.

Aunque hervía de rabia, el Rey del Acordeón se sentó pacientemente a esperar a su esposa, la que regresó poco más o menos a las cinco de la mañana en compañía de un individuo con todas las trazas de un héroe de Jack London.

—Mira, Zona — gruñó Douglas, cuando la escolta hubo partido: — no puedes seguir en ese tren...

—No puedo, ¿eh? — explotó la inspiradora del artista. — ¡Ya estuve encerrada bastante tiempo! Fuí invitada a una diversión bien inocente, y por eso acepté. Pero en cuanto a ti, ¿qué hay respecto a esa teñida de la revista Peekaboo?... Todas las noches, he oído, la llevas a cenar, y luego a pasear en automóvil...



El acordeón de Trueheart inició la ejecución de la balada "¿Quieres ser tú mi novia?"

—Hemos estado — dijo Douglas solemnemente — discutiendo nuestras respectivas partes en la próxima comedia.

—Esto es también lo que yo hice: discutir ciertas cosas...

Pero él no estaba apaciguado todavía.

—Ya no me oyes por la radio — dijo con cierta melancolía. — ¿Para qué compré entonces todos esos aparatos que tú colocaste en todas las piezas de la casa?

—Has estado muy distraído en este último tiempo, y el público, créeme, lo ha notado. Justamente el otro día uno de los muchachos del teatro me mostró un retrato tuyo en una revista en el que apareces leyendo un libro que se halla al revés. Ese libro referente al apogeo y caída del imperio romano, escrito por Floyd Gibbons.

—¿Puedes tú distinguir un libro de una botella?

—¡Eso es un insulto! — gritó Zona. — ¡Asno! Exigiré una indemnización por esto. Voy a ver a mi abogado.

Y furiosa, se puso el tapado y el sombrero.

—Perdóname, querida — dijo él cariñosamente. — Es que estoy muy cansado. — Y en realidad, su cara parecía fatigada.

—¡No! — exclamó Zona, aunque ya no con tanta fiereza.

—¡Este es el fin, la verdadera caída! Dime, Zona: ¿has oído a ese nuevo artista, Cavendish, que canta para X la broadcasting rival de la nuestra?

Zona asintió con la cabeza y se quitó el sombrero y el tapado.

—Debemos cuidarnos de él... Está alcanzando ciertos éxitos y transformándose en un rival peligroso. ¡Pero que se cuide!...

—Y tú también... He oído que nuestra compañía le ha ofrecido un contrato y que él ha impuesto ciertas condiciones... Esto significa que el eclipse del Rey del Acordeón está próximo...

La querella se apaciguó por el momento. Pero las molestias se multiplicaron. La popularidad del Rey del Acordeón entre el sexo femenino empezó a declinar. Ese gesto colérico y amargo se dibujaba en su cara con más y más frecuencia.

Y una noche Douglas Trueheart llegó a su casa inesperadamente y encontró a su mujer en la cocina comiendo vorazmente un descomunal pastel de crema, en tanto el cocinero, desde la puerta, la miraba hacer todo alarmado.

Douglas la miró también, pero con una mirada que era peor que un insulto. Se irguió con soberbia, y en ese instante le vino a la memoria el parlamento de un papel que había desempeñado. Con tono melodramático dijo:

—Has vendido tu primogenitura por un plato de lentejas; has roto mi corazón y te has burlado de la tragedia de mi vida. Me voy a los Corderos. ¡Adiós!

—Parece — dijo ella burlándose y con la boca llena de crema — que vas a los Perros... Bien, ¡hasta luego, Shakespeare!...

Algunos días después, en el Club de los Corderos, donde los muchachos de la prensa trataban de picar su orgullo, él dijo convencido y hasta en tono jovial que la separación había sido arreglada de común acuerdo; que ambos sacarían algún beneficio de ella, y que cuando se reunieran nuevamente, se apreciarían más. El dicho de que la ausencia acerca los corazones, sería vulgar, pero era muy cierto.

Entretanto, Douglas estaba más colérico que nunca. El nuevo astro de la radio brillaba con esplendor y ya había sido contratado para filmar en Hollywood. El Rey del Acordeón fué perdiendo gradualmente su cortesía y su voz acariciadora. Se hizo irritable y descuidó su trabajo.

La estación recibía cartas quejosas de las más ardientes admiradoras del astro en eclipse, y cuando el dueño de la broadcasting trató de sacarlo de su apatía, Douglas le volvió

insolentemente las espaldas.

Una mañana, impelido por una incontenible curiosidad, Douglas Trueheart subió hasta el departamento que ocupaba aún su extraña esposa. La sirvienta lo hizo pasar y le dijo que la señora Trueheart se encontraba en la cocina. Ella había despedido al cocinero hacía algún tiempo.

No le sorprendió verla amasando unos buñuelos y con un delantal de color de guinda protegiendo su ahora jovial y redondeada personita.

— Alguien me dijo — insinuó él después de felicitarla — que piensas volver a los estudios...

— No — contestó ella, en tanto tomaba algunos huevos y expertamente los rompía dentro de un vaso. — Nunca he pensado en ello. Resultaría muy cargoso recuperar mi anterior estado. Peso ahora 145 libras, que honestamente creo es mi límite, y me siento mejor que nunca... Además — y se sonrojó, — una madre no puede trabajar en las películas y cuidar a su hijo...

El la miró extasiado. Ella asintió, y en un impulso de alegría incontenible, Douglas la tomó en sus brazos, mientras su cara irradiaba felicidad.

— Y escucha — dijo apasionadamente: — este oficio del acordeón no es propio tampoco de un padre. Lo voy a abandonar ahora mismo. Regresaré a mi vieja casa, en Indiana, y me dedicaré a los negocios. ¡No más radio para mí! Y tú, querida, cocina en tanto todos los pasteles de crema que se te antojen...

FIN

UNA FALLA EN EL...

(Continuación de la página 39)

Examinó su reloj de pulsera. Señalaba las ocho.

Le habían dejado reposar tres horas más de las convenidas. ¿Era un nuevo designio del déspota?

La fámula entró en el aposento con un servicio de desayuno. En la bandeja había, además, un sobre cerrado.

— El señor Antuco dejó orderado se le entregara esta carta a las ocho.

Pareció asombrarse la muchacha de ver ya vestida a la huéspeda, pero sirvió, callada, el desayuno y se reiró, volviendo a cerrar blandamente la puerta.

Raquel apagó la luz del velador y entreabrió el postigo de la ventana. El sol matinal se quebraba en los balustres de una terraza.

La viajera empleó algunos minutos en su aderezo personal y sorbió luego con lentitud el contenido de la taza.

Era indudable que se proponía dejar el sobre intacto; pero recordó las palabras de la fámula: "Dejó ordenado." Aquel hombre, pues, había partido. Estaba ya fuera del alcance de una prevención tan dura como su insolencia.

Abrió el sobre y desplegó la carta.

"Gentil desconocida:

"Al entregarse usted al descanso, parto en busca de mi hermana mayor, Emma Suárez Manrique, a la estancia próxima de los Ruiz Lafleche, donde se hospeda. Ella le acompañará por el resto de su viaje, llevando otro chófer. Está abundantemente informada.

"Su coche ha fallado por torsión de dos válvulas. Me propongo salir en procura de los respuestos para devolvérselo corriente, en cuanto haga mi oficio.

"Es usted una persona física maravillosa. Durante dos horas, he intentado ver la otra persona y creo haberla visto. Es también una delicia, que reclama nada más que un poco de precaución en el manejo automático.

"Es público y notorio mi negligente modo de apreciar la mujer. Tenía, antes de hallarla a usted, para ser más concreto, el corazón en buena marcha, como el motor de su "voiturette" antes de fallar en medio del camino. Voy ahora, según entiendo, a verme en la necesidad de revisar el estado de sus válvulas.

"Cuando esté dispuesto su coche, se lo haré trasladar, a menos que usted no me deje una palabra advirtiéndome que prefiere venir a recuperarlo. — Su servidor y chófer Antonio Suárez Manrique."

Antes de ir al encuentro de la joven anunciada, que debía esperarla, Raquel leyó tres veces aquella misiva extraordinaria e hizo caber tres años de pensamientos en treinta minutos.

Luego, extrayendo de una de sus valijas un pliego con su sobre, escribió: "El señor Suárez Manrique se ha olvidado de dejar la factura. Vendré, una de estas mañanas de buen sol."

FIN

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



TUÑÍN (A. Camiña). — Te noto más gordo...
VALDIVIESO (E. Serrano).—Es que a mí me sienta la tumba...
TUÑÍN. — Ma... ¿has estado en la Chacarita?...
VALDIVIESO. — No... Vengo de la Penitenciaría...

De "EL CAFETIN DE LOS GUAPOS", éxito del Teatro Smart.



OJEDA (A. Gandía). — ¡Yo no di pie para que usted me hiciera esas confidencias!
DON RAIMUNDO (García León).— ¡Usted no me dió pie, pero yo he metido la pata!...

De "MI PADRE", éxito del Teatro Avenida.



EL PORTEÑO (Pepe Arias). — Los empleados están muy contentos porque van a cobrar... Van a cobrar un día de éstos... cuando se cubra el empréstito patriótico... que se cubrirá también... un día de éstos!...

De "SI LAS MUJERES VOTASEN", éxito del Teatro Sarmiento.



POCHOLO (C. Fioriti). — ¿No te bañas en el mar?
TITO (P. Busto). — ¡Pero, por Dios, Pocholo!... ¡Si es como bañarse en colectivo!...

De "UN ATORRANTE DE LEY", éxito del Teatro Cómico.



JUANA (T. Serrador). — ¡Qué hermosas estas flores, Gabino!... ¡Parecen nenes desnudos!... ¡Mire cómo tiembla aquella dalia, cuando la mojo!
GABINO (Muiño). — Debe ser criolla, por lo mañera al agua!...

De "JUANA Y JUAN", éxito del Teatro Buenos Aires.

Entre DOS MUJERES

(Continuación de la pág. 5)

gar como un ser superior." Sin embargo, recordaba haberla oído hacer comentarios bastantes atinados sobre libros nada vulgares. Se sentía terriblemente mortificado por la presencia de Olivia lavando en su chalet. Le había dado a Olivia la impresión de que pertenecía a su clase en la vida, y estaba muy arrepentido, ya que a él no le importaba nadie más que Ana, que aparecía a sus ojos lindísima, y que le inspiraba el deseo de volver a la ciudad a seguir escribiendo avisos.

—¿Quiere venir a almorzar conmigo — díjole Ana — y traer a su amiga consigo? — y al decir esto sonrió picarescamente.

— ¿Para qué ha venido? — le increpó Cristóbal irritado.

Ana frunció las cejas.

— Pero, ¿no me escribió usted, acaso, una súplica en toda la línea? ¿En cada párrafo no insinuaba usted un apasionado deseo de tener mi compañía? ¿Y qué es lo que encuentro al llegar? Pues que ha conquistado usted a una pobre chica para que le limpie la casa. ¿Y me pregunta aún para qué he venido?

— ¡Por favor, Ana; cállese!

Bajó ella del auto. Su vestido, al lado del de Oliva, era deslumbrante.

—¿Me permite entrar? — preguntó: — Deseo conocer a su amiga.

Y sin esperar a que Cristóbal le contestase, se dirigió al chalet. Olivia había terminado de lavar. Estaba de pie, desafiante, fumando al lado de la estufa.

—¿Qué tal? — preguntó Ana, y sus ojos estudiaron a su contrincante, que parecía desafiarla desde su sitio.

—¿Qué tal? — contestó Olivia sin moverse.

— Cristóbal es un viejo amigo mío — continuó Ana con tono agradable. — Trabajaba en la casa de mi padre, hasta que se cansó. Lo extrañamos bastante; de modo que vine a buscarlo...

Cristóbal, de pie en el umbral de la puerta, se preguntó si habría sido interpretado por Ana que no había hecho mención a su carta. En realidad, Ana siempre tuvo una gran intuición para salvar situaciones embarazosas.

Olivia cedió algo en su agresividad.

— Y quiero que vengan los dos a almorzar conmigo... — continuó Ana.

— Es usted muy amable — musitó Olivia.

No quería que Ana le resultase simpática. Era una amenaza para todo lo de más valor en su vida. ¡Cristóbal!... Probablemente conseguiría que Cristóbal regresase a la ciudad en su compañía, mientras que ella se vería abandonada y sola en el chalet, sin nada que hacer ni nada que decir, ni con quién conversar. Pensó rápidamente cómo había fracasado en todo, aun entre la gente de su clase. Había huído del fracaso, cubriendo su retirada con una actitud de indiferencia. Estando sola había podido persuadirse a sí misma de que poseía algo distinto y superior. Pero ahora se hallaba frente a otro fracaso; ¡el más triste y el más grande!

— Bueno, tiene que venir — insistió

Ana.—¿Quiere que la lleva a su casa, a cambiarse?

Pero el orgullo de Olivia se inflamó. ¿A qué competir, cuando ya había perdido? ¿Qué traje podía ella ponerse que estuviera a tono con el de Ana?

—Tengo todas mis cosas aquí —dijo.

Cristóbal se sentía cada vez más molesto. ¡Ese sombrero viejo, ese vestido sin forma!...

—¡Magnífico! — aprobó Ana. — Vayamos, pues.

Ana eligió un restaurante antiguo que conocía muy bien, donde la comida era buena y la vestimenta de Olivia no desentonaría tanto. No dejaba de preguntarse cómo diablos se las iba a arreglar Cristóbal con esa mujer. Le daba lástima Olivia. Le resultaba una de esas personas pesadas y sin distinción...

Sin embargo, su viaje tenía un propósito que consideraba importante para él. Y se lo dijo:

—¡Ah, Cristóbal! Queremos que se vuelva con nosotros. Yo soy la embajadora de papá. Hemos conseguido unos productos nuevos y requieren esa reclame altisonante que sólo usted es capaz de hacer.

Ana, en tales momentos, comprendió la miseria de Olivia y el embarazo de Cristóbal. Pero se proponía conseguir que Cristóbal volviese a su empleo antes que fracasase por completo. Debía regresar ahora que lo podía hacer con honor y no cuando estuviese hundido y tuviese que volver arrastrándose. Si tenía pasta de escritor podría escribir lo mismo en la ciudad. Un libro puede escribirse en cualquier parte o en cualquier circunstancia.

Cristóbal, mirándola, asintió con la cabeza. Tenía que volver. Ana le había abierto la puerta con asombrosa generosidad. Sabía él que la amaba, pero no estaba seguro si Ana lo amaba también. Acaso fuese mucha pretensión la suya de imaginarse que pudiera amarlo.

—Gracias, Ana—le dijo.—¿Cuándo empiezo?

—En cuanto pueda — fué la respuesta, y dirigiéndose a Olivia, agregó: — Y usted, señorita, ¿lo aprueba?

Olivia se sonrojó.

—No tiene absolutamente nada que ver conmigo — le contestó seca y malhumorada.

Ana la miró, y, comprendiéndola, díjole:

—¿Por qué no prueba usted otra clase de vida en la ciudad? Mire, véngase con nosotros y quédese conmigo durante una o dos semanas a ver qué tal le parece.

—Sí, pruébelo — dijo Cristóbal: — No debe quedarse aquí, sola; se volvería una melancólica.

Olivia los miró, dudando, pero comprendió en seguida que debía ir. Ana le sonrió.

—Por supuesto, que vendrá — le dijo, a tiempo que pedía la adición.

Mientras la pagaba, pensaba melancólicamente en sí misma: "Es humana mi actitud hacia ella, pero... si Cristóbal se casa con ella, ¿qué hago yo?"

Y nuevamente una extraña sonrisa brilló en sus ojos.

Carson contempló a Cristóbal fijamente:

—¿Almorzando usted con alguien? — le preguntó.

—Sí, señor. Con su hijo.

—Muy bien.

Desde el día de su regreso, hacía ya una semana, Cristóbal no había visto a Olivia. Sin embargo, Ana le había informado que aquélla parecía sentirse muy satisfecha, y habían acordado almorzar juntos, los tres, esa mañana.

Llegó al hall del Savoy Hotel y vió a Ana que le aguardaba. A su lado estaba Olivia. Pero era ésta una Olivia completamente cambiada. Su cabello lacio había sido ondulado y se pegaba en ondas suaves a su pequeño rostro, que ya no era tosco, sino pálido y empolvado. Sus labios eran de un rosa subido. Tenía puestos un vestido negro y una blusa blanca. Parecía una figurita vivaz e interesante, aunque nada lograría hacerla bonita. Cristóbal la contempló asombrado y Olivia se rió sonrojándose.

Ana, de pie cerca de ellos, leyó la gran verdad en los ojos de Cristóbal. Olivia no era ya una admiración, era una atracción. Y aunque nuevamente la sonrisa se dibujó en los labios de Ana, las sombras de sus ojos se ahondaron.

Durante el almuerzo, el espíritu de Cristóbal se animó más y más. Olivia comprendió que ya no dependía enteramente de él. Sus ojos revoloteaban alrededor del restaurante. La nueva amistad conquistada la libraba de depender exclusivamente de él. Ahora se le ofrecían amplios campos para conquistar. "Y los conquistará — pensó Cristóbal alegremente, — y mejor para ella."

Habló luego Olivia de alquilar un pequeño departamento. Con la pequeña pensión que recibía y el sueldo de su empleo se las podría arreglar. Cristóbal pensó que Olivia era una egoísta.

Después del almuerzo Olivia se fué, porque tenía un compromiso. Al quedar solos, Ana y Cristóbal se miraron, y se sonrieron.

—Para celebrarlo — dijo él — iremos a tomar algo.

Ana estaba pensativa mientras sorbía su licor. Era gracioso el giro que tomaban las cosas. Había querido darle una oportunidad a Olivia, y... Cristóbal se inclinó hacia ella.

—Ana — le dijo con solemnidad. — ¿Quieres casarte conmigo?

—Con mil amores — le contestó ella, sin vacilar, y agregó:— Estoy convencidísima de tu amor, porque, al traer a Olivia y transformarla en una especie de muñequita encantadora, quise probar si la amarías a ella más que a mí, y he visto que no. Francamente, fué la mía una prueba peligrosa, pero la felicidad, Cristóbal, bien se merece cualquier sacrificio.

—Es verdad — fué la respuesta de él; — pero mi sacrificio no es menos grande que el tuyo, pero ahora sólo la muerte nos separará.

Un beso prolongado selló la promesa.

FIN

LOS GASTOS DEBEN...

(Continuación de la pág. 45)

jada de los millones de seres que aún en estos tiempos de depresión viven al márgen de sus recursos. Sin embargo, el más ligero análisis revelaría la tontería y la inutilidad del esfuerzo.

Las mujeres desempeñan un papel cruel en este asunto y entre ellas ninguna más digna de mención que el de la parasitaria, cuyo homenaje y pleitesía al marido se hallan en relación con su capacidad de ganar dinero. Esa mujer, la de ese tipo, es un incentivo casi infalible para el instinto de mejora social de un hombre. Ella azuzará sin descanso al esposo, eternamente descontenta de su poca habilidad para adelantar con rapidez.

Si la actual depresión económica torna ridículo este innoble espectáculo de los hogares en que se vive fuera de los recursos, es de desear que tenga la virtud de terminar para siempre con él, conduciendo a las familias a la senda de la cordura y la corrección.

FIN

La sociedad de Nueva York no aceptaba que


El joven Carlisle, que se enamoró perdidamente de la bailarina

FALTABA poco tiempo para final de curso en la Universidad de Harvard. En su habitación de Nueva York el alumno Allan P. Carlisle intentaba estudiar. Le restaban pocas materias para terminar su bachillerato. Pero ¡qué materias! Pesadas. Terribles. Plúmbeas. Latín y griego, las dos grandes lenguas muertas. ¿A quién podía interesar aquello? ¿Latín y griego? ¡Uff! Allan admitía hasta la filosofía de las matemáticas. El postulado de Euclides era un poema de alta belleza comparado, por ejemplo, con las estulticias de "Las vidas paralelas" o "Edipo, rey".

FRENTE A LOS LIBROS

Se trataba, sin embargo de un estudiante aprovechado, el rubio Allan, con sus ojos azules de soñador y su contextura de atleta. Inteligente, aplicado, anheloso de saber y de progresar. Leía mucho. Le interesaban bastante las cuestiones sociales y sabía que no le quedaba más recurso que apechugar con las dos materias odiadas si quería salir adelante. Lanzando un suspiro, tomó un libro y lo abrió. El "De Bello Gallico"... Pero ni aún la noble mentalidad de Cayo Julio César consiguió interesarlo, pues se apresuró a cerrar el volumen y a tomar otro, que no tardó en abandonar también, exclamando:

—¡De viris illustribus, urbis Roma!... Perfecto. ¡Oh manes de los maestros "ilustres"! A veces me siento inclinado a continuar la obra del gran necio Platón, haciéndola llegar hasta nuestros días. ¡Qué bien quedarían entre sus páginas el señor Bergeret con su birrete de talón de media, el pavo real Bernard Shaw, el albeitar Diderot, el charlatán insoportable Voltaire, el azafate Whitman, Montaigne, eximio maestrociruela, y otra cáfila de seudoeruditos y pescadores en río revuelto que anduvieron por esas calles de Dios!... No; decididamente, no me siento con coraje para afrontarme con todos los majaderos de los prodromos históricos de "los romanos antiguos"... ¡De viris illustribus!... ¿Quién aguanta semejante bodrio?...

Levantóse de la mesa el estudiante. Era noche ya. Encendió la luz, y acercándose a la ventana contempló la calle, animada de gentío en incesante hormigueo. Allan sacó el reloj, y al ver que ya era hora de cenar, se vistió y se encaminó a un restaurante de lujo. Comió solo y poco. Resueltamente estaba de murria. Después de cenar encendió un cigarro y se puso a pensar:

—¿Qué hacer ahora? ¿Un cine? ¿Teatro? ¿Dancing?...

No atinaba a decidirse; difícil le resultaba la elección. De repente, recordó un libro que había estado leyendo el día anterior: "L'Oeuvre", de Zola. El admiraba el genio poderoso de aquel gran escritor, cuya garra vigorosa, garra de genio, aparecía impresa en todas las manifestaciones sociales e intelectuales de la actualidad. Zola era el precursor, aunque ya hasta la misma Francia eterna lo olvidaba. Claro, vívido, surgió el último cuadro amarguísimo de "L'Oeuvre": el hombre de letras afamado tomando del brazo al amigo, volviendo la espalda a la fosa en que quedan con los despojos del pintor todas las ilusiones solares de la juventud y exclamando, velada la voz por las lágrimas quemantes que no asoman a los ojos, con la convicción de lo inevitable:

—¡Vamos a trabajar!...

¡Vamos a trabajar!, proseguía el monólogo de Allan. Sí; esa era la ley, el trabajo, y después..., después..., ¡nada! La vida cumplida. La misión terminada... ¡y la buena madre tierra!... Arrojando el cigarro, Allan se incorporó con resolución, abonó la adición y salió a la calle, murmurando para sí:

—¡Vamos a trabajar!

Llegado a su habitación se dispuso otra vez a bucear en el mar proceloso de los textos. Abrió uno al azar y comenzó a leer:

"¡Canta, oh musa, la cólera de Aquiles!"...

Realizando un poderoso esfuerzo de concentración mental siguió leyendo, a veces corridas, salteadas otras veces, las estrofas inmortales del vate ciego, hasta llegar al pasaje en que se describe la ira del recio atrida:

"La cólera había ennegrecido en derredor su pecho"...

Con grande estrépito, "La Ilíada" fué a pasar a un rincón, mientras Allan rezongaba:

—¡Y todo esto a mí me "ennegrece" el alma!... ¡Oh, Señor! ¿Por qué no seré presidente o ministro de Instrucción Pública? ¡Qué pronto terminaría con todas estas pavadas! ¿Qué hago ahora?

En ese momento llamaron a la puerta:

—¡Adelante! — dijo el joven.

Era la mucama que le traía el diario de la tarde.

—Puede ser que haya algo interesante — exclamó el estudiante tomándolo. — ¡Gracias, Annie!


La expresión del rostro de Romana es grave y bella.



Recorrió la hoja desde los telegramas del exterior hasta los deportes sin encontrar nada que fuera digno de su atención. Por fin se fijó en la sección espectáculos, y leyó:

"Dancing Americano de Broadway. Diez centavos la pieza. "Partenaires" de primer orden. Distinguidas y elegantes. ¡Visite usted el Dancing Americano y saldrá encantado!"

—¡Al diablo los libros por esta noche! Me voy al "Americano". Precisamente, Rodolfo Katzenstein es infaltable; de modo que tendré compañero...

LA CHISPA

Media hora después, en el salón esplendente de luz, en medio de una juventud bulliciosa y distinguida que bailaba, Allan P. Carlisle, hijo y heredero único de Jay F. Carlisle, uno de los más reputados corredores de bolsa del Wall Street, el barrio de los negocios y la alta banca neoyorquina, se

Allan CARLISLE se casara con una bailarina

Hace poco tiempo conmovio a la sociedad neoyorquina el casamiento del joven Allan Carlisle con una bailarina profesional de cabaret. Aun en aquel país en que las "messalliances" son casi elegantes, la aventura de Allan y su gentil Romana Fleming pareció un poco fuerte. Era ya mucho. Se aceptaba que la viuda de Pratt, el rey del petróleo, se casara con un cow-boy, pero la bailarina profesional de un cabaret, que bailaba a razón de diez centavos por pieza... ¡Ah, no!, eso era ya demasiado. El padre y los parientes del joven Carlisle resolvieron intervenir decisiva y enérgicamente en el asunto. Como era lógico, lo primero que se les ocurrió fué "seducir a la bailarina", "sobornarla" para que accediera a un divorcio. Grave error. La bailarina fué muy atenta, muy cortés, pero rechazó los más tentadores ofrecimientos. Allan también se mostró inconmovible, y, ante la inutilidad de sus esfuerzos, su acaudalado progenitor se marchó a Europa con el resto de la familia, dejando a la joven pareja que se las arreglara como le fuera posible. Ellos se proponen triunfar. Cuentan con tres poderosos factores en la lucha que han emprendido: ¡juventud, belleza y amor!

Una nota de *EVERY TEMPLE*

inclinaba ante Romana Fleming, bella rubia platinada y bailarina profesional de la casa, y le presentaba el brazo, invitándola:

—¡Vamos a bailar!

Ella fijó sus ojos verdosos, de brillo opalescente, en los azules de él, profundos como mares. Chocaron las dos miradas. Juveniles. Llenas de vida (él y ella "apenas veinte años tenían"). Chocaron... Parecieron besarse en el aire. El sonreía. Ella se levantó y moduló apenas:

—¡Vamos!

Y así comenzó el idilio... Romana y Allan bailaron una, dos, tres, diez piezas seguidas. El la invitó a tomar algo. Se sentaron a una mesa, pidieron ginge-ale, y hablaron... Hablaron; porque hasta entonces no habían hecho más que bailar y bailar. Mientras hablaban se acercó un empleado de la casa y colocó sobre la mesa una copa de plata y oro.

—¿Qué es esto? — preguntó Allan.

—¡El premio, señor!

—¿Qué premio? ¡No entiendo!...

Romana posó una mano sobre el brazo de su compañero y éste la miró, y luego, volviéndose al empleado le tendió la mano, y muy disimulado en la palma, un billete de diez dólares. El hombre se retiro y el joven interrogó a su compañera:

—¿Quiere usted explicarme, gentil amiga, el significado de esto?

Ella, ruborizada, titubeó para contestar. Acostumbrada al trato perpetuo con individuos del sexo opuesto, se sentía ahora cohibida ante este joven, este niño, tan hermoso y tan simpático. Pudo, por fin, expresarse:

—Este..., yo..., no recordé. ¡Y le juro que bailé sin tenerlo presente! Ni siquiera me daba cuenta de que estaba bailando... Sabe; es que hoy había un concurso de baile, de jazz y valses. El premio es esta copa y... parece que hemos ganado nosotros.

—¡Famoso!—exclamó Allan batiendo palmas. — No me es posible, porque no se les ocurre tolerarlo en Wáshington, llenar esta copa de rubio champaña, como se lo merece y el caso epecialísimo lo requiere. Nunca hubiera estado más justamente escanciado el rutilante vino de Francia. Pero ya que nos lo vedan, reemplacémoslo con... ginge-ale. Es un sacrilegio, pero tal vez algún día yo pueda ser presidente de los Estados Unidos y mi primer acto oficial será exonerar, "per in eternum", de derechos aduaneros y toda gabela al más noble de los licores, el de los reyes, de los potentados, del amor y la poesía...

Un mozo se acercó discretamente, y preguntó:

—¿Llamaba el señor?...

Allan señaló las botellas:

—Otra más, ordenó.

El mozo se inclinó, y a poco regresó trayendo una botella de cuyo contenido procedió a llenar la copa de metal, retirándose discreta y silenciosamente. Romana tomó la copa y se la tendió a su amigo.

—¡No—exclamó él. — usted primero!

Entonces ella la levantó en alto y rehuyendo los ojos de él, susurró:

—¡To you! (¡Por usted!)

—¿Cómo? No entendí bien.

—¡Oh, nada! "¡A vous!"

El tomó a su vez la copa y brindó:

—¡Por la dueña de mi corazón!

Apenas el líquido hubo mojado sus labios, bajó la copa con presteza... ¡Aquello era champaña, bueno, legítimo!

—Y esto? ¿"Speakeasy"? — indagó.

— No—explicó Romana. — Una costumbre galante de la casa: media botellita para la pareja ganadora, pero no se cobra ni se expende al público.

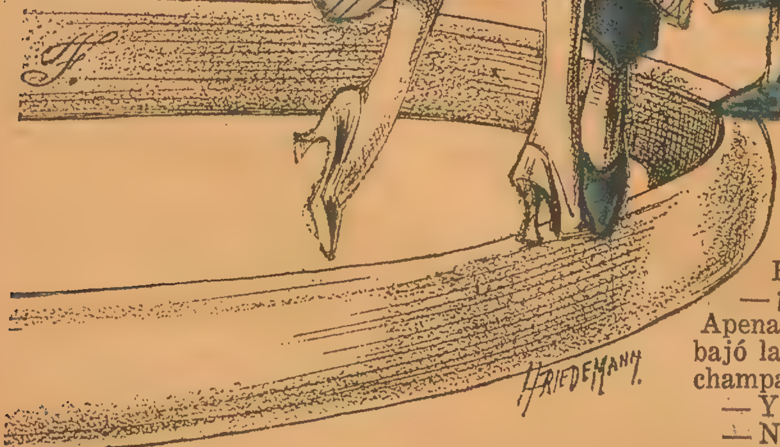
—Bien; acepto la galantería, pero usted, a su vez, amiga aceptará ser depositaria de la copa, de "nuestra copa".

De todas las mesas, de todo el vasto recinto del "dancing" las miradas convergían sobre "aquella pareja", que permanecía embebida en su conversación, ajena a todo lo que la rodeaba, sentada a su mesa. Cada vez que la orquesta finalizaba una pieza se acercaba a Allan el cobrador de la casa y él le entregaba una ficha de diez centavos oro, porque permanecer sentado con una de las bailarinas profesionales costaba tanto como el derecho a bailar con ella un foxtrot, un tango, maxixa o valse.

El hijo del bolsista millonario entregaba las fichas con movimiento automático. Se le terminaron y corrió a buscar más para seguir charlando con Romana Fleming, quien había llegado pocos meses atrás a Broadway desde Greensburg, en el estado de Pensilvania.



Serena, fría, desdeñó los ofrecimientos de su suegro.



En la noche de bodas ella bailó en el "cabaret" y él en una fiesta de rango.

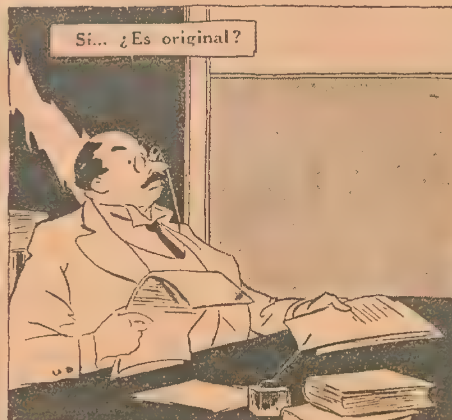
EL IDILIO

Noche a noche, mientras permaneció en Nueva York, visitó el "dancing", bailó poco y conversó mucho, mucho con su nueva amiga.

Llegó el momento de la separación; Allan

LAS AVENTURAS DE CHOCHA







debía regresar a Harvard. Se acercaban los exámenes. Se despidieron jurándose amor eterno.

Al enamorado estudiante le resultaron pesados los textos, vacíos y necios como nunca. Apenas si logró ser aprobado con el mínimo de clasificación requerido. En cambio, todos los días le escribía a su bien amada epístolas inflamadas, apasionadas, las viejas epístolas de todos los amantes, desde Salomón el sabio y perfecto amador hasta nuestros días. Todos los fines de semana y días de fiesta la visitaba. Nada dijo a sus padres. Temía que no comprendieran bien la situación y hasta pretendieran hacerle cortar las relaciones con su rubia bailarina. Eran un poco estrechos de miras y de criterio anticuado sus progenitores. Por lo demás, no podía ser de otro modo si se considera que vivían en un departamento "de luxe" de uno de los hoteles más exclusivistas de Nueva York.

¿Y Romana?... La bailarina vivía siempre pensando en su "rubio buen mozo de Harward". Le hablaba constantemente de él a su hermana Elena Emerson Fleming, quien también era bailarina profesional del "dancing" de Broadway.

No encontraba nada de raro Elena en el idilio de Cenicienta de su hermana. La clientela del "Americano" se componía casi exclusivamente de estudiantes y hombres de fortuna. ¿Por qué, pues, Allan Carlisle no podía enamorarse de su hermana? Era lo más natural.

Se cerraron las clases y principiaron las vacaciones. Una noche, a la una de la mañana, Allán penetró al salón y le dijo a Romana:

—Ven, querida. Tengo un auto a la puerta. Vamos a casarnos.

—Pero, ¿qué va a decir tu familia?

—No se lo diremos hasta que sea un hecho, y entonces pueden decir lo que les dé la gana.

—Espera que busque mi abrigo y me ponga el sombrero. Soy contigo en seguida.

Y así, en aquella fría noche marcharon por los caminos endurecidos de escarcha hasta Greenwich, pueblo del estado de Connecticut. El encargado del Registro Civil, perturbado en lo mejor del sueño, les informó que de acuerdo con las leyes del Estado era necesario que probaran una residencia de cinco días para que se pudiera efectuar el enlace.

—Nos casaremos en alguna forma —declaró Allan,— aunque tengamos que ir hasta la China para conseguirlo.

Tomaron otro taxímetro y se dirigieron a Puerto Chester. Rayaba el día. Se encaminaron a la casa de un pastor protestante, a quien hicieron salir de la cama, y que accedió a casarlos. La esposa del pastor y el conductor del taxi sirvieron como testigos.

A la noche siguiente la novel y bella esposa Romana Fleming Carlisle volvió a su ocupación habitual, a bailar a diez centavos la pieza.

—¿Qué podía hacer? —le decía a su hermana Elena. —Allan fué a una fiesta social en Park Avenue y yo no quise quedarme sola en mi primer noche de casada.

Terminados los meses de asueto, Allan regresó a Harvard. Ya era bachiller, pero ahora comenzaría los estudios de derecho: la introducción e historia; el "jus civile" y "jus gentium", etc. Romana continuó sus actividades coreográficas. Eso no le resultaba particularmente grato al esposo, pero aún no se había atrevido a revelarles a sus padres lo del casamiento secreto. Por fin se resolvió a hacerlo. El anuncio sensacional no causó tan tan mala impresión.

—Trae a la muchacha a vernos. Deseamos conocerla, le informaron a Allan.

Por eso a la noche siguiente, en lugar de bailar "a diez centavos por pieza", la joven señora de Carlisle se hallaba sentada en un saloncito del lujoso hotel en animada conversación con los padres de su esposo.

Refiriéndole las incidencias de la visita, le dijo a su hermana Elena:

—Se mostraron muy atentos y gentiles, pero...

Ese pero encerraba un mundo de sugerencias. Pero... pertenecían a otra raza. Pero... no se entenderían jamás... Pero... nunca podría haber nada común entre ellos.

LA LUCHA POR LA VIDA Y LA FELICIDAD

Allan no regresó a Harvard. Hizo que Romana renunciara al baile.

—Voy a trabajar —dijo.— Quiero mantener a mi mujer como debe hacerlo todo hombre.

Tomaron un departamentito de dos piezas en Greenwich. A Allan se le dió una pequeña pensión. Cualquiera que fuera la opinión de su familia sobre la aventura matrimonial, no querían que padeciera hambre.

Cierta mañana "el señor Carlisle" visitó a su nuera. Allan se hallaba ausente. Andaba a la caza de un empleo. El fuerte capitalista le rogó a Romana que renunciara a su hijo.

—Me ofreció —dijo después ella— una suma de dinero mucho mayor que la que jamás pueda reunir una bailarina para que consintiera en divorciarme. Me ofreció pagarme el viaje a Reno y todos los gastos, comprometiéndose a llevar a Allan a Europa.

La ex bailarina rechazó la oferta. Pocos días después los Carlisle mayores se embarcaron para Montecarlo, dejando a la amartelada pareja que se las arreglara como le fuera posible. Allan se mantuvo firme en sus trece: su esposa había de continuar a su lado y él proveería a las necesidades del modesto hogar que habían formado.

—Tengo que conseguirme una colocación —aseguró.— De cualquier clase. La cuestión es trabajar.

Romana declara:

—Soy la mujer más feliz del mundo. Cuando aquel estudiante rubio me invitó a bailar por primera vez, jamás pasó por mi imaginación la idea de que solicitaría mi mano.

"Naturalmente, nunca me preocupé del aspecto financiero del asunto. He comprendido que ser hijo o pariente de millonario puede ser molesto en extremo y hasta una cortapisa en la vida. Por eso yo también me propongo trabajar para ayudar a Allan. Tengo fe en el porvenir; somos jóvenes y triunfaremos.

Allan se manifestó muy feliz de haberse casado con una joven pobre en lugar de una de la alta sociedad.

—He frecuentado los mejores salones neoyorquinos por derecho propio. He tratado a muchas jóvenes pertenecientes a las mejores familias y las he encontrado invariablemente tontas y artificiosas. Romana no es como ellas. No bebe ni fuma y se siente completamente feliz y satisfecha en nuestro humilde departamento.

La hermana de la Cenicienta continúa prestando sus servicios profesionales en el "dancing" de Broadway, y muy tranquilamente dice:

—Supongamos que sea cierto que Romana se casó con el hijo de un millonario. ¿Qué tiene eso de extraño? Para las jóvenes que quieren casarse bien, nada mejor que los "dancings". Yo trabo relación con novecientos hombres por semana, más o menos. Los hay de todas las clases sociales y me he permitido el lujo de rechazar propuestas matrimoniales de un par de millonarios.

FIN

MOTIVO DECORATIVO
para LAMPARA *de* PIE

Cada día que pasa las labores decorativas van adquiriendo mayor difusión dentro del hogar, y van respondiendo más ampliamente a los gustos modernos de toda ama de casa.

En efecto, todos estos trabajos manuales aplicados a las artes decorativas, más que un trabajo significa una distracción, y es un poderoso auxiliar del sentimiento artístico que alienta en cada uno. Si bien hasta hace muy poco este sentimiento se manifestaba en el momento de adquirir en un bazar el objeto de más novedosa factura, en la actualidad tiene manifestaciones más positivas, ya que esas mismas personas procuran confeccionar por sí mismas los objetos de adorno que creen más indispensables para el confort de sus habitaciones particulares, a un precio, desde luego, muchísimo más reducido, y, además, con el valor inapreciable de ser obra de sus propias manos.

Deseosos nosotros de colaborar con estas personas de tan delicado espíritu artístico, publicamos en estas páginas labores de diferentes órdenes, dando de cada una de ellas una explicación que permita guiarse fácilmente en la realización de las mismas. La labor que hoy ofrecemos consiste en un velador que puede confeccionarse aprovechando como pie cualquier palo torneado ya sin uso, teniendo especial cuidado en aplicar el decorado en la parte que mejor ofrezca. Por falta de espacio publicamos sólo la mitad, tanto del plano como de la pantalla; pero como de ésta es necesarto sacar un calco en papel transparente, al hacerlo dése vuelta al calco sobre su centro y entonces dará la figura completa.

La pantalla puede ejecutarse en pergamino y hasta en papel de oficio, si previamente se baña con té frío, lo que le dará el tono general del pergamino.

Una vez seco, se dibuja el calco y se coloca, según el gusto y los conocimientos que posea el ejecutante. Para los que no tienen nociones de pintura, les conviene copiar los colores que nosotros damos en el modelo.

Si se deseara hacer la pantalla en seda, habría que hacer una armazón de alambre, pudiendo adaptarse este mismo modelo, conservando los tonos fuertes y suaves en la realización del trabajo.

Creemos que no resultará tarea difícil confeccionar esta novedosa lámpara de pie, ya que su escaso costo convida a decidirse a ejecutarla.



PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LOS ESPARRAGOS

Tiene usted razón. Los espárragos se recomiendan mucho para las enfermedades de las vías urinarias. En el caso a que usted se refiere puede recurrir a la raíz de los espárragos, tomada en tisanas.

Cdo. a "E. M. T.", de Bahía Blanca.

◇◇◇

LAS CICATRICES

Contra lo que algunos creen, las cicatrices ocasionadas por las quemaduras pueden hacerse desaparecer. Para ello basta con untar la parte quemada con esencia de menta piperita.

Cdo. a "Excelencia", de Villa Cañás.

◇◇◇

INFUSION LAXANTE

He aquí la receta de la infusión laxante que nos solicita en su carta.

Infusión de hojas de sen, concentrada	15,0: 155,0
Sulfato de magnesia	45,0

Debe tomarse a razón de una cucharada cada dos horas.

Cdo. a "Iris", de Luján.

DESDE QUE VIENEN AL MUNDO, LOS NIÑOS EXIGEN LA MAYOR ATENCION.

LA TINTURA DE YODO

Como se sabe, la tintura de yodo es un compuesto de yodo y alcohol. Cuando se ha evaporado una parte del alcohol, el tal compuesto corre el riesgo de volverse cáustico. En este caso se impone la necesidad de adquirir una nueva provisión o, en su defecto, hacer uso de la tintura, rebajada. Para ello basta con agregar a aquélla una cantidad, por lo menos, doble de alcohol de 90.0, sobre todo, si ella ha de emplearse sobre la piel de los niños, tan sensible.

La tintura así rebajada es muy buena para todo género de aplicaciones, aun para usarla sobre llagas vivas, sin peligros ni dolores. Unicamente es perjudicial, por obrar demasiado enérgicamente sobre los tejidos, cuando, como hemos indicado, se le ha evaporado el alcohol.

Cdo. a "Ursula M. de S.", de Coronel Dorrego)

◇◇

CONTRA LOS SABAÑONES

A pesar de habernos ocupado ya de los sabañones, indicando una receta para combatirlos, no tenemos inconvenientes en volver a ocuparnos de lo mismo, dándole dos recetas para cuando necesite usarlas.

La primera es para cuando se trata de sabañones incipientes, y se trata del siguiente preparado:

Alumbre	4 gramos
Alcohol alcanforado	200 "
Vinagre aromático	200 "

Se disuelve el alumbre en la mezcla líquida y se aplica sobre la parte afectada, al levantarse y al acostarse.

La otra receta a que nos hemos referido consiste en lo siguiente:

Alcanfor	2,5 gramos
Yodo	5 "
Aceite de oliva	50 "
Parafina	45 "
Alcohol, la cantidad suficiente.	

Debe disolverse el alcanfor en el aceite y el yodo en la menor cantidad posible de alcohol; luego se mezclan ambos líquidos y se le agrega la parafina fundida; finalmente se moldea en cilindritos.

Cdo. a "Señora Petrona", de Gualeguay.

Los NIÑOS que FUMAN



Es frecuente ver niños de escasa edad con el cigarrillo en la boca, algunas veces a escondidas de los padres y otras veces con la absoluta indiferencia de éstos.

Sabiendo todos cuán peligroso es el cigarrillo, no digamos para los niños, sino también para los mayores, no puede concebirse mayor desatino que ese de permitir fumar a un niño.

Muchas veces estos niños que ya fuman no tienen la culpa de ello, sino que la tienen los mayores, que se lo toleran y algunas veces hasta se lo estimulan.

En efecto, es cosa corriente que, como una gracia, un mayor dé a un niño un cigarrillo para ver cómo fuma o por el gusto de verle hacer visajes a causa del fuerte olor o del humo. Si bien muchos niños tiran el cigarrillo con asco, otros, por hacerse los valientes, siguen fumándolo, y de aquí que, hoy un poquito y mañana otro poquito, van adquiriendo ese vicio tan feo y tan peligroso para la salud de las personas.

Somos de opinión que toda persona que ve a un niño fumar debería arrancarle el cibarrillo de la boca y darle una reprimenda o amenazarle seriamente. Esto lo agradecerían muchos padres que a pesar de desvelarse por la crianza y la educación de sus hijos no sospechan que éstos, a escondidas, fuman, y lo que es peor, cigarrillos de la más detestable calidad.

LA LACTANCIA NATURAL

Un reputado médico argentino ha dicho en cierta ocasión, y por cierto que con mucha razón, "que la lactancia natural, al seno, no puede ser reemplazada de ninguna manera. Ningún médico se atrevería a contradecir este axioma".

Por espacio de algún tiempo, hace de esto ya varios años, fué creencia casi general que la leche de vaca, perfectamente esterilizada, podría llegar a substituir la leche de mujer en lo que se refiere a alimentación, pero los fracasos han demostrado, quizá demasiado tarde, que la tal creencia no podía ser más equivocada.

Tanto la leche esterilizada como los muchos preparados de leche maternizada, constituyen, sin duda, un gran progreso en lo que se refiere a higiene, pero no pueden de ningún modo ser parangonados a la leche materna.

Así, pues, de poder obtener los servicios de una buena nodriza, no debe desecharlos.

Cdo. a "Josefina", de Colón (E. Ríos).

◇◇◇

LACTANCIA ARTIFICIAL

En los casos de lactancia artificial, las cosas que deben vigilarse más son el peso y las deposiciones del niño criado por este medio.

Es verdad que el niño no aumenta de peso en la forma normal que aumenta uno criado al pecho materno, ya que a menudo tiene acrecentamientos rápidos y luego estacionamientos, y aun descensos pasajeros, pero no es menos cierto que su peso debe ir lo más parejo posible con el de un niño criado a pecho normal. Para no desorientarse con estas alternativas, lo más conveniente es pesar a los niños criados artificialmente, una vez por semana.

En cuanto a las deposiciones de estos niños, no tienen los caracteres que las del criado naturalmente. Casi siempre se nota en ellas una tendencia a la constipación. No obran espontáneamente todos los días, y si lo hacen con frecuencia, expulsan, no sin alguna dificultad, una materia pastosa bastante dura y seca, de color amarillo pálido, o más bien gris.

Tenga en cuenta esto que le decimos para no extrañarse que su niño no haga las tres o cuatro deposiciones untuosas, de color amarillo oro, de los niños criados con lactancia natural.

Por lo demás, no se alarme, que ninguna de estas "anormalidades" suelen ser síntoma de enfermedad, aunque como le decimos al principio, tales cosas deben vigilarse mucho.

Cdo. a "Paulina F. de M.", de Azul.

UNO DE LOS PERIODOS MAS DELICADOS DE LA INFANCIA ES EL DE LA DENTICION.

◇◇◇

LOS NIÑOS IRASCIBLES

Si su nene es tan irascible, es menester que lo cuide mucho y no lo castigue por culpa de sus otros hermanitos, pues en un ímpetu nervioso es capaz de agredirlos y lastimarlos.

Esas amenazas de que a tal o cual hermanito le va a hacer esto y aquello, dicho en esos momentos de rabia, no lo cumplirá, seguramente, pero ¿y si lo cumpliera? Por su parte procure no excitar más sus nervios y hágalo ver por un médico, el cual podrá recetarle lo que más le convendría para calmar sus excitaciones, que, repetimos, son de orden nervioso.

Cdo. a "Emira", de Justo Daract.

El FRIO es TRAIDOR: Abrigue BIEN a sus NIÑOS



Coloque sus ahorros ventajosamente

• •

- En cualquier banco o sucursal de correos compre títulos del Empréstito Patriótico.
- Un título de $ 100 m/n., le costará $ 90 m/n. en efectivo.
- Cada tres meses percibirá $ 1.50 m/n., de interés o sea el 6.67 por ciento anual.
- Anualmente se efectuarán sorteos para la amortización del Empréstito. Si el número de su título resultara favorecido, se le reembolsará íntegramente su valor, o sea $ 100 m/n.
- Si llegase a tener una necesidad apremiante, cualquier Banco le acordará un préstamo contra depósito de su título.
- Tanto su capital como su renta estarán exentos de impuestos presentes y futuros.
- Ningún otro título ofrece mayores ventajas; por tanto es esta

la mejor inversión de sus ahorros.

• •

Compre hoy mismo títulos del

EMPRESTITO PATRIOTICO

COMISION NACIONAL HONORARIA DE PROPAGANDA

ESPACIO CEDIDO POR "MUNDO ARGENTINO"

BONITOS y *variados* ABRIGOS

1. — Saco en paño azul marino. Las incrustaciones cortadas forman los bolsillos y le dan amplitud a la pollera. Cuello de petit-gris.

2. — Abrigo en lana, adornado con tablas. Los botones están forrados del mismo género. Cuello de conejo.

3. — Bonito tapado en lanilla rosa viejo. El cuello de armiño va anudado en forma de écharpe.

4. — Tapado en velours gris, adornado con cortes y tiras de conejo blanco en el cuello, mangas y borde del saco.

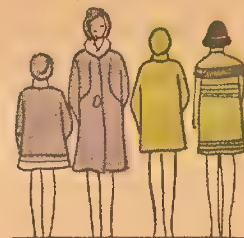
5. — Encantador saco en drapella blue-violeta con un pequeño bolero. Cuello y puños de piel gris.

6. — Saco en velours de lana verde. Pequeñas nervaduras adornan los hombros, los bolsillos y los puños. Cuello de piel blanco.

7. — Gracioso tapado en lana verde con pelerina drapeada; ésta y los puños van adornados con murmel.







8. — Bonito abrigo en género de lana beige con pelerina bordada en festón. El cuello se cierra con dos botones.

9. — Saco en lana verde claro. El cuello y los puños de loutre. Va adornado con botones fantasía.



de INVIERNO para NIÑAS



10. — *Tapado en velours de lana ladrillo, adornado con galones de seda negra. Cuello y puños de piel negra.*

11. — *Bonito tapado en género de lana verde adornado con grupos de tablas. Puños y cuello en forma de écharpe, de piel.*

12. — *Saco en marocain de lana beige rosa. Pelerina con pliegues pespunteados. Cuello de petit-gris.*

13. — *Encantador abrigo en paño, adornado con botones forrados del mismo género y cuello y puños de astracán gris.*

14. — *Tapado muy práctico en lana azul violeta. El cuello y los puños en piel beige.*

15. — *Bonito abrigo en reps de lana verde. El cinturón lleva un botón fantasía. Cuello y puños de nutria.*

16. — *Saco para niñita en lanilla verde con cortes pespunteados. El cuello y adorno de los puños en piel marrón claro.*



17. — *Novedoso saco en velours de lana beige claro. El cuello y los puños de loutre terminan en punta. Botones de la misma piel.*

18. — *Bonito tapado en tweed jaspeado blue, incrustado con una banda bordeada de dientes. Cuello de loutre.*



LA CIENCIA DE PREGUNTAR

GALANTE. — En el calendario francés revolucionario, cada día, el año recibía el nombre de una actividad agrícola, de una producción de la tierra, de una herramienta o instrumento del agro, de un animal doméstico, etc.

● ●

ANTONIO O. ALVAREZ. — Consulte los avisos de ese ramo. Lamentamos no poder facilitarle las direcciones que nos solicita, por no estar dentro de la índole de esta página

● ●

ASPIRANTE A PARTERO. (Pigüé). — Lamentamos no poder facilitarle la dirección que nos solicita, porque ello no está dentro de los propósitos de esta sección. No creemos en la eficacia de ese sistema de estudios a que se refiere. Los títulos que otorgan las academias, especializadas en la enseñanza que uste piensa adoptar, no tienen valor oficial alguno, a los efectos del ejercicio legal de la profesión.

● ●



Nordenskjold, el célebre naturalista y geógrafo.

DOS CONTRA DOS. — Nordenskjold, el naturalista y geógrafo, cuyo nombre es Nils Adolfo Erico, nació en Helsingfors y falleció en Estocolmo.

● ●

DINA. PEHUAJO. — La crema para budines se prepara en la siguiente forma: Se pone a cocer una taza de leche, otra de azúcar y una cucharada de maicena; se revuelve todo hasta que se espese, y antes de sacarlo se le ponen una cucharada de manteca y dos de coñac.

● ●

J. M. C. — Efectivamente, la respuesta destinada a "J. C.", en "Versos que no se publicarán", se refiere a usted.

● ●

EL PORTEÑO. — Los diarios de sesiones de las cámaras de diputados o de senadores se publican cada vez que hay sesión. No tiene objeto su publicación si no fuese así, pues su mismo nombre indica la naturaleza de sus propósitos. Puede usted dirigirse a la Comisaría de la Cámara de Diputados o Senadores en procura del otro dato que nos solicita.

● ●

AFLIGIDA. — Dice usted que alimenta muy bien a esas gallinas ponedoras y que no encuentra la razón por qué, de un tiempo a esta parte, ponen tan poco. Usted no debe ignorar que las gallinas tienen sus épocas en que ponen más. Pero, como eso no parece ser el motivo del fracaso que usted anota, le advertimos que el exceso de alimentación puede serlo. Las gallinas ponedoras no deben ser ni muy flacas ni muy gordas, para que pongan regularmente.



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

CAMILA, DORITA Y OTRAS. — Las personas nacidas en el mes de octubre deben tener mucho cuidado con sus amigos. Gozarán de salud excelente y tendrán suerte en el amor, si a esto se le llama no sufrir contrariedades. Claro está que este horóscopo está sujeto a continuas rectificaciones por parte del destino de los millones de seres nacidos, durante este mes.

● ●

22 ABRILES. CASILDA. — El color azul es el más conveniente para traje de hombre, si se trata de elegir uno determinado. Puede optar por el gris obscuro, también. En cuanto a cuál es la hechura que más se usa, le diremos que están de moda los modelos americanos.

● ●

ESTUDIANTE. — El defecto a que usted se refiere suele atenuarse, cuando no corregirse del todo, con ejercicios frecuentes y metódicos, de vocalización y fonética.

● ●



El "Titanic", en el momento de hundirse.

VER PARA CREER. — El plomo que produce el país, principalmente en la zona entre Jujuy y La Quiaca, alcanza para cubrir del 65 al 70 % del total del consumo nacional.

● ●

ALMAVIVA. BAJO BELGRANO. — El "Titanic" se hundió al chocar contra un iceberg, el 12 de abril de 1912.

● ●

DESCONFIADO. — Certificado y bajo el rol de "Carta con valor declarado" puede usted enviar billetes de banco.

ANGEL CAIDO. — Está usted equivocado. En esta misma página nos referimos al mosquito, en la respuesta destinada a "Lector de Mundo Argentino". Gross, en su "Zoología": "Insectos", afirma (no ha descubierto el paraguas, pero preferimos, naturalmente, que opine él, que es un erudito): "Entre todas las clases de animales que existen en la actualidad, la de los insectos es la más rica en especies y la que presenta mayor cantidad de formas. Se calcula en 300.000 el número de especies animales hasta ahora descritas, de las cuales pertenecen a la clase de los insectos 250.000 aproximadamente, es decir, más de las cuatro quintas partes del total. Los insectos están repartidos por todo el planeta, faltando únicamente en aquellos países en que la vida animal es absolutamente imposible. Los países tropicales son, desde luego, los que sustentan mayor número de especies, pero también entre las nieves y hielos de las tierras polares habitan algunos representantes de la clase. En las comarcas montañosas alcanzan los insectos alturas a las que no llegan, en general, los demás animales, pues viven incluso por encima del límite de las nieves perpetuas." Esto en lo que respecta al concreto de su pregunta. La ampliamos con palabras también de Gross: "También las cavernas y galerías subterráneas están, de ordinario, pobladas por diversas especies de insectos. Existen, asimismo, insectos que se instalan en las mismas viviendas del hombre y de los animales domésticos, siendo en general, huéspedes muy molestos para unos y otros. Diseminados por todos los mares hállanse insectos, habitantes de las más pequeñas y apartadas islas.

● ●

LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". — Muchas gracias por sus benévolos juicios. En cuanto a su pregunta, le diremos que los "tipúlidos" son los mosquitos más grandes de esta familia de insectos. Ponen sus larvas en la tierra o en las partes tiernas de las plantas.

● ●

PARROQUIANOS DE LA A... — En el póker de cuatro, el color mata al foul.

EL ARTE DE CONTESTAR

ARABECRIOLLO. — Evacuamos su consulta sobre la vegetación de "La Puna", transcribiéndole el cuadro que, de la misma, presenta un perito en la materia: el geógrafo Franz Kühn. Dice así: "En "La Puna" como en todas las altas montañas de la zona seca, los vegetales encuentran condiciones especialmente desfavorables (sequedad, frío, suelo pedregoso), de modo que sólo pueden prosperar allí, plantas bien preparadas para luchar contra un ambiente precario. Sin embargo, la vegetación llega hasta alturas de casi 5.000 metros, aunque naturalmente, no en asociación densa ni con individuos muy vistosos. Son gramíneas duras, arbustitos enanos y plantas en forma de cojín con troncos subterráneos; también la forma de la roseta apretada al suelo es frecuente. La "yareta" (azorella), la "añagua" (adesmia trijuga), el pasto "ichu" (stipa ichu) son representantes característicos de esa formación andina o de la puna. En lugares de mayor humedad hay matorrales de arbustos como la "tola" (lepidophyllum quadrangulare) o de la "chuquiragua". Por lo general, la vegetación es tan rala y pobre, que no alcanza a borrar la impresión de que esas faldas y cumbres pedregosas, sean otra cosa que rocas peladas."



El tapir, el más grande de los mamíferos de nuestro país.

AMD. ADOLF. — Creemos haber respondido ya a una consulta análoga. El mamífero más grande del país es el tapir.

● ●

C. DE URUGUAY. — No sabiendo de qué dolencia se trata, lamentamos no poder anticiparle ninguna promesa, opinión, ni informe.

● ●

MESA DE CUATRO. — Si usted cantó real envido y su contrario cantó 10 reales envidos, al aceptar usted el reto y perder, su contrario se anota 33 tantos, es decir, 30 de sus 10 reales envidos y tres por el que usted echó.

● ●

CASTRO. — No podríamos precisarle, con la premura que usted solicita el dato, una cifra exactísima, pero sí afirmarle que los grandes establecimientos frigoríficos y saladeros suman cerca de 30, en todo el país.

● ●

NATURALISTA DE 15 AÑOS. — Las regiones de la República Argentina donde más abunda el oso hormiguero es la subtropical, es decir, Misiones y Chaco, que es también donde alcanza su mayor tamaño medio (2.50 metros de largo, aproximadamente).

LECTOR ATENTO. — No es la primera vez que llegá a nuestros oídos esa información o comentario, de que el Danubio recorre, en sus tres mil kilómetros y pico de extensión, regiones donde se hablan cincuenta y dos idiomas diferentes. Es muy difícil comprobar la veracidad de esa información. Además, quizá, con demasiado optimismo, se incluya en el vocablo "idiomas" los dialectos y subdialectos que, efectivamente, abundan en Europa.

● ●

RASTREADOR. — Los naipes y barajas viejos se limpian con una pasta compuesta de 10 gramos de cera virgen rallada, 6 gramos de tolueno, 6 gramos de bencina y 4 de acetona. Con un poco de esta mezcla y con un trapito se frota el anverso y reverso de los naipes hasta que desaparezca la suciedad. Se enjugan luego con un lienzo seco y se termina repasándolos con un poco de talco. Si usted tiene una buena cantidad de naipes viejos, la operación puede convenirle. Si se trata de limpiar uno o dos mazos, es preferible que los compre nuevos...

● ●

ORQUIDEA SALVAJE.— Como no sabemos a quién ni adónde ni por qué debe presentar esa colección de productos santiagueños, no podemos, y lo lamentamos, indicarle a quién o adónde debe dirigirse.

● ●

ADMIRADORA DE DELMIRA AGUSTINI. — Los nacidos en noviembre, que se dedican a la música como usted, no tendrán oportunidad de ganar mucho dinero. Lo que le vamos a afirmar, de acuerdo con los consejos de los horóscopos para las personas nacidas en este mes, entre los años 1902 y 1905, es algo verdaderamente desconsolador: que deberá dejar sus aficiones artísticas, si ellas no están bien arraigadas y carece de excepcionales condiciones para ellas, por otro arte u oficio más lucrativo.

● ●

S. J. ROSARIO DE SANTA FE. — Para fortificar las encías se recomienda hacer buches de agua fría, en la que se haya vertido unas cuantas gotas de tintura de yodo. Esta operación debe hacerse todas las mañanas y todas las noches durante mucho tiempo, para que dé los resultados apetecidos.

● ●

DOCTOR GUIDO J. BLOTTI. — Las dos preguntas a que se refiere serán satisfechas oportunamente. En cuanto a los fundamentos que usted dió para que se le diese el nombre de Mariano Moreno a esa biblioteca nos parecen sumamente justos y acertados. Si es nuestra opinión lo que usted requería, ahí la tiene, pues.

● ●

BERTA F. LA MOSCA. — Usted no puede impedir que, a horas prudenciales, ese vecino toque el piano, por el hecho de que haya muerto un miembro de su familia, aunque ambos vivan en la misma casa, pues no le liga con usted parentesco alguno, y, además, tiene derechos adquiridos, como inquilino, que usted no puede lógicamente discutirle.

¡Hola!...
¿Con quién hablo?



María Luisa. — No te puedes imaginar la risa que me causó.
Esther. — Me imagino; no es para menos.
María Luisa. — ¡Lo que son los compromisos, hijita!
Esther. — Pero ¿por qué la invitaron?
María Luisa. — Porque el doctor Espaguetti se compromete con Julita.
Esther. — ¿Qué me decís?
María Luisa. — Parece que la señora de Rosales estaba veraneando con Julita en Mar del Plata, y conocieron en el hotel al médico ése. La señora de Rosales, como supondrás, les tiró el anzuelo a los millones, dejando de lado la aristocracia, y se inició el idilio.
Esther. — ¿Y Julita gustosa?
María Luisa. — Gustosa o no, llevó adelante los acontecimientos, y están en vísperas de compromiso.
Esther. — ¿Qué tal es el tipo?
María Luisa. — En honor a la verdad, te diré que es bien parecido, se arregla a la moda, es educado, y, sobre todo, hijita, son millones. Lo ridículo, como te decía al principio, es la hermanita. Llegó al salón de la señora de Rosales tan cohibida, tan apocada, que era para soltarle la carcajada.
Esther. — ¡Qué querés, che; yo ni con millones me engancharía llamándose Espaguetti! No creo que Julita le sea fiel por mucho tiempo. Y hablando de otra cosa, ¿vas al té de lo de Lozano?
María Luisa. — Claro que sí.
Esther. — Bueno; entonces hasta la tarde, y guarda con los Espaguetti, que abundan.
María Luisa. — No tengas cuidado.

. . . .

Julita. — Temo mucho. ¡La gente es tan mala!
María Luisa. — ¡Qué esperanza, querida! Yo he oído comentarios muy favorables al respecto. Tu novio produce buena impresión. Y nadie sería capaz de pensar que lo haces por su dinero.
Julita. — Tú eres muy buena..., pero las demás... Al principio, no creí posible enamorarme de un Espaguetti. Criada como todas nosotras, encastillada en mi distinción..., y hasta te aseguro que pensé en los millones; pero Raúl me ha cambiado. Te aseguro que tengo otra alma, siento y pienso de otro modo. Raúl tiene la aristocracia de su corazón, que vale más. ¡Cásate por amor, María Luisa! ¡Verás qué lindo es querer! Y tú, que hablaste con la hermanita, ¿qué te pareció?
María Luisa. — Monísima. Cuando tú llamaste, hablaba precisamente de eso con Esthercita Lozano. Muy callada, muy tímida, pero de una gran simpatía.
Julita. — La pobrecita estaba algo cohibida en casa, pero yo que la conozco por Raúl, la sé bonísima, estudiosa, inteligente.
María Luisa. — Habemos muchas envidiando tu suerte. Que Dios te la conserve, Julita. Te la mereces.
Julita. — Y te deseo a ti todas las felicidades; eres mi amiga más buena y más querida.
María Luisa. — Te mando un beso.
Julita. — ¡Y yo otro! ¡Qué contento se pondrá Raúl cuando sepa que tú opinas así de su hermanita! ¡La quiere tanto y estaba con tanto miedo!

. . . .

María Luisa. — No puedo más... Te llamo para contarte.
Esther. — ¿Qué te pasa?
María Luisa. — ¡Figúrate que apenas cortaste llamó Julita! ¿Sabes que está puesta en romántica?
Esther. — ¡No me digas!
María Luisa. — Pero si es cómico. Dice que lo quiere a Raúl, que tiene miedo que la gente suponga que es por su dinero, y qué sé yo cuántas cosas por el estilo.
Esther. — ¡Qué ingenua! ¿A quién quiere "engrupir" con el cuentito?
María Luisa. — Pues yo me hice la "engrupida", aunque la risa iba por dentro.
Esther. — ¿Y no te habló de la cuñadita?
María Luisa. — Claro que sí y no tuve otro remedio que hablarle de su simpatía.
Esther. — A este paso pronto les inventa árbol genealógico con condes y duques a los Espaguetti.
María Luisa. — ¡Cómo está el mundo, Dios mío! ¡Cómo está!
Esther. — Hasta luego, querida. Ya haremos los comentarios de viva voz.
María Luisa. — ¡Ya nos veremos juntas, Esthercita! ¡Hasta luego!

La TELEFONISTA INDISCRETA

PINCHE DE COCINA. — Verdaderamente nos ha dado trabajo encontrar la receta para la sopa de palomas. Se justifica su queja de que le había resultado inútil tratar de conseguirla por otros medios. Se prepara así: Se mezclan 100 gramos de manteca con 150 gramos de crema de cebada, se diluye todo en tres litros de buen caldo de puchero y se pone a cocer. En otra cacerola se cuecen dos pichones en manteca, evitando que tomen color o que se tuesten. Se agrega luego la crema de cebada y se dejan hervir durante una hora espumándolos bien. Se sacan los pichones y se aparta la carne de las pechugas; el resto se deshuesa, se pica menudo y se diluye en el caldo. Se pasa luego por un tamiz fino y se vuelve a poner al fuego; se sazona con sal y pimienta y se le agregan yemas de huevos batidos y un trozo de manteca fresca. Al servir se añade la carne de las pechugas, cortada fina o en forma de pequeños cuadraditos.

● ●

CANDIDA. — Ese libro está equivocado. Koenig, el físico, no era belga, sino francés.

● ●

ESTUDIANTE LINCOLN. — El promedio sancionado, para los Colegios Nacionales y Normales, rige y no ha sufrido modificaciones. El alumno se exime cuando ha obtenido, en los cuatro bimestres, siete puntos, como mínimo, de término medio, por materia. Ahora bien, no debe estar aplazado, en dicha materia, en los dos últimos bimestres, o en cualquiera de los dos últimos, porque el promedio no es válido entonces. Otra disposición establece que, el alumno que se quede libre o que tenga cierto número de faltas, pierde su derecho al promedio. Puede consultar la disposición pertinente en cualquier establecimiento de educación secundaria.

● ●

LINA Y DORA. — El libro a que ustedes se refieren pueden adquirirlo en cualquier librería de esta plaza.

● ●

ABATE F. — Las "Lecciones sobre filosofía de la vida" de Schlegel, no tienen nada que ver con ese otro libro del autor, que se llama, creemos, "Lecciones sobre filosofía de la historia".

● ●

PEDRO A. Z. ZARATE. — Lamentamos no poder facilitarle la dirección que nos pide, pues no encuadra en los servicios que presta esta sección a los lectores.

● ●

ALUMNO DE SEXTO GRADO. — La batalla de Cahaguazú se libró el 28 de noviembre de 1841.

● ●

FEDERICO. — Esos son nombres convencionales, que corresponden al lenguaje particular de ese juego de cartas. "Rabón" se le llama al truco en sí, después de haber jugado el envido.

● ●

MARTHA. CHASCOMUS. — El crisólito es una piedra diversa del topacio.

● ●

MI FORD. — La dirección de ese señor es "Detroit, Estados Unidos."

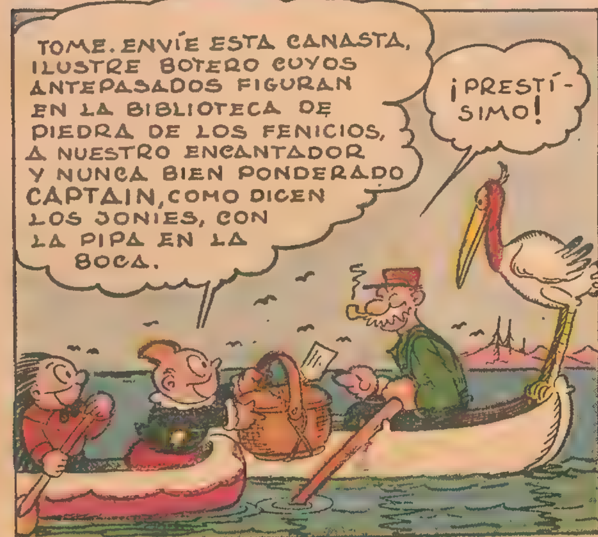
LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR

























CUARENTA AÑOS...

(Continuación de la pág. 19)

Burnham volvió, lo miró y dijo:

—Sí; es el mismo.

Cuando le tocó a la señora Pinchin actuar, vi que lo había reconocido en seguida. Marchaba rectamente hacia él, cuando, adelantándosele, la saludó por su nombre:

—¿Cómo le va mi apreciada señora Pinchin?

La autopsia no reveló rastros de veneno, pero realicé otro descubrimiento importante. Justamente antes de salir de Londres para Blackpool para continuar allí mis investigaciones, supe que una señora Williams había muerto en su cama en Herne Bay, en julio de 1912. La descripción de Williams coincidía con la de Smith, y me arreglé para que los que lo habían conocido en Herne Bay vinieran a la capital a fin de ver si lograban identificar a Smith. Así se hizo con resultado afirmativo. Tenía, pues, un uxoricidio más que cargarle en cuenta.

EL CRIMINAL CONVICTO

La primera víctima era, al parecer, la de Herne Bay, Bessie Mundy. Tuvimos que trasladarnos allí en busca de los restos. El viaje desde la estación al cementerio fué una pesadilla. Era ya obscurecido y las autoridades militares (recuérdese que estábamos es plena guerra) insistían en que no se habían de exhibir luces. Para hacer más premiosas nuestras dificultades, el terreno estaba lleno de alambrados de púa y el cementerio inundado.

Poco a poco íbamos reuniendo pruebas de que el criminal innoble había dado muerte a sus mujeres para apoderarse del dinero de que ellas disponían. Así calculábamos que había logrado reunir unas 3.500 libras esterlinas, suma, por cierto, bien pequeña si se considera que el asesino tuvo que suprimir a tres mujeres para alcanzarla.

En todos los casos parecía haber procedido en forma análoga. Smith se había apoderado de todo el dinero en efectivo y había hecho hacer un testamento a favor suyo. En cada una de las casas de pensión en que habían ocurrido los accidentes había hecho la misma pregunta sobre el "baño". Hasta había hecho instalar uno expresamente en Herne Bay, porque no lo había. Además, siempre había sido la última persona en ver con vida a la víctima y la primera en descubrir la muerta.

Invariablemente había desaparecido en seguida después de la catástrofe y había iniciado los pasos necesarios para recoger el dinero que le correspondía como esposo y heredero.

Quedaba un solo punto para aclarar. ¿Cómo se habían cometido los asesinatos sin que quedara rastro de violencia o se hubiera escuchado rumor de lucha?

INTERVIENE UNA NADADORA

La única forma de descubrir cómo había procedido Smith, era por pruebas en las cuales se reptieran las condiciones del crimen. Conseguí la ayuda de una gran nadadora. Llenamos una bañadera de agua y... empezaron las pruebas.

Vestida de malla, la joven entraba primero en unas y luego en otras bañaderas, todas de distinto tamaño, y adoptaba varias posturas, colocándose sentada, arrodillada o acostada, según se lo indicáramos.

Descubrimos que si se la presionaba hacia abajo sobre la frente mientras yacía tendida de espaldas en el baño, quedaba reducida a la impotencia, aunque podía extender sus brazos para asir los bordes de la bañadera. Una fuerte presión ejercida en esa forma, produciría, empero, la inconsciencia en pocos segundos y la muerte por asfixia sería el resultado inmediato.

Pudo el criminal haber procedido así, pero lo dudábamos, por cuanto los riesgos hubieran sido graves.

Resolvimos ensayar otra forma posible. Tomando a la joven por los talones, le levanté las piernas. Lo hice con rapidez. La joven se sumergió de inmediato, según lo pude ver, completamente sin movimiento.

Tomé su brazo y me horroricé al encontrarlo fláccido. Lancé un grito y saqué su cabeza fuera del agua. Cayó a un costado, inerte. Indudablemente se había desmayado.

La sacamos de la bañadera y durante media hora luchamos en silencio mortal, temerosos por la vida de la joven. Nada parecía reanimarla. La misma respiración artificial pareció fracasar.

Finalmente, cuando ya desesperábamos, un ligero color tiñó sus mejillas. Lentamente se entreabrieron sus pupilas, y por fin abrió los ojos. Pocos instantes después, repuesta ya del todo, nos dijo que en cuanto se le hundió la cabeza, el agua se agolpó a su boca y a sus narices. Eso fué todo. No recordaba nada más.

Cuando le referí lo ocurrido al doctor Spilsbury, me miró significativamente y me dijo:

—Si yo estuviera en su lugar, no realizaría más pruebas.

No fueron necesarias. Ya sabíamos cómo había procedido Smith. Lo hice conducir a mi presencia y le comuniqué que sería juzgado por el asesinato de Bessie Constance Mundy, Alicia Burnham y Margaret Elizabeth Lofty.

Se puso intensamente pálido. Bajo el espeso bigote veía temblar sus labios. Su lengua trataba de humedecer los labios resecos, pero no pudo articular una sola palabra.

El 1º de julio fué condenado a muerte y el 13 de agosto ejecutado en la prisión de Maidstone.

Este fué mi caso más importante. Estuve a cargo de él desde un principio, y a pesar de las extraordinarias dificultades que tuve que vencer, reuní tal cúmulo de pruebas, que no le quedó por dónde escapar a Smith. Creo que así lo juzgaba él también, pues al leérsele la sentencia, exclamó enfurecido, señalándome:

¡Ese hombre es un canalla! ¡Debía ser condenado junto conmigo!

FIN

POMPON

(Continuación de la pág. 40)

mino, ésta cedió y el mono cayó ruidosamente al suelo. Con quejidos lastimeros pretendía despertar la piedad de su cuidador, que no parecía dispuesto a dejarse convencer. Ya levantaba el látigo para castigarlo por farsante, cuando Pompón advirtió que un hilo de sangre partía de la cola del macaco. Sin pensarlo dos veces, saltó al interior y con su generosa lengüita trató de restañar la herida. El hombre entonces levantó al mono con cuidado, no sin antes palmear cariñosamente la cabeza de Pompón.

Cuando se encontró sola, se puso a ensayar los ejercicios del mono, y enroscando la lengua en torno del trapecio, se halló tan cómoda como el cuadrumano colgado de la cola. En esta forma estaba, cuando regresó el cuidador. Al principio no la vió, pero al mirar hacia arriba, se quedó boquiabierto de asombro. Pompón, perrita al fin, comprendiendo que causaba admiración, se puso a hacer monerías con más gracia aún que el propio mono. Cuando estimó que habían sido bien demostradas sus aptitudes, deslizóse por la barra de hierro, con una limpieza que ya querrían para sí muchos veteranos volatineros. Mientras tanto, el hombre se decía, necesitando oírse para creerse:

—¡Es una maravilla! Con un poco de escuela...

Y Pompón, que entendía el lenguaje humano, exclamó para sí:

—¡Contrata segura!

Y burlándose, sin parecerlo, del hombre que con mil gestos y una cazuela al lado pretendía hacerle comprender lo que sabía de sobra: que tendría comida abundante si se prestaba a obedecerlo, seguía con inteligencia algunas de sus indicaciones, y de pronto simulaba no entender el ejercicio más sencillo, cosa que desesperaba al hombre y divertía a Pompón. Pero cuando Pompón le oyó decir:

—Me parece que no podré con ella...

—se ajustó con docilidad a sus enseñanzas; porque no hay mejor maestro para una perrita que el miedo de perder su ración diaria.

Todas las noches Pompón se hacía aplaudir en el circo. ¡Tenía una maña para ganarse la simpatía y el cariño de todos! Cuando, terminados sus ejercicios en el trapecio, recorría la pista a pedido de todos los chicos que deseaban agasajarla, Pompón recibía muchos obsequios: dulces y caramelos que tomaba delicadamente con su hociquito y agradecía con un elocuente meneo de rabo. Aunque tantas confituras la empalagaban, no demostraba más que agradecimiento y con limpieza, en cualquier descuido, las hacía desaparecer entre la arena.

A todo esto, la popularidad de la trapecista llegó a oídos de sus antiguos amos, quienes aún no se habían resignado a la pérdida de la inteligente perrita, y, comprendiendo que no podían ser más que una Pompón y la volatinera, se pusieron en camino del circo. Al verla en la pista, se disipó la última duda. Después de acreditar ante el empresario su propiedad sobre la perrita, no tuvieron más que la satisfacción del encuentro, pues Pompón les demostró que no los había olvidado, ni mucho menos. Se despidió de la vida de circo que en muchas oportunidades le había enseñado hasta qué punto puede la envidia dar apariencias de defecto a una virtud, y volvió con sus amos a la antigua casa.

Así siguió pasando sus días Pompón, suspendida de los árboles del huerto y de los recuerdos de su pasada vida de aventuras.

FIN

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA
"LA POLÍTICA AL PELO Y CONTRAPELO"

La última vez que estuve en la peluquería a poner mis barbas bajo la experta y delicada mano de don Giácomo, el tema del salón no podía ser otro, naturalmente, que el mismo que predomina desde hace una semana en todos los círculos políticos y hasta no políticos del país: la tentativa reaccionaria, el llamado del presidente a los socialistas, el mitin popular en defensa de las instituciones.

●●●

—Usted, don Giácomo, debe estar hecho una fiera en materia de conocimientos reaccionarios y contrarreaccionarios.

—Algo se pesca... A mí me pasa como a esos reclutas que vienen del interior, más duros que tronco de quebracho, pero que a fuerza de estar oyendo días, semanas y meses los mismos gritos de "¡alto!", "¡media vuelta!", etcétera, al último llegan a ser sargentos.



—Bueno, vaya largando...

—Dicen que el presidente de la república al entrevistarse con los socialistas para considerar el caso de la amenaza a las instituciones, ha dado pruebas de un gran espíritu democrático, y que los socialistas, a su vez, al responder al llamado, han demostrado ser un gran partido orgánico, capaz de comprender con amplitud espiritual las grandes circunstancias, afrontándolas sin los cálculos mezquinos que siempre han empequeñecido la acción cívica de nuestros organismos electorales.

—Y usted, ¿qué opina?

—Yo estoy completamente de acuerdo. Pero en política también existe el pelo y el contrapelo: el pelo se ve y es fácil afeitarlo, pero en el contrapelo hay que tener buen tacto para no irritar los remolinos...

—La comparación es interesante.

—Se habla del "caso", pero, ¿cuál es, en realidad, ese "caso"? En la entrevista del presidente con el representante socialista se planteó un peligro, pero no se lo definió, y luego se han producido algunas contradicciones que contribuyen a aumentar la incertidumbre pública sobre el particular.



—¿Recuerda algunas?

—Se dijo que unos jefes del ejército habían ido a la Casa Rosada a imponer condiciones, y luego se desautorizó oficialmente esa versión; se dijo que se había exigido la renuncia de algunos ministros y después se desautorizó también dicha información. En resumen, lo que queda es una amenaza vaga e inconcreta, y yo me digo: ¿es suficiente eso para que el gobierno se alarme y para que los partidos independientes participen de la alarma? ¿No será que el contrapelo es más bravo de lo que pudiera suponerse?

"En este caso, si el gobierno ha ocultado pormenores ha hecho mal, y si los dirigentes políticos los saben y los ocultan, por algún compromiso contraído, también hacen mal: cuando una inquietud trasciende al pueblo, el pueblo debe saber toda la verdad para que su juicio no se extravíe y su acción no se debilite.

●●●

"En todas las cosas de la vida — sigue diciendo don Giácomo — nos encontramos siempre con dos personajes inmortales: don Quijote y Sancho Panza; es decir, el ideal y el interés. Usted ya sabe, don Mandinga, que yo soy un poquito malicioso."

—Adelante, adelante...

—Bueno: el ideal está claro, defender la constitución, el régimen democrático, las instituciones.

—Veamos por dónde aparece Sancho.

—Naturalmente, salvándose las instituciones se salva el régimen burocrático, y con él los grandes sueldos de funcionarios inútiles y sibaritas; se salva el Congreso y con él las dietas, fueros y privilegios de los legisladores... En fin, se salva el presupuesto de ochocientos y pico millones que los amigos del gobierno se negaron a reducir a pesar de saber que votaban una ley monstruosa, que creaban un déficit de más de cien millones y que echaban sobre las espaldas del país una carga superior a sus debilitadas fuerzas.



"¡Cómo será de generoso este pueblo, don Mandinga, y, sobre todo, cómo será de amante de sus libertades, que a pesar de todo se levanta virilmente en defensa de un gobierno que lo aplasta con impuestos, que lo expolia, que sacrifica su bienestar a las regalías oficiales, nada más que por evitar el peligro de otro gobierno de fuerza!

●●●

—Ya le he dicho, don Mandinga, que somos hijos del rigor: aquí todo se hace bajo el apremio de las circunstancias, porque nada les sale espontáneamente del corazón a nuestros gobernantes. Antes de que me pida pruebas, le voy a dar una: en el preciso momento en que empezaron las alarmas, se estaba haciendo el famoso reajuste administrativo y las reparticiones públicas habían recibido orden de reducir sueldos en un catorce y pico por ciento, o, lo que es lo mismo, de echar par'e a la calle hasta equilibrar ese porcentaje. Las tales alarmas vinieron a salvar a las presuntas víctimas, pues como en momentos de esta naturaleza lo esencial es evitar en todo lo posible el descontento, se dió una declaración alentadora: "¡No habrá más cesantías!" Y yo me pregunto ahora: ¿hasta cuándo?... Porque hay medidas oficiales que sólo sirven, como los paraguas, mientras dura el chaparrón.

"Yo creo que el gobierno no ha debido ser tan categórico en esa declaración, sino que debió limitarse a decir que no habrá más cesantías de empleados subalternos, ni de obreros, ni de modestos servidores del Estado. Pero la cesantía de los burócratas de alto rango son ahora más necesarias y urgentes que nunca; hay que depurar el presupuesto del parasitismo elegante, y esa será la manera más racional y justiciera de equilibrar los gastos con los ingresos sin someter al pueblo a la tortura de dar lo que no tiene para costear los dispendios del Estado.



●●●

"En el reajuste administrativo hay más mulas que en la cordillera de los Andes.

"Los sueldos superiores no sólo permanecen intactos, sino que en muchos casos han sido considerablemente aumentados. Y ¿cómo se ha conseguido el "equilibrio"? Sencillamente, degollando a los inocentes, es decir, dejando sin empleo a los empleados más modestos, reduciendo de categoría a otros y reduciendo sueldos pequeños en forma despiadada. Hay sueldos y jornales que entre rebajas y descuentos vienen a quedar reducidos a setenta pesos mensuales. ¡Setenta pesos mensuales en estos tiempos en que hasta para comprar una caja de fósforos se necesitan diez centavos!...

"El gobierno debe escuchar los sanos consejos de la opinión pública: el presupuesto nacional no es una fuente de recursos para alimentar clases sociales privilegiadas, sino para atender al desarrollo de las actividades administrativas, y, por lo tanto, mientras no se regule con criterio y elevación de miras, siempre será motivo de hondas perturbaciones económicas y políticas, porque cuanto mayores sean sus regalías, mayores serán también las protestas que suscitará de parte de los sacrificados y los apetitos que despertará en torno suyo.



"Los gobiernos olvidan algo tan simple como fundamental: que los presupuestos son la llave del bienestar y el orden de una nación, y por eso es que a lo mejor se ven acometidos por sobresaltos tan inoportunos e injustificables como el que motiva esta charla.

"¡Plaf, plaf! ¡Que pase el primero!"

Por

El Viejo Mandinga

¿QUIEN DIO NOMBRE A LAS NOTAS MUSICALES?

Al religioso benedictino y teórico musical italiano del siglo XI, Guido d'Arezzo, se le atribuye la invención del pentagrama y la adopción de los actuales nombres de las notas de la escala, tomados de las primeras sílabas de algunas palabras del siguiente himno dedicado a San Juan:

UT queant laxis REsonaee fibris
MIra gestorum FAmuli auorum
SOLve polluti LAbii reatum
Sante Ioannes

Como se sabe, posteriormente en España e Italia se substituyó el nombre UT por DO; la nota SI, formada por las iniciales S. I. (de Sancte Ioannes) se añadió en el año 1648 por el francés Lemaire.

¿Lo sabía usted?



La tiburona.—Anda, nene; avisa a tu padre que si quiere mascar goma ahí baja un poquito.

(De "Blanco y Negro", Madrid.)

ROSAS ERA POETA

Juan Manuel de Rosas fué también poeta. Con motivo de la muerte de su amigo y aliado, Estanislao López, ocurrida en el año 1838, el tirano compuso el siguiente epitafio, y lo hizo grabar en su sepulcro:

"Descansa del empíreo en las mansiones
En el seno de Dios, hombre querido.
La libertad te debe sus blasones,
Y los tiranos su postrer gemido.
Rosas, el compañero de tu gloria,
Consagra esta inscripción a tu memoria."

SALPICON

ALACRANERIAS

Era tan poco agradecido que no se daba cuenta de que le habían matado el hambre.

El perro es un animal tan fiel que es una lástima que sea perro.

Desde que le vaticinaron que moriría de viejo, se pasaba el día tiñéndose las canas.

Aquel hombre era tan económico que caminaba a grandes pasos para hacerse la ilusión de que caminaba menos.

Montéllez.



En el manicomio:

—Y este pobre loco, ¿qué tiene?

—Nada, que en cuanto sale de aquí va a su casa y le pega a su suegra.

—¡Caramba! ¡Caramba! ¿Y están ustedes seguros de que está loco?

(De "Buen Humor", Madrid.)



—¿Podemos destruir la correspondencia anterior a 1908?
—Sí, pero guarden ustedes una copia.

(De "The Passing Show", Londres.)



Los modistos parisienses se reúnen en sesión extraordinaria para tratar el nuevo ángulo que darán al sombrero femenino en la próxima primavera.

(De "Punch", Londres.)

Un llamado telefónico

En cierta oportunidad, el propietario de un "stud" celebró el triunfo de uno de sus caballos, con una "champagnada" en un "dancing", reunión a la que asistió un núcleo de actrices de una compañía francesa, que actuaba en Buenos Aires.

Fué después de una de estas veladas, cuando el afortunado dueño del caballo ganador de una clásica carrera, "metió la pata" hasta lo más hondo.

He aquí la anécdota:

Había llegado a su casa a una hora poco propia para un marido modelo; se había sumergido sigilosamente en la cama, junto a la buena esposa, que estaba muy lejos de dormir, inquieta por la demora. La fatiga hizo que el marido quedara, a los pocos momentos, profundamente dormido. De pronto, en sueños, comenzó a murmurar:

—¡Jeannette!

Y, en seguida, en voz más baja aún:

—¡Jeannette!

Su mujer, que se llama Aurora, dió un salto:

—¿Jeannette, has dicho?...

Y dándole un codazo, lo interpeló:

—¿Quién es Jeannette, grandísimo sinvergüenza?...

—¿Qué?... ¿Qué pasa? ¡Ah! Sí. ¡Ah! No.

Se despertó al fin, y pensó un instante en quién pudiera ser la tal Jeannette.

—¡Ah! ¡Ya sé! Es un caballo de carrera que debo jugar mañana...

—¡Ah! ¡Ah!

—Me has dado un susto... Vamos a dormir... Hasta mañana.

Ella se durmió, sin dejarse convencer. Al cabo de una semana, cuando el marido entraba, como todas las tardes, a la hora de comer, su mujer lo miró fijamente en los ojos.

—¿Sabes?... Tu caballo...—dijo ella, poniendo un estiletazo en cada palabra.

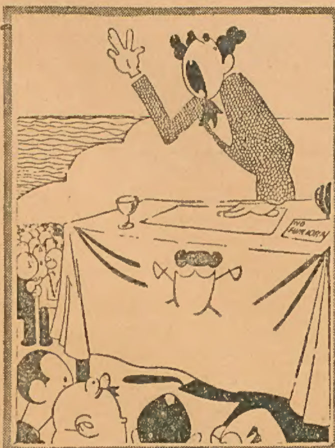
—¿Qué?... ¿Qué ha hecho?...—preguntó él, vagamente inquieto.

—¡Tu caballo... —estalló la esposa en un grito triunfal,— acaba de llamarte por teléfono!...

EPIGRAMAS

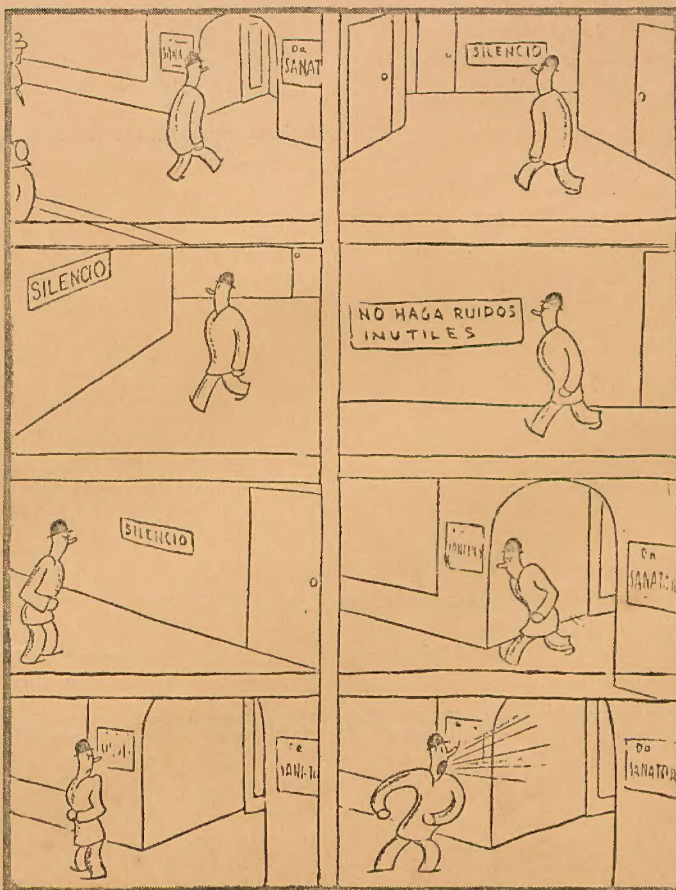
Yo bien quisiera saber,
y lo digo sin malicia,
¿por qué al oír "¡la justicia!"
todo el mundo echa a correr?

Con enojo literario
quise responder a un bestia
tan pesado como necio,
y por hablarle en su lengua
probé a rebuznar, no supe,
y lo dejé sin respuesta.



El orador.—Ahora, señores, antes de terminar, si alguien quiere hacerme alguna pregunta la contestaré con sumo agrado.
Una voz.—¿Qué hora es?

(De "Gutiérrez", Madrid.)



El grito de Ipiranga.

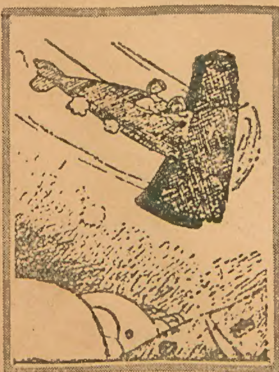
(De "Judge", Nueva York.)

¿No sabe Vd...

...que las japonesas han adquirido el derecho de ejercer la abogacía en virtud de una disposición recientemente sancionada?

...¿que durante el presente mes pasa el sol de Géminis a Cáncer, y que por esta razón empieza el verano en el hemisferio boreal, y el invierno en el hemisferio austral, y finalmente:

...que en Italia no se permitirá más la realización de concursos de belleza?



El pasajero.—Despacito, que es la primera vez que subo en aeroplano.
El aviador.—Y yo también.

(De "Ric et Rac", París.)

PENSAMIENTO

Los hombres de estudio y de ciencia son como los libros: cómodos, leales, tolerantes, honestos, amables y no calumnian ni a los ausentes.

Ramón J. Cárcano.



CONFIANZA...

¡Qué inefable emoción sentimos contemplando a la paloma llegar hasta nosotros llena de gracia suave y de infinita confianza!

Con lealtad probada a través de los años la Cafiaspirina se ha captado la más **absoluta confianza** de todo el mundo. Esto es perfectamente lógico porque la calidad y pureza inalterables de este famoso analgésico están amparadas por la noble, segura y respetable Cruz Bayer.

La Cafiaspirina es el analgésico por excelencia para aliviar **dolores de cabeza, resfriados, jaquecas, neuralgias, trastornos femeninos, reumatismo y malestares en general.** » » »



Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. s. a.